ELENA FUENTES MORENO



ANACRONÍA DE UNA MARQUESA

ANACRONÍA DE UNA MARQUESA

Elena Fuentes Moreno

© 2019, Elena Fuentes Moreno
Ilustración de cubierta y maquetación: Mónica Gallart
Colaboradores: Fran Rodríguez, María Gardey.

Título original: Anacronía de una Marquesa.
Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual

Espero conseguir de Dios que
algún día se sepa la verdad de todo,
y no por boca mía.

Margarita Ruiz de Lihory

Soy fuerte, soy ambiciosa y sé exactamente lo que quiero. Si eso me convierte en una perra, está bien.
Madonna

En la calle de la Princesa, vive una vieja marquesa
con su hija Margot, a quien la manó cortó.
Moraleja, moraleja,
esconde la mano, que viene la vieja.

«Naturalmente, la biografía de un espía no se puede escribir. Nada, en estos casos, es nunca correcto, positivo, irrefutable. Todo, en cambio, se construye sobre posibilidades, sobre indicios, sobre detalles de una actuación».

César González-Ruano

Vida Secreta de Mata Hari (Mediterráneo, 1923)

A Marcos y a Alberto, vuestras vidas serán fruto de las decisiones que toméis y vuestro esfuerzo, pero sobre todo, de lo buenas personas que seáis.

Os quiero.

Nota de la autora

Este libro está basado en una persona real, pero muchos hechos, personajes y situaciones, que acontecen en él, son fruto de mi imaginación. Quiero dejar claro que esto no es una biografía de Margarita Ruiz de Lihory; es una novela y, como tal, debe ser leída y entendida.

Margarita es uno de esos personajes fascinantes que te encuentras en la vida. Después de leer, ver y escuchar mucho sobre ella, me di cuenta de que necesitaba abordar su punto de vista. Tenía la necesidad de darle voz a su historia, la de una mujer que tuvo la mala fortuna de nacer en un mundo de hombres.

Las crónicas no la han tratado bien, sus sombras han golpeado con fuerza la estela de su vida, ocultando sus potentes luces, que se han ido diluyendo con el paso del tiempo. No he parado de preguntarme qué hubiese pasado si Margarita hubiese nacido hombre, con su misma alma y sus mismas cualidades. Estoy convencida de que la historia sería bien distinta. Hubiese adquirido un gran poder capaz de borrar cualquier atisbo de escándalo de su leyenda y no sería tratada con condescendencia, como sucede ahora.

Te propongo un trato antes de sumergirte en las primeras páginas de la novela. Seguramente, tendrás tú móvil cerca. Tan solo haría falta que tu dedo se deslizara sobre él para tener a mano un buscador y encontrar a nuestra protagonista: Margarita Ruiz de Lihory, pero hazme caso y no lo hagas todavía, deja que ella te susurre al oído unas horas y, cuando vislumbres la palabra *FIN*, serás libre de hacerlo. Puede que, para entonces, pienses que Margarita se labró a pulso su destino, después de todo era una ególatra, clasista y narcisista, pero quizás se haya ganado tu corazón y alcances a ver que debajo de toda esa coraza de altivez, tan solo había una mujer luchando por ser libre en un mundo en el que las mujeres eran ciudadanos de segunda, por mucha alcurnia que tuviesen.

Como suele decirse, tapando escandalosamente de un plumazo años de desigualdad e injusticias, «Margarita era una mujer adelantada a su tiempo».

No hace mucho, durante una visita guiada al cementerio de mi ciudad, me encontré frente a su tumba y, desde entonces, no he podido quitármela de la cabeza. No voy a resistirme a su historia, ella no me dejaría. Puede que Margarita tuviese muchos defectos, y que la posteridad no la haya tratado bien, pero seguro que fue tan obstinada como yo. Solo por eso, se merece un poco de mi tiempo.

Quiero dejar claro que esta novela se basa en un personaje real, pero es ejercicio de libre interpretación de los acontecimientos y que la mayoría de los hechos, personajes y situaciones son fruto de mi inventiva. No es una biografía, ni pretende serlo.

Margarita Ruiz de Lihory



Fuente: La Razón.

Viernes, 5 de Febrero de 1954, Madrid.
ABC. Edición de la mañana, página 22.
Capítulo de sucesos.

EL SUCESO DE LA CALLE DE LA PRINCESA

El pasado sábado por la noche, circuló el rumor de que en una casa de la calle Princesa habían sido hallados por la policía, escondidos en un armario, algunos despojos humanos. Confirmada la noticia por un redactor de ABC, el domingo dábamos cuenta del hecho que, en síntesis, era el siguiente: Por orden del juzgado de guardia, dos inspectores de la Brigada Criminal practicaron un registro en uno de los pisos de la casa número 72 de la calle de la Princesa, del que es inquilina doña Margarita Ruiz de Liory, de sesenta y siete años de edad, y en el transcurso de la investigación fue hallada en el interior de un armario una mano de mujer. Precisamente, aquella diligencia se practicaba porque el Juzgado había recibido una denuncia en la que se insinuaba la posibilidad de que doña Margarita, a quien se atribuían ciertos trastornos mentales, hubiera realizado alguna mutilación en el cadáver de su hija, Margarita Shelly Ruiz de Lihory, de treinta y siete años, fallecida en el domicilio materno el día 19 del pasado mes de enero.

Como consecuencia de las primeras actuaciones judiciales, fueron detenidos Margarita Ruiz de Lihory, su esposo don José Bassols Iglesias, con quien contrajo segundas nupcias durante la Guerra de Liberación, y los criados Luisa Bavari y Antonio Tornero. El mismo lunes, los dos criados serian puesto en libertad, y el martes, después de prestar declaración ante la autoridad judicial, quedaron libres doña Margarita y su esposo.

Mientras se practicaban esas diligencias, cundían por la calle múltiples versiones en torno a las posibles circunstancias en que pudiera haberse realizado la mutilación del cadáver, basadas casi siempre en meras conjeturas, y se especulaba acerca de la posible participación de cuantas personas se hallaban de un modo o de otro, relacionadas con el suceso.

Entre tanto, el Juzgado enviaba a la escuela de Medicina Legal, el despojo humano hallado y algunos otros, de origen animal, que también fueron encontrados en el piso.

Ayer, a las once y media de la mañana, se verificó, por orden del Juzgado de Instrucción número 6, que lleva el sumario, la exhumación del cadáver de la señorita Margarita Shelly Ruiz de Lihory. Extraído el féretro del nicho que ocupaba, y descubiertos los restos, se comprobó que aparte de la mutilación de la mano derecha, que según comprobó el forense correspondía al miembro hallado en el piso de la calle de la Princesa, se había practicado la extirpación de ambos ojos y de la lengua.

Allí mismo, el juez ordenó la práctica de la autopsia y dispuso que la Policía realizase un nuevo registro en el domicilio de doña Margarita. Esta vez, después de una minuciosa búsqueda, los inspectores de la Brigada Criminal hallaron en el cuarto de baño un recipiente que contenía aquellos órganos.

A primera hora de la tarde, después de someter nuevamente a interrogatorio a doña Margarita y al señor Bassols, el juez dictó auto de procesamiento y prisión contra ambos, y dispuso su ingreso en el Hospital para ser sometidos a examen y observación por el departamento de Psiquiatría. Sin embargo, los detenidos no pudieron ser admitidos en este establecimiento, y por la tarde fueron trasladados a la casa Psiquiátrica aneja a la prisión provincial, mientras uno de los

hijos de doña Margarita, Luis Shelly, puesto en libertad por el juzgado que instruye este sumario, quedaba detenido a disposición del número 9, que le reclamaba por presunta estafa.

Cuando terminaron las declaraciones del Sr. Bassols y su esposa, los periodistas abordaron al juez, pero no obtuvieron de él declaración alguna. Sin embargo, las disposiciones que esta autoridad adoptó parecen indicar que el desdichado suceso ha entrado en fase de desenlace, aunque ambos detenidos insisten en negar su intervención en la profanación del cadáver cometida durante las dos noches que el cadáver de la señorita Margarita Shelly permaneció insepulto.

EL FANTASMA DE MARGARITA

1994 MADRID

Doctor Juan Ignacio Pontes, psiquiatra.

Facultad de Medicina, Universidad Complutense de Madrid.

La vida es un sendero donde, tras cada paso, se abren nuevas posibilidades, múltiples, en realidad. Ante tus pies, se inician caminos que te llevarán a la mejor versión de ti mismo o a la peor, y entre ellas, hay cientos de versiones intermedias, en una sola existencia… tú decides. Eso lo sé ahora, cuando conocí a Margarita, no.

Hoy me jubilo, tengo que recoger todos los libros, fotografías, cuadernos y notas que pueblan mi despacho. No puedo evitar que, cada vez que meto algún objeto en la esmirriada caja que me acompaña, los recuerdos embarguen mi mente. Intento centrarme en los buenos momentos, esquivarla, pero sé que no lo lograré, ella siempre ha estado aquí, ha sobrevolado cada minuto de mi vida, incluso después de muerta.

He repasado su historia mil veces en mi cabeza y en mis notas, en los informes que realicé en su día, y mil veces he cambiado de parecer. Es curioso cómo la vida te cambia y más aún lo hace el mundo, acompasándola. Tal vez, Margarita fue sentenciada el mismo momento en que nació, o quizás aquella sociedad no estaba preparada para alguien como ella, puesto que tenía una de esas mentes sublimes, que hacían empequeñecer a cualquier otra que osase estar cerca.

En estos momentos, después de toda una carrera, ella sigue eclipsando cualquier otro caso de los incontables en los que he trabajado, pero, al menos, ahora, comprendo cómo funcionan los títeres de la burocracia en nuestro país y puedo entender por qué me fue asignada a mí, un muchacho con la cabeza llena de ideales inocentes e inmaculados.

Acababa de concluir Medicina, era el año 1954 y Madrid se teñía de voluptuosas nubes grises, confiriéndole un aire de solemne seriedad a mi primera incursión profesional. Estaba terriblemente nervioso, carecía de cualquier experiencia previa y aquello era un asunto importante, quería estar a la altura.

No me interesaba el cuerpo humano. Desde que de niño veía a mi madre sufrir por los fantasmas que se escondían en cada esquina de su cabeza, mi única obsesión fue aplacarlos, hasta desterrarlos para siempre de nuestras vidas. Yo quería escrutar mentes, solo eso me interesaba. Era un joven inexperto que comenzaba a adentrarse en el mundo de la Psiquiatría y no estaba preparado para enfrentarme a ella, fue como si hubiesen mandado a un astronauta a la luna en su primer día de trabajo.

Recuerdo que ese día no fui capaz de comer nada más que un almuerzo frugal, por mis nervios. No me era posible permanecer quieto, repasaba una y otra vez el informe que me habían mandado del Juzgado, intentando hacerme una composición de lugar sobre a qué me enfrentaba. Busqué en mis libros, aquellos ahora obsoletos, donde las enfermedades mentales eran consideradas incurables… entonces no teníamos la industria farmacéutica de hoy. Me sumergía en la búsqueda de una explicación coherente para el comportamiento de mi paciente. Todo el

país estaba expectante, *El caso de la mano cortada* había saltado a la prensa escandalizando a propios y extraños.

No voy a negar que mi lado menos pragmático se había dejado seducir por las insinuaciones que hacían algunos medios. Doña Margarita, Marquesa de Villasante, era un personaje peculiar. Se la relacionaba con ciertos ambientes donde predominaba el ocultismo y… bueno, hasta mis oídos también habían llegado ciertas historias que la vinculaban con ciertos personajes extraños. Las habladurías más atrevidas la asociaban incluso con espías, todo completamente inverosímil, pero la historia nos ha enseñado que no hay peor demencia que la colectiva, cuando un grupo interioriza una falsa premisa tomándola por real, cualquier cosa es posible. El ser humano puede sugestionar su mente a placer, convenciéndose de cualquier cosa, por absurda que sea. Aunque puse todo mi empeño en sacudirme todas esas historias y chismes para realizar un trabajo lo más profesional posible, me acompañaron en algún recóndito lugar de mi mente, incluso aún, en ocasiones, me sorprendo a mí mismo recordándolas. Aquel caso consumió a España de morbo, nadie escapó a la tentación de escandalizarse y reflexionar sobre él. Como suele suceder, las informaciones se tergiversaban y pasaban de boca en boca, generando una historia más sorprendente, si cabe, que la real.

La marquesa había sido denunciada por profanar y mutilar el cuerpo de su hija Margot, por su propio hijo, el pequeño de todo ellos, el cual tenía una dudosa reputación en algunos círculos. Era un caso complejo, con infinidad de variables a tener en cuenta y otras tantas a desechar.

Se habían registrado sus propiedades en diversas ocasiones. En su residencia de Madrid, donde había fallecido su hija, se halló una mano de mujer dentro de una lechera de plástico, lo que provocó que la noble terminara dando con sus huesos en el psiquiátrico, junto a su marido.

Así que, pobre de mí, me subí en el Biscúter que me había prestado mi padre para la ocasión y me presenté un seis de febrero de 1954, para evaluar a doña Margarita Ruiz de Lihory en el psiquiátrico de Carabanchel, con una idea clara en mi cabeza, compuesta por lo que había leído en la prensa, el informe de la policía y lo que encontré en mis tratados, que aquella misma tarde se desplomaría con la misma facilidad que un castillo de naipes, tras conocer a mi paciente.

El psiquiátrico era, por aquel entonces un lugar frío, tenebroso y lúgubre a pesar de su reciente inauguración, con un olor aséptico, al que rápidamente te adaptabas.

Margarita no se encontraba en ninguna de las salas habilitadas, en la institución, para las evaluaciones, permanecía en una estancia mucho más acogedora, que no se utilizaba nunca para tal fin.

En ese momento, no supe reconocer los privilegios que la rodeaban, algo tan sutil como el cigarro que llevaba en la mano me habría indicado, de contar con mayor experiencia, que se le dispensaba un trato de favor, lo que a buen seguro provenía de amistades influyentes. Tenía esa fragilidad enternecedora que inspiran los ancianos, que se quebró inmediatamente cuando comenzó a hablar, revelando su espíritu imponente. Era una de esas personas que te dejan claro, con tan solo una mirada, quién manda.

—Buenas tardes, soy el doctor Pontes —carraspeé, a modo de saludo.

Ella no me contestó, me miró de arriba abajo y me hizo una señal con la mano para que tomara asiento, lo cual me hizo sentir, desde el principio, que había perdido totalmente el control de la situación. Mal empezábamos.

Me senté sin rechistar y saqué mi carpeta llena de papeles, ante su atenta mirada.

—Bien. ¿Es usted Margarita Ruiz?

—Obviamente —pronunció, desafiante.

—Según su historial médico, goza usted de buena salud.

Como no obtuve respuesta, proseguí.

—¿Está usted tomando algún tipo de medicación?

—No.

—¿Bebe?

—Ocasionalmente.

—¿Sabe usted por qué está aquí?

—No —rio—. Soy inocente, es todo absurdo.

—Doña Margarita, eso no me incumbe a mí decidirlo, yo solo estoy aquí para evaluar su estado de salud.

—Entiendo —suspiró, mientras daba una larga calada a su cigarro, llenando la estancia de humo al exhalarlo—. Mi estado de salud *mental*.

—Veamos, ¿quiere usted contarme algo sobre los hechos acaecidos en su casa?

—¿Qué hechos?

—Doña Margarita…

—Si se refiere a la profanación del cuerpo de mi hija, no, no tengo nada que decir.

Me tomé un segundo para reflexionar, no estaba preparado para enfrentarme a aquella mujer y, en ese momento, empezaba a ser consciente de ello.

—¿Quiere hablar conmigo de algo?

—Sé reconocer cuándo una batalla está perdida y no me gusta malgastar el tiempo, pero parece que eso es lo que voy a tener de sobra, tiempo, así que me entretendré explicándole a usted toda la verdad, aunque sea incapaz de comprenderla.

No pude evitar revolverme en mi asiento. Por aquél entonces, sus palabras me parecieron una impertinencia, un comentario que no casaba de modo alguno con la educación que se le presupone a una mujer de su clase, pero intenté no perder la paciencia.

—Puede usted contarme lo que quiera.

Margarita volvió a coger su cigarro y se quedó mirándome fijamente. Sin duda, evaluaba mi estado de ánimo.

—¿Me ampara su juramento hipocrático? Nada de lo que le cuente puede salir de aquí, tan solo debe utilizarlo para poner en su evaluación que no soy una demente.

—Tiene usted mi palabra —tercié a la ligera, sin saber lo que se avecinaba.

—Está bien, pero si realmente quiere comprender lo que ha pasado, debe usted conocer toda la historia —dijo, retándome, con cierta parsimonia—. Estos días, en la calle, se me ha juzgado y condenado sin escucharme, no caiga usted en el mismo error. No voy a pedir nunca disculpas

porque nací en una familia acomodada y haber sido hermosa e inteligente, todo eso me ha reportado muchas satisfacciones, pero también un sinfín de obstáculos, que me he esforzado siempre por superar. Sé que he provocado celos, envidias y rencores, soy consciente, pero no merezco esto. Es usted todavía muy joven para haberlo aprendido por experiencia propia, pero, en la vida, todo depende del punto de vista personal, el lugar y el momento en el que se juzga una situación o hecho. Verá, cuando viajé al norte de África, descubrí una cultura que chocaba fuertemente con la mía, algo que, en un principio, me horrorizó. Por ponerle un ejemplo: en la mayoría de países de origen árabe, se considera de buena educación eructar después de una comida, es señal de haber quedado satisfecho y que todo ha sido de su agrado. Podrá entender el impacto que causó esta muestra de cortesía en mí… Pues bien, ahora mismo soy la mujer más famosa de este país, estoy en boca de todos por un suceso que me convierte en un monstruo sin escrúpulos. Puede, tal vez suceda algún día, que alguien sea capaz de reproducir mi historia sin tacharme de prepotente, loca o desquiciada

Margarita aspiró profundamente, como si intentara reunir toda la energía posible para continuar, miró un segundo al techo, bebió un poco de agua y comenzó a hablar. Esta es su historia.



UNA INFANCIA ENTRE ALGODONES

VALENCIA, PRINCIPIOS SXX

Cuando era niña, me gustaba colgar el pie de la enorme balaustrada que presidía el elegante y recargado vestíbulo de nuestra casa, disfrutaba haciéndolo oscilar arriba y abajo, mientras espiaba el trasiego de la gente entrando y saliendo, era como un péndulo hipnótico que me evadía del mundo real, para transportarme a ese recóndito lugar de la mente donde nos encontramos con nuestro alter ego y podemos despojarnos de todo lo banal y sumergirnos en nuestro propio universo. He de reconocer que siempre se me ha dado bien abstraerme y dejar mi imaginación volar. De hecho, gracias a ese don, no he acabado desquiciada estos días.

Me llamaban poderosamente la atención las amigas de mi madre, me gustaban sus vestidos y sus ademanes elegantes. Me imaginaba a mí misma de mayor, interpretando su mismo papel. Mi progenitora les daba la bienvenida, haciéndolas sentir importantes, era una de sus cualidades más brillantes: ser una magnífica anfitriona. Las señoras eran conducidas a la salita y pasaban la tarde comentando las últimas novedades de su círculo de amistades. Normalmente, de forma maliciosa. Durante todos los días en los que las espié, fui construyendo mi propia visión de la sociedad que me rodeaba y perdiendo, de forma paulatina, la inocencia respecto a ciertos temas… normalmente, he aprendido más observando que participando activamente en las situaciones.

Conforme fui haciéndome mayor, me di cuenta de que había errado en mi objeto de atención. Perdí horas embelesada con las señoras que acababan dando siempre las mismas vueltas a los mismos temas fútiles, como si viviesen en una noria infinita. Los mismos rumores sobre diferente gente, idénticos chismes con las mismas respuestas ofensivas… llegué a la conclusión de que aquellas mujeres estaban aburridas, no tenían nada que hacer, malgastaban su tiempo dejándolo pasar inútilmente, como el caudal del agua en un río fluye continua e inagotablemente... me dieron pena y provocaron que me prometiera a mí misma no ser como ellas, prefería mil veces convertirme en el centro de todos sus cotilleos que pasarme las horas chismorreando en una pérdida absurda de energía.

Entonces, ocurrió algo que me hizo cambiar radicalmente mis juegos: descubrí a mi padre. Más bien, comprendí que había mucho más allá de lo que se me había mostrado del mundo. Para mí, supuso una revelación acercarme a él y comprender lo que representaba.

Los hombres que pasaban al despacho de mi padre eran correctos, elegantes y educados. Nunca me hubiesen llamado la atención por su aspecto, que era mucho más anodino que el de las mujeres que vestían y se arreglaban con vistosos colores, joyas, sombreros… pero lo que decían, los temas que trataban hacían que algo dentro de mí se encogiera: política, filosofía, literatura, religión…

Sobre los doce años, comencé a tener conciencia de mí misma con respecto al mundo. Yo era una niña bien de la que solo se esperaba que encontrase un buen partido, se casara y tuviera

hijos. Nada más. Algo que habría estado bien, si hubiese sido tan insustancial como mi hermana mayor, Soledad, pero yo no lo era, nada más lejos.

Mi familia era noble, pertenecíamos a la cada vez más decadente aristocracia y como tal me educaron, revistiéndome de esa película de suficiencia que nos envuelve y que va haciéndose más espesa conforme vas avanzando en la vida, para marcar tu procedencia. Sí, la clase es importante, el dinero es fundamental, quien diga lo contrario es que nunca ha carecido de él. Se lo digo yo, que he pasado penurias sin nada que llevarme a la boca y he comido en los mejores restaurantes del mundo.

Siempre me mostraré agradecida por mi procedencia, de no haber tenido los recursos de los que he disfrutado, jamás hubiese tenido opción de vivir lo que he vivido, aun siendo la misma persona. La cuna es vital, los que hemos tenido la gran suerte de disfrutar de sus privilegios lo sabemos y los que no, también, por eso piensan que les debemos algo y están convencidos de que tenemos la obligación de disculparnos. Pero no, yo no he pedido jamás perdón, porque nunca he lamentado nada.

Por las tardes, mi madre preparaba siempre una lista de actividades para tenernos entretenidas a Soledad y a mí e instruirnos en diversas tareas, aquellas que se consideraba que debía dominar una dama. Estar con mi hermana era soporífero, no voy a mentir a estas alturas de la vida, ni a negar que alguna vez nos tuvimos cierto cariño, eso sería faltar a la verdad, pero lo cierto es que no lo recuerdo. Soledad ponía todo su empeño y se esmeraba en sacar adelante todas sus tareas: pintura, piano, francés… nunca logró destacar en nada, aun así, era la favorita de mi madre. No les guardo rencor, lo entiendo, nunca he sido una persona de trato fácil. Normalmente, nuestras profesoras tenían que invertir con ella mucho más esfuerzo para que progresara y, por lo tanto, una inmensa cantidad de tiempo, eso me dejaba vía libre para meterme en el despacho de mi padre y esconderme para espiar a sus visitas. Ciertamente, eran bastante interesantes.

Mi padre era barón de Alcahalí, fue gobernador civil de Mallorca, alcalde de Valencia y diputado en las Cortes. Era una de esas mentes brillantes e inteligentes de las que siempre quieres beber más. Yo lo adoraba. Echando la vista atrás, creo que él era una de las pocas personas que han llegado a conocerme y, por ende, a comprenderme.

—¡Margarita! —dijo, fingiendo estar enfadado—. Te he dicho mil veces que no entres sola a mi despacho, te pones a husmear y lo revuelves todo.

Con diferencia, aquella era la estancia más cautivadora de toda la casa, contenía cientos de libros, que yo leía, apasionada, cada vez que podía escabullirme de mi institutriz. Aquella tarde, mi padre me había pillado en un renuncio.

—Lo siento, padre, no he podido evitarlo —contesté, disimulando una sonrisa.

Me encontraba recostada en su enorme sillón reclinable, descalza, con las piernas cruzadas sobre el libro que leía. Si hubiese sido mi madre la que me hubiera encontrado, su enfado habría sido mayúsculo, al comprobar mi ausencia de recato alguno.

—Haré la vista gorda, ¿qué estás leyendo?

—*Cañas y barro*.

Hubo un momento en el que pensé que mi padre no me había oído, así que volví a repetir:

—*Cañas y barro*, de Vicente Blasco Ibáñez

—Sí… ¿Se puede saber de dónde lo has sacado?

—De tu cajón, es donde sueles tener los libros más interesantes.

Mi padre se tomó unos segundos para estudiarme con atención.

—Creo que a partir de ahora cerraré ese cajón bajo llave.

—¿Por qué?

—Verás, Margarita, hay cosas en la vida que todavía no entiendes.

—Padre, no sé si lo ha notado, pero tengo bastante capacidad de comprensión.

—Lo sé… precisamente eso es lo que me preocupa.

—Tiene razón, no lo entiendo.

—El señor Blasco Ibáñez es republicano.

Yo me tape la boca en un gesto infantil, como si mi padre hubiese soltado el mayor de los improperios.

—Vaya, qué pena, pues me encanta como escribe. Me gusta Neleta —aseveré, con determinación. En aquel momento, pensé que si le daba a mi padre un argumento convincente me dejaría seguir leyendo.

—No deberías leer esas cosas, si se entera tu madre… —repuso, azorado.

Mi padre era un hombre con grandes convicciones, tanto políticas como religiosas, pero amaba la cultura en cualquiera de sus formas y solía mantener la mente abierta, para lo que era un hombre de su posición y su tiempo.

—Por favor, padre. He leído casi todos libros que tiene usted aquí, no veo nada malo por terminar este, le prometo que, cuando lo termine, lo dejaré en su sitio.

—Está bien, pero ten cuidado… Por cierto, ¿no se supone que esta tarde deberías estar aprendiendo francés en vez de estar aquí?

—Madame Colette trata, a estas horas, de enseñarle a Soledad las palabras básicas de cortesía… Yo hace meses que soy capaz de declinar cualquier verbo y hablo con soltura.

Mi padre soltó un sonoro suspiro.

—Ay, Margarita… Si fueses un hombre, serías un gran barón de Alcahalí.

—Yo seré una gran mujer, como tú eres un gran hombre.

—Sí, pero una gran mujer es la que se queda en casa y cuida de que todo esté en orden, yo no podría hacer la cantidad de cosas que hago si no tuviera aquí a tu madre, ocupándose de todo.

—Padre, yo quiero aprender, trabajar y ver mundo.

—«Una mujer podrá ser doncella veleidosa o esposa tibia, pero no puede ser mala madre ni abandonar a sus hijos, porque todas viven por y para ellos, lo contrario sería una conducta monstruosa. Este incumplimiento no alcanza al hombre, por la confianza ilimitada que le merece su esposa»[1].

Toda mi existencia he vivido en perfecta armonía con mi cuerpo de mujer, pero con una honda frustración por no ser hombre. Si mi cabeza hubiese tenido el cuerpo de un barón, no hubiese tenido que enfrentarme a tantas vicisitudes y habría llegado tan lejos como me hubiesen llevado mis sueños. He desarrollado una enorme capacidad para no ofenderme, es duro ver la desigualdad con la lucidez con la que yo la he percibido y no poder derribarla.

Como ya he mencionado, mi hermana Soledad era la favorita de mi madre, mucho más dócil y sumisa que yo, pero siempre diré con orgullo que yo era el ojito derecho de mi padre. En muchas ocasiones, me ha ocurrido lo mismo: las mujeres siempre me han visto como una amenaza y nunca he terminado de encajar con ninguna, están llenas de complejos e

inseguridades que, a menudo, no las dejan avanzar. Si en vez de en eso, se centraran en todo su potencial, el mundo cambiaría radicalmente y nosotras llevaríamos la voz cantante.

Ahora, soy vieja, usted solo puede ver mi rostro arrugado y mi cuerpo artrítico, pero un día fui una belleza, y, por si fuera poco, inteligente. Para mi género, y más en mi época, estas eran cualidades que, yendo de la mano, suponían un lastre que solo podía presagiar problemas.

A medida que crecía, mi padre fue instruyéndome y poblando mi cabeza de conocimientos que, a lo largo de mi vida, me han resultado muy útiles. Creo que para él fue toda una revelación estudiar y formar mi mente, que chocaba frontalmente con sus creencias sobre el cerebro y las capacidades femeninas. Nunca he podido reprocharle su sorpresa, pues no conocía a ninguna mujer con mis inquietudes e intelecto, y no creo que llegara a encontrar antes de su muerte a alguna semejante. Me cuidó como a una flor exótica que solo él poseía, alimentando con esmero mis conocimientos y administrando, delicadamente, toda la información que yo consumía.

Mi ansia por aprender no conocía límites, siempre que podía me enfrascaba en los ejemplares que descansaban en la exquisita biblioteca de mi padre. Devoraba los que estaban a la vista, y los que no. Eso me ayudó bastante a hacerme una idea del mundo, más allá de las cuatro paredes en las que vivía. Él pertenecía a una logia masónica y dedicó buena parte de su vida a la búsqueda del conocimiento y de la verdad. Me inculcó que solo hay una única cosa que te hace libre y que nadie puede arrebatarte jamás: el saber.

Uno de mis pasatiempos predilectos consistía en sentarme en la mullida alfombra que adornaba su despacho y coger su atlas, un libro de dimensiones gigantescas para una niña, pero que aprendí a manejar de manera muy profesional. Me gustaba abrirlo al azar, mientras cerraba los ojos, y elegir un punto, después calculaba cuántos días me llevaría llegar hasta allí y fantaseaba con cómo alternaría los diferentes medios de transporte. Me entusiasmaba cuando me tocaba viajar a Estados Unidos y me imaginaba a mí misma zarpando en un imponente barco para cruzar el Atlántico. Todas las noticias que recibíamos, de esa parte del mundo, hablaban de una tierra de progreso sin límites y llena de oportunidades.

Yo era una niña rica rodeada de lujos por todas partes. Durante mi infancia, en mi fuero interno, pensaba que todo el mundo vivía así. Para mí, solo había dos clases de personas: nosotros, los ricos, y los sirvientes. Un escalón por encima de los que nos servían, estaban las institutrices y nuestros profesores de pintura, música… Los consideraba superiores por su cultura, pero no dejaban de ser personas que estaban ahí para prestarnos sus servicios. Gracias a los libros, descubrí lo errada que estaba. En el mundo había más, mucho más: clases sociales, ideologías, razas… Fui descubriendo todo esto poco a poco, en secreto, debido a que mi madre no veía con buenos ojos que una de mis aficiones predilectas fuera la lectura, pero gracias a Dios, contaba con el beneplácito de mi padre y él era el que solventaba todas mis dudas.

Recuerdo los años en el internado con cierta añoranza. En aquellos días, mi vida todavía era un lienzo en blanco; las ilusiones y un futuro prometedor me aguardaban, de un modo u otro siempre lo supe: yo estaba hecha para grandes hazañas.

Las monjas llevaban el colegio con una disciplina férrea, las jornadas eran un cúmulo de rutinas que se sucedían con días prácticamente idénticos unos a otros. Siempre destaqué en todas las asignaturas, ganaba todos los concursos que las hermanas organizaban, con el objetivo de hacernos despertar cierto interés por las artes plásticas y la literatura.

Es cierto que nunca he tenido ningún problema con mi intelecto, pero me esforzaba, ponía lo mejor de mí en cada cuento que escribía, en cada cuadro que presentaba… luchaba por ganar, porque me gustaba hacerlo. Desde entonces, siempre se ha construido alrededor de mí un halo de admiración, mezclado, peligrosamente, con una maraña de envidias.

Las demás niñas admiraban mi trabajo. Inevitable, ya que era bueno, pero al mismo tiempo, en sus corazones, crecía cierta rabia, siempre ganaba yo, lo que hacía que se frustrasen y comenzaran a odiarme secretamente. Esa siempre ha sido una constante en mi vida y sería una necedad no reconocerlo.

Un día, me entretenía por el ancho pasillo que llevaba a la zona de aulas, estudiando la perfecta geometría del mosaico que formaba el suelo. Las figuras se sucedían formando pasillos entre estas y algunas cenefas, siempre me han maravillado ese tipo de dibujos, más de una vez me entretenía pisando solo las baldosas de un color o descifrando caminos invisibles, que solo tenían sentido en mi cabeza.

Cuando pasé por la estancia que las monjas utilizaban como sala de profesores, me sobresalté al oír como la hermana Piedad increpaba a su interlocutora alzando la voz, cosa que no solía hacer, ya que era una de las personas más calmadas que he conocido en vida. Me acurruqué tras el quicio de la puerta y me dispuse a escuchar el resto de la conversación, sin ser vista, ya que parecía bastante interesante. He admitido con anterioridad mi gusto por el espionaje… hay cosas para las que uno nace.

—¡Dios santo! Acabará creando un monstruo.

—No podemos dejar que se desperdicie su talento, destaca sobre todas las demás en cualquier asignatura y pone muchísimo interés en las actividades artísticas.

—Mi querida Consolación, es usted muy joven e idealista, pero créame cuando le digo que es un error alimentar aún más el ego de esa niña. Su suficiencia es desesperante.

—Disculpe, pero yo creo que le estamos dando seguridad en sí misma para que haga grandes cosas en el futuro.

—Está usted muy revolucionaria esta mañana. Margarita es hija del barón de Alcahalí, se casará bien y de nada le servirán sus ínfulas de conocimiento. Aquí estamos para educar a niñas de buena cuna y procurar que sean férreas defensoras de nuestra fe, no para meterles en la cabeza absurdeces. Es totalmente innecesario crearles falsas expectativas.

—Pero…

—Nada de peros, cada uno tiene un deber en la vida. Somos criaturas del señor y nos debemos a él. Está bien que Margarita escriba cuentos y pinte deliciosos bodegones, pero de ahí

a querer enseñarle otras cosas… bastante impertinente es ya la niña. Le aconsejo que lea el primer versículo de Timoteo: «La mujer aprenda en silencio, con toda sujeción. Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio. Porque Adán fue formado primero, después Eva; Adán no fue engañado, si no que la mujer, siendo engañada, incurrió en trasgresión. Pero se salvará engendrando hijos, si permaneciere en fe, amor, santificación y modestia».

—Hermana Piedad, con todos mis respetos, usted sabe como yo que ese versículo se escribió bajo determinadas circunstancias y así debe interpretarse. Ahora, no viene al caso.

—Hija, todo viene al caso, es una pérdida de tiempo y energía dedicarnos aquí a otra cosa que no sea educar a estas niñas para ser un modelo de cristianas, buenas madres y esposas.

—Es una alumna con un claro potencial. Si usted me lo permite, me ofrezco para sacrificar mi tiempo y darle clases que amplíen sus conocimientos en Matemáticas o Historia. Me encargaré personalmente para que no sea una carga para nadie.

—¡Alabado sea Dios! Estas niñas aprenden suficiente tal y como están establecidas las cosas. Si de mí dependiera, aprenderían a leer y poco más. Mucho más importante es que les enseñemos a llevar un hogar como Dios manda, a bordar su ajuar y a destacar como buenas amas de casa… De ningún modo consentiré que le meta usted a esa niña más pájaros en la cabeza de los que ya tiene.

A continuación, solo pude oír cómo una silla era desplazada con furia y después, la hermana Consolación abandonó la estancia, atropelladamente. Ella no me vio, yo estaba agazapada al lado de la puerta, tratando de comprender lo que acababa de escuchar. Tenía claro que hablaban de mí, pero no podía evitar tener la sensación de que en aquella conversación había infinidad de cosas que se me escapaban y no lograba alcanzar su completo significado.

La hermana Consolación nos daba Matemáticas y una de las asignaturas principales: Economía Doméstica. En el internado, se dedicaba casi todo el horario lectivo a impartir Religión, Labores del Hogar, Costura… y realmente una insignificancia a estudiar Matemáticas, Lengua o Geografía e Historia, una asignatura que realmente me apasionaba. Ella siempre me proporcionaba libros y, de un modo bastante sutil, me ayudaba a ampliar mis conocimientos en muchos ámbitos. Por eso, me caía bien. Las demás monjas solían castigarme por falta de puntualidad o insolencia.

Más de una tarde, me pasé arrodillada con las manos en cruz delante de todas mis compañeras por replicar. Siempre me ha subido un ardiente volcán de lava por la garganta ante situaciones injustas y no he podido evitar callarme. Un rasgo de mi carácter que ha contribuido a crearme fama de impertinente. Pero no recuerdo aquella época con desagrado, es más, lo hago con cariño. Añoro aquellos días de inocencia, donde cualquier hazaña te parecía plausible.

Los domingos eran un día especial en casa, nos levantábamos, desayunábamos en familia, cosa que solo sucedía ese día, y nos arreglábamos para ir a misa.

—Margarita, hija, la espalda recta, te he dicho mil veces que esa no es la postura de una dama —me reprendió mi madre, mientras se sentaba a la mesa.

—Estará cansada, anoche la sorprendí con uno de esos libros de Padre, cuando todos los demás dormían —acusó Soledad, irguiéndose todo lo que pudo en su silla.

Yo abrí la boca para protestar, pero una mirada a mi padre me bastó para comprender que era mucho mejor mantenerme callada.

—¿Es eso cierto? —me preguntó mi madre, con expresión adusta. Evidentemente, era una pregunta retórica, ya había decidido que sí y dictaría su sentencia—. No voy a tolerar, en esta casa, ese tipo de comportamientos. Margarita, no puedes actuar como una cualquiera, eres una señorita, hija del barón de Alcahalí. Cuando tu padre falte, serás hermana de la baronesa, tienes un estatus.

Aquella mañana se estaba torciendo a pasos agigantados, podía ver a Soledad regocijándose en su asiento mientras las palabras de mi madre resonaban en mi cabeza. No podía admitirlo, Soledad nunca sería merecedora de ese título, era una pusilánime y ambas lo sabíamos.

—Pero madre… —intenté protestar.

—¡Margarita! No interrumpas a tu madre —me reprendió mi padre, de repente, haciéndome callar.

Él nunca solía tomar partido en las pequeñas disputas familiares, se limitaba a observar y dejaba que mi madre impartiera sus reglas. Pero creo que en ese momento supo lo que yo iba decir presa de la frustración e hizo bien en intervenir para evitarme males mayores.

—Lo siento mucho madre, no se volverá a repetir —logré articular.

—Está bien, pero añadirás tres Avemarías y cuatro Padrenuestros a tus rezos durante una semana.

No podía quejarme, había salido mejor parada de lo que cabía esperar. Intenté calmarme y proseguir con mi desayuno, aunque lancé una mirada de profundo odio a mi hermana, que me estudiaba algo decepcionada con mi pequeño castigo, desde el otro lado de la mesa.

—Carmen, llévese a las niñas arriba para prepararlas, mi madre no tardará en llegar para acompañarnos —ordenó mi progenitora.

Subí las escaleras detrás de mi hermana y, sin que Carmen se diera cuenta le pellizqué, ella se volvió sulfurada hacia mí y me pegó un sonoro bofetón.

—¡Señorita Soledad! —la reprendió Carmen, escandalizada.

—Ella me ha pellizcado —se quejó mi hermana, con su dedo acusatorio.

—No, eso no es cierto —me defendí.

—Hagan el favor de comportarse, suban a asearse sin rechistar o tendré que informar a la señora de su comportamiento.

—Claro, Carmen —respondí, con la voz más dulce que fui capaz, mirando a mi hermana de reojo, cuyo rostro amenazaba con entrar en combustión, inflamado por la ira.

Soledad es muy fácil de desquiciar y yo he disfrutado con ello, incluso de adultas. Siempre se

ha sentido frustrada por ser mi hermana y no contar con mi belleza, inteligencia y don de gentes, pero tampoco es que ella haya sabido sacarle partido a sus virtudes. De pequeña, invertía mucho tiempo y esfuerzo en intentar sabotearme sin ningún éxito. Es una de esas personas a las que se ve venir de lejos, no hace falta que te anuncie sus intenciones para que las comprendas nada más verla.

Adoro la luz y el sol. Como buena valenciana, forman parte de mí. Me gustaba pasear por la calles de mi ciudad, impregnadas por la fragancia de los naranjos en flor, percibir esa preciosa luz que lo inunda todo, tan difícil de encontrar en otros lugares del mundo… pero no estaba bien visto que las familias de nuestra clase pasearan, así que nos desplazábamos siempre en coche, aunque nuestra casa se encontrara a escasas manzanas del centro.

Los domingos íbamos en berlina hasta la Catedral para oír misa, era una rutina que se repetía todos y cada uno de los días de guardar.

Mi abuela Micaela, la madre de mi madre, solía acompañarnos. Ella era mi confidente más fiel. Creo que fue la primera que se dio cuenta de que yo no era como las demás niñas.

—Hace un día precioso, dentro de nada estaremos en primavera. ¿Sabes querida?, he oído algunos rumores: nuestro querido rey va a casarse —me contaba mi abuela, a la que los cotilleos sobre la Familia Real la entusiasmaban y constituían su pasatiempo favorito.

—Seguro que es muy guapa.

—Sí, eso creo, es una princesa inglesa, Victoria Eugenia de Battenberg, es nieta de la reina Victoria de Inglaterra. Imagínate.

—Será una boda preciosa, ojalá pudiésemos asistir. ¿Qué opina su madre?

—María Cristina se opone al matrimonio, su linaje paterno es un tanto oscuro. Figúrate, su abuela era hija de un mercenario francés… aunque, por lo visto, Alfonso está totalmente enamorado y hace oídos sordos a los consejos de su madre. Se conocieron en Biarritz, en una fiesta que Eduardo VII daba en honor a nuestro rey.

—Yo creo que si se quieren, deben casarse.

Mi abuela se santiguó al oír mis palabras.

—Pero hija, el rey se debe a la Corona, poco importa lo que pueda sentir, nuestro rey es un Borbón y su linaje es intachable, su deber es velar por mantener la grandeza de España. Si sigues pensando así, acabarás convirtiéndote en una anarquista, por Dios bendito —dijo, sin respirar, mientras volvía a santiguarse—. Debo hablar con tu madre, creo que lees demasiados libros.

—Solo digo que el matrimonio debería ser siempre por amor —repuse, cargada de razón—. Incluso si eres rey.

—Margarita, Alfonso XIII se debe a su país y nosotros, como súbditos suyos, nos debemos a él. Créeme cuando te digo que en el matrimonio hay muchas más razones de peso que el amor, es algo para toda la vida y como tal hay que afrontarlo: la posición, el dinero y el linaje son de vital importancia, mucho más que los sentimientos, que, tarde o temprano, se irán transformando y apagando. Eres joven, llevas impregnada la inocencia que corresponde a tu edad, pero algún día aprenderás que, en la vida, hay cosas mucho más prácticas que dejarse llevar por arrebatos pasajeros que pueden arruinar toda una vida… y no digamos un reino.

—Pues entonces, no creo que me case.

—Claro que lo harás, serás una mujer magnífica con un marido rico, apuesto y de buena familia, tendrá hijos a los que cuidarás con esmero y te convertirás en una dama a la que todos admirarán.

—Yo seré doctora.

—Cariño, eso no es posible. Imagínate el disgusto que le darías a tu madre. Además, ¿cuántas mujeres que ejerzan la medicina conoces?

—No hay ninguna, porque yo todavía no me he hecho mayor.

—Margarita, todavía eres muy pequeña para entenderlo, pero los hombres pueden trabajar fuera de casa para ganar el sustento. En cambio, las mujeres deben ocuparse de la educación de los hijos, organizar su hogar… imagínate que una mujer tuviera que pasar todo el día fuera de casa, sería un caos.

—No sé yo si tendré tiempo para eso, voy a viajar por todo el mundo.

Mi abuela no respondió, se me quedó mirando, sin decir nada. Supongo que, mentalmente, tomaba nota para mantener una larga charla con mi madre sobre mi educación. En el fondo, he de reconocer que me gustaba escandalizarla con mis comentarios, pero yo no veía el mundo como ella. Es más, ni siquiera lo veía como mi padre, que era un hombre culto y con amplitud de miras.

Muchos de aquellos días, mientras escuchábamos el oficio, mi mente me llevaba muy lejos de Valencia. Volvía a pensar en el inmenso atlas de mi padre y me imaginaba viajando a lugares exóticos y sumergiéndome en otras culturas. Rogaba con todas mis fuerzas a la Virgen de los Desamparados que así fuera. Se lo pedía de corazón, sabiendo que ella no me defraudaría jamás.

A la salida, saludábamos a nuestros conocidos y las palabras de cortesía constituían una letanía, que se repetía constantemente como una noria, girando sin fin.

Había domingos especiales, donde además, de con mi abuela Micaela, compartíamos mesa con mi abuela Pascuala. Entonces, mi madre se esmeraba en que todo estuviese perfecto: sacaba la mejor vajilla y se cuidaba de que la cristalería y la cubertería de plata brillaran con todo su esplendor.

Ese día, las camisas de padre estaban más almidonadas y nuestro baño solía ser más concienzudo. La plata se encontraba en perfecto estado de revista y los muebles desprendían un agradable olor dulzón. De aquellas ocasiones, aprendí lo que representaba ser una buena señora, alguien que supiera cómo hacer que su casa resplandeciera y pareciese perfecta.

Por lo general, disfrutaba mucho más con la compañía de gente mayor que con la de los niños de mi edad. Sobre todo, me gustaba hablar con las institutrices francesas. Me fascinaba que me hablaran sobre su país y de cómo eran las cosas allí. Normalmente, eran más abiertas y no solían escandalizarse con mis comentarios mordaces. Todo lo que me relataban de Francia me hacía pensar que era un país de lo más sofisticado en todos los sentidos, y pronto nació en mí el deseo de conocerlo.

Madame Colette fue mi favorita, mi predilecta entre todas. Era una mujer que no me trataba como a una niña. Aún recuerdo, como si fuera ayer, cómo me reprendía por no querer compartir juegos con Soledad.

—*Madame*, han llegado las amigas de su hermana, ¿le gustaría acompañarlas?

No hizo falta contestación, Madame Colette vio mi mueca de fastidio y una enorme sonrisa surcó su cara.

—Se equivoca si piensa que no necesita a los demás, debería hacer un esfuerzo.

—Lo siento, pero me aburren mortalmente —respondí, con un deje en la voz de altanería—. No me interesa jugar con muñecas ni a las casitas, no soporto que finjan una y otra vez que toman té. Puedo hacer el esfuerzo y fingir un rato, pero no toda la tarde.

—Pero esas niñas, en el futuro, formarán parte de lo más granado de la sociedad valenciana y, le guste o no, usted también. Debería intentar caerles bien.

—Pero a mí no me gusta hacer las mismas cosas que a ellas.

—Lo sé, Margarita, usted destaca en todas las materias, está muy por encima de su hermana mayor en cuanto a conocimientos, pero eso no le valdrá de nada en el futuro. Debe aprender a relacionarse con ellas, esfuércese. Tiene usted que convertirse en una gran dama, mi obligación es guiarla para que así sea.

Sin saber por qué, las palabras de la institutriz provocaron que comenzara a faltarme el oxígeno. Sabía que estaba en lo cierto, pero algo dentro de mí se rebelaba contra ese futuro que mi mente identificaba como aterrador.

Ese día hice caso omiso a sus palabras, mi padre había salido a una de sus numerosas reuniones, lo que me dejaba vía libre para encerrarme en su despacho.

Allí, sobre la mesa, se encontraba *Los endemoniados de Balma*, un libro que había escrito él mismo y que me tenía obsesionada. Mi padre sentía fascinación por los temas esotéricos, poseía cientos de libros sobre los casos más sorprendentes, que yo leía concienzudamente. Le gustaba indagar sobre la verdad de ciertos *fenómenos* y desmontar a charlatanes y embaucadores, que lo único que buscan es lucrarse, aprovechándose de la ingenuidad de los incautos

El libro trataba sobre un lugar maldito, un aquelarre de brujas donde se aparecían demonios y al que acudía gentes de todas partes, a fin de aliviar todo tipo de males: el Santuario de la Virgen de la Balma. Allí se realizaban exorcismos, y algunos endemoniados llegaron a levitar. Por este motivo, se convirtió en un lugar al que peregrinaban miles de personas, buscando solución a problemas de índole muy diversa y sorprendente.

Mi padre siempre argumentó que aquellos lugares rezumaban embaucadores que jugaban manipulando la fe de las personas a su antojo, con el fin de enriquecerse, pero resultaba

excitante. Siempre me han fascinado ese tipo de cosas.

Nunca he tenido problema en compaginar mi fe cristiana con otras creencias, ya desde muy pequeña lo hacía. Mi madre me inculcó, desde la infancia, profundos valores católicos, que sigo y respeto. Mi padre me mostró un mundo oculto y fascinante, plagado de esoterismo, al que nunca he renunciado. Él era miembro de una logia masónica y mantenía apasionados debates y tertulias con algunos de sus compañeros que, por supuesto, me encargaba de registrar en mi inocente mente con avidez: la búsqueda de la verdad, el estudio filosófico de la conducta humana, profundizar en las ciencias y las artes y el fomento del desarrollo social y moral del ser humano, orientándolo hacia su evolución personal. Los conocimientos a los que habría dedicado, con gusto, toda mi vida.

Tal y como yo lo veo, el bien y el mal se mezclan en el mundo de manera natural, de igual forma a la que yo mezclo mis creencias. Es muy importante comprender esto. A lo largo de mi existencia, he conocido lo bastante como para abrirme a otras religiones y culturas fascinantes, pero no por ello renunciar a lo que soy. Entiendo que haya gente que no lo comprenda y se levante ahora en mi contra, la ignorancia de otros ha sido siempre mi peor enemigo.

En vacaciones, solíamos pasar largas temporadas en la casa, propiedad de mi familia, de Alcalá de Xivert. Es un pueblo pequeño y tranquilo de Castellón. Allí, las rutinas de nuestra familia se relajaban y mi madre era mucho más permisiva, los horarios dejaban de ser tan estrictos a la hora de las comidas e, incluso, mi hermana y yo gozábamos de cierta libertad para movernos. De niña, adoraba aquel sitio.

A mí me gustaba especialmente acercarme, atravesando las calles empedradas, al Castillo, que presidia el paraje allá donde mirases. Mi imaginación se desataba e inventaba cómo sería la vida allí en tiempos de la Edad Media, con los señores feudales y sus damas pululando por las cercanías. Siempre he tenido una gran imaginación, gracias a ella, he superado los peores momentos de mi vida. Se me da bien construir una coraza que me proteja del mundo e instalarme, cómodamente, en mis pensamientos.

Un día, mi hermana y yo compartíamos juegos con algunos niños del pueblo. Recuerdo que solían meterse con nosotras y nos llamaban estiradas y *niñas de ciudad*, como si aquello fuera un insulto. Yo pensaba para mis adentros que prefería tener Valencia aguardándome, a pasarme el año entero en aquel pequeño pueblo, pero ambas éramos demasiado prudentes, tal y como nos había inculcado mi madre, como para hacer ningún comentario al respecto.

Había una niña, la hija del médico, que era especialmente cruel con nosotras. Mirándolo con perspectiva, supongo que la guiaba la envidia, pero en aquellos años resultaba tremendamente odiosa. El problema estribaba en que era la líder de todo el grupo de mocosos, por lo que si mi hermana y yo queríamos tener alguna opción de pertenecer a él, debíamos lisonjearla y acatar cada una de sus órdenes y caprichos.

Mercedes era guapa, pero no tanto como nosotras. No era ni de lejos tan lista como yo y no vestía mal, pero en comparación con nuestra ropa, la suya palidecía de pura sencillez.

Recuerdo un día en el que paseábamos por las afueras del pueblo, hasta que llegamos a la puerta del cementerio. Era un día caluroso y no había nadie por allí, tan solo algún trabajador que apuraba su jornada. Yo tenía ya quince años y había leído los suficientes libros de mi padre como para sentir cierta fascinación por los cementerios y sus moradores.

—Ayer tarde, llamaron a mi padre y ha regresado esta madrugada, creo que la madre del panadero ya tiene nuevo hogar —dijo Mercedes, señalando la puerta del campo santo.

—Debe ser terrible estar todo el día rodeado de enfermedad y muerte—se aventuró a decir una niña que nos acompañaba.

Mercedes se giró violentamente y la traspasó con la mirada.

—Al contrario —repliqué—. Debe ser fascinante tener el poder de curar a la gente. Yo estudiaré medicina. Contemplar ese momento en el que una persona pasa de la vida a la muerte, ese segundo…ha de encerrar una belleza inconmensurable.

Mercedes y mi hermana Soledad me observaron pasmadas. Estoy segura de que ninguna sabía realmente interpretar mis palabras.

—No hay mujeres médicos —acertó a decir Mercedes con la intención de herirme.

—Las habrá —le contesté.

—Te crees muy valiente, ¿verdad? Superior, pero estoy segura de que solo es palabrería. Si

tuvieses que ver las cosas que ve mi padre, te pondrías a llorar, no creo que fueses capaz.

—¿Estás segura?

—Totalmente. No podrías estar en la misma estancia que un cadáver.

Mercedes acababa de cometer un error, jamás he sido capaz de rechazar un reto. Siempre me crezco ante la adversidad, es como si saliera de mi cuerpo y me convirtiera en alguien superior, sin límites.

Me tomé unos minutos para estudiar detenidamente a la niña, con la intención de que viese mis ojos resueltos a aceptar su desafío. A nuestro alrededor, todos contenían la respiración a la espera de mi siguiente movimiento.

—Espera aquí —dije, echando a correr hacia la puerta del cementerio, mientras todos me miraban enmudecidos.

Las hileras de tumbas perfectamente alineadas me recibieron, comenzaba a anochecer y el lugar rezumaba paz. Sabía que solo con adentrarme allí sola me había ganado el respeto de mis iguales, pero yo buscaba más. Enfilé un camino de tierra hasta llegar al extremo opuesto y me hallé ante dos sencillas edificaciones, que pasaban totalmente desapercibidas. Una de ellas era utilizada como depósito de cadáveres y en su interior habían dejado un cuerpo dispuesto para su sepultura. Se trataba de una mujer mayor, a buen seguro la madre del panadero. Por suerte, no había nadie más en los alrededores. Ni yo misma era capaz de entender mi atrevimiento, pero cogí un cuchillo de una mesa adyacente y le corté a la mujer un mechón de pelo, hice una genuflexión al cadáver mientras me santiguaba y salí corriendo con una sonrisa triunfal surcando mi rostro.

El pequeño grupo me aguardaba expectante, todos me miraban, excepto mi hermana Soledad, que parecía hastiada con la situación.

—Toma —le dije a Mercedes, tendiéndole el matojo de pelo—. Es de la muerta.

Ella tendió la mano en un acto reflejo, pero al comprender lo que era, tiró el pelo como si quemara y frotó su mano enérgicamente contra su vestido. No dijo nada, se quedó quieta, mirando cómo todo el mundo giraba a mí alrededor.

El resto de chiquillos estaban entusiasmados, preguntándome cientos de cosas y alabando mi valentía. He de reconocer que mereció la pena solo por ver la cara de fastidio de Mercedes, que, después de aquel episodio, no volvió jamás a tratarnos con desprecio.

Corría 1907, cuando una tarde mi padre llegó a casa con la gran noticia. No era habitual verlo nervioso, pero ese día nos mandó llamar a todas y reunirnos con él en su despacho.

—Cariño, tengo algo muy importante que comunicaros —anunció, mientras le cogía la mano a mi madre.

—¿Qué sucede? —preguntó mi hermana, impaciente.

—Ya ha sido elegida la Reina de los Juegos Florales de este año.

Mi padre era presidente por aquel entonces de *Lo Rat Penat*, una sociedad cultural dedicada a la promoción, defensa, enseñanza y difusión de la lengua y cultura valenciana. Los juegos florales, que esta institución organizaba todos los años, eran un acontecimiento que todo valenciano aguardaba con gran expectación. En casa, constituía uno de los eventos sociales de la temporada, que esperábamos con ansiedad e ilusión.

—Por favor querido, no nos hagas esperar más, ¿quién será? —lo apremió mi madre.

—Tengo el honor de anunciaros que este año, tendremos el enorme privilegio de que la Reina de los Juegos Florales sea miembro de nuestra familia.

Mi hermana y yo contuvimos el aliento al unísono, escrutando a mi padre como si pudiésemos leer a través de él. El hombre alargó un poco más de lo necesario el momento, disfrutando de ser el único conocedor del nombre de la afortunada.

—Este año, será Margarita la que tenga el honor de representar a nuestra amada tierra.

El júbilo recorrió mis entrañas, aquella era una enorme distinción con la que yo había soñado desde la infancia. Supongo que para Soledad fue una terrible decepción, después de todo, ella era la primogénita, pero debía entender que yo representaría mucho mejor el papel.

Después de aquella tarde, comenzaron los preparativos, el gran día sería en julio y debíamos tenerlo todo preparado. Mi madre y mis abuelas se volvieron locas eligiendo quién haría mi vestido y buscando las opciones más sofisticadas para los suyos.

Yo amaba mi tierra y estaba orgullosa de representar sus tradiciones, pero también estaba encantada con ser el centro de atención, no solo en mi casa. Ahora, me conocerían en toda Valencia, la nobleza y la alta sociedad se congregarían ese día entorno a mí. Sería la única y absoluta protagonista.

Aquel acontecimiento cambió algo dentro de mí para siempre, descubrí el poder de la vanidad y sucumbí por completo a su veneno. Desde ese momento, ya nunca me relegué a un segundo plano, quería protagonizarlo todo.

Abrí los ojos lentamente, consciente de que debía paladear cada segundo del que sería, con toda seguridad, uno de los días más importantes de mi vida. Levanté la cabeza expectante, y me maravillé observando como los primeros rayos de sol bañaban el radiante vestido que colgaba de la puerta de mi armario. No había en el mundo prenda más maravillosa, ni la habrá, estoy segura: blanco, con flores bordadas en el pecho, mangas abullonadas y ceñido a la cintura, desde donde salía la parte inferior de la prenda, ornamentada con infinidad de cristales… parecía toda una reina, pese a mi juventud, enfundada en él.

Yo representaba a la infanta Isabel. El Teatro Principal estaba repleto de flores, de gente engalanada y de luces brillantes iluminándolo todo, fue uno de los días más maravillosos de mi

vida, que recordaré hasta que me muera.

Si cierro los ojos, todavía puedo oler las mil fragancias de los invitados mezcladas con el aroma de las cientos de flores que decoraban todo. Lo más granado de la sociedad valenciana se encontraba allí, henchida de orgullo por resaltar los valores de su tierra, sus costumbres, su lengua… amo España, siempre lo he hecho y he actuado para defenderla, aun incluso jugándome la vida, pero sobre todo amo mi tierra, Valencia. Me han enseñado a hacerlo desde niña y la he llevado en el corazón y en la boca allá donde he ido.

Ese día comprendí que no hay nada más grande que el amor que uno profesa al lugar donde nació, es algo que evoluciona y que crece contigo. La sensación de estar en tu hogar te llena de calma y paz incluso en los momentos más duros. He sido siempre una patriota, lo que me ha llevado muchas veces por arduos caminos y todo comenzó aquel día que me marcó para siempre.

Ver las caras de la gente observando cada paso que daba me hacía flotar, pero la satisfacción más grande fue ver las caras de mi hermana y sus amigas. Estará feo decirlo, pero fue un gozo indescriptible contemplarlas.

En ese momento, yo era muy joven, pero aquel día se postularon ante mí un buen número de pretendientes, que intentaron por todos los medios ser presentados y captar mi atención. Yo estaba más preocupada por desempeñar mi papel a la perfección que en fijarme en ellos, pero sí que es verdad que hubo una mirada aquel día, que me acompañaría aquella noche y perturbaría mi sueño. Ese día, vi por vez primera a Ricardo.



UN AMOR INOCENTE

Yo también sucumbí al amor juvenil y, como suele pasar, lo hice de la manera más absurda y necia, me enamoré perdidamente de un hombre guapo… y pagué por ello.

Tenía quince años cuando me presentaron a Ricardo, fue la primera vez que hablamos. Yo venía de acompañar a mi madre en su visita a la modista, me encontraba en el vestíbulo de mi casa cuando la puerta del despacho de mi padre se abrió y el hombre más elegante de toda Valencia apareció ante nosotras. Para mi propia sorpresa, me quedé sin palabras, cosa que no solía ocurrir. Mi padre nos lo presentó a mi madre y a mí, con su habitual formalismo y apenas cruzamos un par de frases, pero para mí fue suficiente.

Los días siguientes, Ricardo Shelly se convirtió, de la noche a la mañana, en mi obsesión. Todavía no puedo parar de suspirar al recordar aquellos días. Es curioso cómo el tiempo altera nuestra memoria, en el caso de Ricardo, perdura el agradable aroma que desprendían sus cigarros mezclados con la loción que solía usar al afeitarse, tanto que, incluso, ha logrado borrar todo lo demás.

Yo era una cría por aquel entonces, pero guapa y, lo más importante, hija del Barón de Alcahalí. Todas esas bazas jugaron a mi favor para hacer que se fijara en mí.

Unos días más tarde de nuestro encuentro, fuimos invitados a una comida organizada por la infanta Isabel. Yo acudía con el resto de mi familia y tenía la esperanza de que él también hubiera sido invitado. Siempre me esforzaba por ir bien arreglada a ese tipo de actos, pero ese día redoblé mis esfuerzos, quería estar impresionante, no podía consentir que Ricardo no pusiese sus ojos en mí y, si lo hacía, estaba completamente segura de que no tendría más opción que quedar prendado.

Nada más llegar, eché un rápido vistazo al salón, no lo veía por ninguna parte. Tenía el estómago encogido y mis esfuerzos por aparentar tranquilidad, con toda seguridad, me reportaban un aspecto extraño, ya que mi madre se acercó a mí en varias ocasiones para preguntarme si me encontraba indispuesta.

Saludé a docenas de personas, fui capaz de mantener conversaciones triviales y hacer genuflexiones mecánicamente, pero mis ojos acudían una y otra vez a la entrada, a la espera de que su figura apareciera para apaciguarme. A medida que los minutos pasaban, mi estado de excitación crecía. Al filo de la hora que bordeaba la descortesía, apareció. Iba impecable, incluso pese a la gran distancia que nos separaba, me pareció percibir su aroma. Como si hubiese leído mis pensamientos, giró su rostro y dio con mi más franca sonrisa, a la que respondió con una reverencia, casi imperceptible para los demás. Enseguida noté cómo el rubor me conquistaba y fui consciente de mi atrevimiento, pero estaba exultante, sabía que había conseguido mi objetivo y en mucho menos tiempo del que había previsto.

Para conquistarlo, lo ignoré completamente. No hay mejor opción para que un hombre acostumbrado a ser el centro de atención se fije en ti, eso hiere de muerte su vanidad y te convierte en un reto, en algo personal. Aquella era una de las perlas de sabiduría que Colette nos

había logrado transmitir entre cientos de lecciones de francés… y funcionó.

Ese día, sus miradas furtivas provocaron mil sonrisas en mi boca, pero no di mi brazo a torcer, cada vez que se acercaba, yo huía como una gacela asustada, dejando clara mi intención de no entablar con él ninguna conversación. Me divertí a su costa durante toda la jornada, viendo sus infructuosos intentos por despertar mi interés, que yo ignoraba sistemáticamente.

Después de la recepción, había un baile. Toda joven de mi edad suspiraba la llegada de ese momento, ningún otro contacto físico con el sexo opuesto estaba bien visto, obviamente. Ricardo pidió formalmente que bailara con él y yo me excusé aludiendo a otros compromisos hasta en dos ocasiones, pero a la tercera petición, acepté. Suponía que mi plan había funcionado y, sinceramente, ardía en deseos de hacerlo.

He bailado con muchos hombres en mi vida, pero ninguno como él. Recuerdo las yemas de sus dedos rozando suavemente la palma de mi mano. Su seguridad y su carisma se reflejaban en su modo de moverse. Antes de que concluyera la pieza, ya estaba rendida a sus pies, pero nunca lo admitiría. Cuando comenzó a hablarme, me despedí con una reverencia y dándome la vuelta con gracia, lo dejé plantado en medio del enorme salón, como si aquello hubiese sido uno más de mis rutinarios compromisos.

Como para él yo era totalmente inmune a sus encantos, cambió radicalmente de estrategia, en lugar de ir tras de mí, como un perrillo desvalido, se hizo amigo de mi padre y se convirtió en su sombra. De ahí nació una gran amistad, ambos se tenían en alta estima.

Debido a su insistencia, mi padre lo invitó un día a pasear con mi familia en la berlina por los Jardines del Real y la Alameda. Cruzábamos el palacio de Ripalda cuando pude sentir su mano rozando tímida mi vestido por primera vez. Esa nimiedad hizo que mi alocada mente lo encumbrara a héroe de mis pensamientos y objeto de todas mis elucubraciones. Ricardo… lo amé con todo mi corazón y me sentí la mujer más afortunada de la tierra a su lado.

Él no era un hombre rico, pero sí provenía de una familia con linaje, que una vez dispuso de una gran fortuna. Sus ancestros eran irlandeses, lo que le confería cierto aire exótico muy valorado en provincias. Debía trabajar para sustentarse, cosa que no era muy común en los círculos aristocráticos donde yo me movía, pero eso no me importaba, yo misma aspiraba a ganarme la vida trabajando algún día. Su padre murió cuando él apenas contaba con dos años de edad, lo que ocasionó una gran pérdida para su familia. No solo sentimental, sino también económica.

Era un hombre curtido, de los que se han hecho a sí mismos y han visto mundo. Imagínese el poder que alguien como él pudo tener sobre mí, especialmente en aquel entonces, cuando yo era fácilmente impresionable.

Ricardo me embelesaba contándome su vida al otro lado del charco. Cuando era muy joven, se marchó a Cuba a buscar fortuna, como hacían muchos otros españoles, persiguiendo sueños de riqueza.

Mientras estaba allí, se encontró en medio de la guerra que Estados Unidos mantenía con España por sus últimas posesiones en el caribe. Ricardo se trasladó a Puerto Rico, donde se hizo voluntario de la sección de ciclistas, que se encargaban de pasar los mensajes de nuestro bando. Me contaba lo valiente que había sido y los peligros a los que se había enfrentado mientras, en mi mente, se iba forjando la figura de un héroe a mi lado. Pero todo aquel esfuerzo fue inútil, el ejército español, poco preparado y mal equipado, no pudo con el estadounidense.

Los puertorriqueños eran leales a España, pero estaban completamente sitiados, el país atravesaba por una grave crisis económica y los alimentos escaseaban. La madrugada del 12 de mayo de 1898, el almirante William Sampson, con una flota de 11 barcos, mantuvo bajo fuego a la capital durante tres horas. Cundió el pánico entre la población, la madre patria nunca llegó a su auxilio y la flota española del almirante Pascual Cervera fue atrapada y destruida en Cuba.

Desgraciadamente, nuestra querida María Cristina, la reina regente por aquella época, perdió la guerra Hispano-Americana y Puerto Rico pasó a manos de Estados Unidos. Los estadounidenses tenían un compromiso para la independencia de Cuba, con Puerto Rico no existía promesa política ni acuerdo alguno, pues era visto como un botín de guerra, un premio por el esfuerzo militar norteamericano.

Después de aquello, Ricardo trabajó en diversas compañías de seguros, lo que le permitió aprender el negocio y traerse sus conocimientos a España. Una experiencia que supo rentabilizar y que le reportó grandes beneficios. Trabajó mucho tiempo para la Sociedad Equitativa de los Estados Unidos y se trasladó a Valencia desde Madrid, en calidad de representante de esta sociedad.

Pasamos tres años como novios, los tres años más infructuosos de mi vida. Yo no hacía otra cosa que esperar a Ricardo, arreglarme para Ricardo o ir a comprar vestidos para estar guapa cuando viniese Ricardo, perdí el control de mi mente y mis sentidos y mi mundo se reducía a él.

—Querida, estás esplendida, deberíamos salir a tomar algo para que todo el mundo pueda admirarte, sin duda eres una de las mujeres más hermosas de la tierra —me lisonjeaba.

—No seas adulador, sabes que no te hace falta.

—Pero cielo, si sabes que es toda la verdad, anda, ve a decirle a tu madre que nos acompañe.

Cada vez que me encontraba con Ricardo, debía buscar alguien que nos acompañara, solíamos elegir a mi madre o mi abuela, pues mi hermana Soledad, como siempre tan seca, no disfrutaba de nuestra compañía y así lo hacía constar cada vez que tenía ocasión.

—Descuida.

—Y prepárate porque mañana por la noche vamos al teatro.

— ¡No es posible! —respondí, emocionada.

Margarita Xirgú actuaba en el Teatro Principal interpretando *Marianela*, de Benito Pérez Galdós, uno de mis dramaturgos favoritos. Intenté, por todos los medios, conseguir entradas, pero se convirtió en una quimera. Ni siquiera mi padre, tirando de contactos, había logrado que pudiera asistir.

—Para mí nada es imposible y mucho menos si se trata de contentarte, cielo. Soy un hombre de recursos y en el Principal me deben algunos favores.

—Espera que se lo diga a mi padre, no lo creerá.

Ricardo era un hombre orgulloso, noté como se henchía como un pavo real, para él era importante contar con la aprobación del barón y su familia, no tener título nobiliario era un hándicap para él, uno que se esforzaba por compensar.

—Va a ser una noche formidable, dicen que la Xirgú está soberbia.

—Es una mujer fascinante, todavía la recuerdo interpretando *Divinas palabras*.

Admiraba a mujeres como Margarita Xirgú y secretamente las envidiaba, ellas eran mujeres que vivían de su pasión, podían ser independientes y no estar sujetas a convencionalismos ni a lo que se esperara de ellas. Yo ambicionaba algo así, no era consciente de cómo, sin pretenderlo,

me iba alejado cada día más de mis anhelos.

Aquella y otras tantas noches fueron fabulosas, Ricardo me colmaba de regalos, siempre estaba atento, dispuesto a complacer hasta mis más nimios deseos, halagaba mis virtudes… era todo un caballero, un conquistador. Juntos formábamos una pareja de la que todo el mundo hablaba y a la que todos admiraban. Él era un exitoso hombre de negocios, bien parecido, elegante y cautivador. Yo pertenecía a la aristocracia, me gustaba vestir a la moda y seguir las últimas tendencias. Ya por entonces me atrevía con todo. Allá por donde íbamos la gente se volvía para mirarnos.

Como era de esperar, cuando hubo transcurrido un tiempo prudencial desde el inicio de nuestra relación, un día Ricardo fue a ver a mi padre. Yo ansiaba con todas mis fuerzas aquel momento. Ambos estaban reunidos en su despacho y me imaginaba cuál era el asunto a tratar. No podía hacer guardia delante de la puerta, mi madre me habría reprendido, pero estuve todo el tiempo espiando desde el piso de arriba. Al salir, Ricardo lucía una radiante sonrisa y me buscó con su mirada, yo bajé las escaleras como una exhalación. Allí mismo, en el vestíbulo, ante la atenta mirada de mis padres y mi hermana, que acudían curiosos, Ricardo por fin lo dijo.

—Margarita.

—Sí, mi vida.

—¿Me harías el honor de ser mi esposa?

Hacía tiempo que venía aguardando esa pregunta, como cuando la gente del campo espera la lluvia que se resiste a aparecer. Para mí fue una enorme alegría y un alivio, por lo que no pude hacer otra cosa que responder:

—Sí.

Era joven, no voy a escudarme en eso, pero es cierto que en aquellos días no sabía nada del mundo. En ese momento, no pensé mucho más allá: un maravilloso vestido de novia, yo entrando en la iglesia del brazo de mi orgulloso padre, cientos de invitados mirándome embelesados y un banquete digno de reyes. Toda Valencia hablaría durante semanas de ello y yo sería el centro del mundo, una vez más. No dediqué ni un segundo a pensar en qué vendría después. Ese es un pecado que te hace acometer las más infames proezas.

Muchas veces he recordado ese momento y mi cerebro ha buscado en él alguna señal de lo que pasó después sin ningún éxito. No debí casarme nunca y mucho menos tener hijos, pero era lo que se esperaba de mí y no supe que no era lo que yo quería hasta mucho después. Era inocente, en el más amplio significado de la palabra. Me dejé arrastrar, sé que suena a excusa barata, pero es cierto. A la gente joven se le debería dar el beneficio de la duda, no obligarlos a tomar decisiones precipitadas que serán vitales para el resto de tu vida. A ciertas edades, aún no lo sabes, pero no tienes ni idea de lo que es la vida, lo corta, frágil y dura que es.

Quería una boda fastuosa y la tuve, se supone que era a lo que una mujer de mi clase debe aspirar y yo lo conseguí sin mucho esfuerzo. Toda Valencia estaba expectante. El periódico del día siguiente se agotó en poco tiempo, la gente estaba ávida por leer la crónica de uno de los eventos del año, que no defraudó a nadie. El 16 de Julio de 1910 fue, sin lugar a dudas, un día importante en mi vida.

La iglesia de San Nicolás nunca había lucido tan bonita, las flores la inundaban, impregnándola de un delicioso aroma a jazmín que se mezclaba con las más exquisitas fragancias de los invitados; la flor y nata de la sociedad valenciana.

Recibí todo tipo de halagos, mi vestido era perfecto, mi peinado… todo, tengo que reconocer que para una persona vanidosa como yo, aquel día fue un sueño.

Ricardo me esperaba de pie junto al altar. Al verlo, mi corazón se desbordó de amor, era tan elegante, tan guapo que todo lo demás no importaba, solo estábamos él y yo… para siempre.

Hay momentos en los que uno no piensa en las consecuencias. Yo soy impulsiva por naturaleza, mi corazón suele guiar la mayoría de mis decisiones. Eso, unido a mi juventud, no me dejó ver que aquella alianza que Ricardo puso delicadamente en mi dedo, de un modo u otro, era como una argolla que me unía a él para siempre.

—Que lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre.

Estas palabras resonaron en mi interior muchas veces, cargadas de simbolismo y significado. Yo, una simple mortal, ¿cómo osaría? ¿Cómo me atrevería a ir contra un designio sagrado? Pero eso, es adelantar acontecimientos. En aquella época, no existía el divorcio en España, aquella ceremonia nos unía para siempre y yo estaba feliz por ello.

Recuerdo a mi padre en los días anteriores, paseaba de un lado a otro taciturno.

—Padre, ¿estáis bien?

—Claro, Margarita.

—Te veo preocupado.

—No sufras hija, solo que no me hago a la idea de que vayas a dejarnos… —suspiró, apesadumbrado.

—Lo sé —dije acercándome a su rostro para besarlo—. Pero no debes estar triste, vendré a casa muy a menudo y seguiremos compartiendo nuestras cosas.

—Tienes razón, es ley de vida, además, Ricardo es un buen hombre.

—El mejor, padre. Estoy segura de que seremos felices.

—Hija… me gustaría hablar contigo —pareció dudar—. Sabes que te adoro, que compartimos multitud de inquietudes y que en ti he encontrado mucho más que una hija.

—Lo sé, y sabes que es una de las cosas de las que más orgullosa estoy, gracias a ti he podido ver mucho más allá de estas cuatro paredes.

—A eso me refiero, tienes muchas cualidades hija: tu pasión por aprender, tu ilusión por implicarte en los problemas del mundo, tus inquietudes… pero eso, en según qué situaciones, puede convertirse en un inconveniente.

—No entiendo a qué se refiere.

—No eres una mujer que se contentará con quedarse en casa a cuidar de que todo esté en

orden, como tu madre o tu hermana.

—No debe preocuparse por eso, Ricardo me conoce bien, él sabe cómo soy y cómo pienso, estoy segura de que no habrá ningún problema.

—Uno se casa enamorado y rara vez piensa en todo lo que viene detrás. Hay muchos momentos buenos, pero también amargos. Normalmente, pensamos que sabemos cómo reaccionará la persona que tenemos al lado compartiendo nuestra vida, pero solemos equivocarnos, tienes que estar preparada para las decepciones Margarita… y no se trata solo de Ricardo, al casarte tienes que tener muy claro qué se espera de ti, sabes que el matrimonio tiene un fin.

La vergüenza acudió a mí y mis mejillas se arrebolaron, aquella conversación se estaba volviendo incomoda.

—Todavía no hemos pensado en tener hijos —repuse aturdida, era algo que no se me había pasado por la cabeza, quería disfrutar el momento, vivir una apasionada historia de amor junto a Ricardo como en las novelas. Yo nunca había mostrado ni el más nimio instinto maternal, ni tan siquiera había jugado con muñecas en mi infancia. Lo que planteaba en aquellos momentos mi padre se me antojaba casi una broma de mal gusto, pero no quería ofenderlo—. Aunque vendrán cuando Dios lo quiera.

—Lo sé, pero solo te pido que lo medites, una de tus virtudes, que puede convertirse en el mayor de tus defectos, es tu ímpetu. Vas a casarte, con todas las consecuencias que ello implica.

Ese día me agarraba orgulloso, con fuerza, camino del altar.

Mi vida se tornó una burbuja de placidez y lujo. Durante los primeros días junto a Ricardo todo era fascinante y nuevo para mí. Descubrí las relaciones matrimoniales, que en un principio fueron algo decepcionantes, pero en honor a la verdad, he decir que él siempre me trató con bastante respeto, demasiado.

Yo no era ninguna provinciana, había viajado con anterioridad y conocía algunas ciudades europeas, pero ahora veía el mundo de otra forma. Descubrí el París de los cabarets, de sus glamurosos modistas, de las horas intempestivas y algunos lugares poco apropiados para una dama… y sucumbí a todos sus encantos. Me hubiese gustado poder convencer a mi marido para quedarnos a vivir allí. Entre sus calles, me sentía viva, percibía como una nueva cultura y otra forma de pensar emanaba de aquella ciudad. Maldije mi suerte mil veces por no haber nacido allí y ser una de aquellas jóvenes que parecían mucho más libres y abiertas que yo.

Cada noche de nuestra luna de miel salíamos a cenar. Yo me arreglaba con esmero, ya que no era tarea nada fácil eclipsar a las parisinas, que siempre llevaban las últimas tendencias, bebíamos champán y acabábamos a altas horas de la madrugada, escuchando música en directo en algún recóndito local del centro. Habría podido vivir así toda la vida.

—¿Eres feliz querida? —me preguntaba Ricardo, habitualmente.

—Como nunca lo había sido, cielo.

—Eso me llena de una enorme satisfacción.

—Prométeme que nuestra vida será siempre así.

—Cuenta con ello, eres una mujer magnífica Margarita, te lo mereces todo.

Juro que me creí cada una de sus palabras. Evidentemente, era una ignorante y de verás creía que seríamos felices para siempre y que el resto de mi vida sería una sucesión ininterrumpida de vino y rosas.

—Disfruta de nuestra luna de miel, todavía tengo para ti algunas sorpresas.

—No puedo esperar a saber de qué se trata.

—Paciencia querida, debes disfrutar del momento. Mira a tu alrededor, no hay mejor sitio que este para pasar la velada.

Tenía razón, nos encontrábamos en el restaurante Lapérouse, junto al Sena. Por aquellas paredes habían paseado sus miradas Alejandro Dumas o Víctor Hugo, allí se respiraba la condensación del más puro estilo parisino y allí, tuve la suerte de conocer a mi gran amiga Isabel, con la que compartiría maravillosos momentos más adelante en Barcelona.

Isabel Llorach era una rica heredera, su fortuna provenía del descubrimiento de unas aguas medicinales que gozaron de gran fama en la época y con las que su familia construyó el Instituto Frenopático de Les Corts. Ella era una mujer independiente de las que encajaban rápidamente con mi forma de pensar. Su vida giraba en torno a la cultura y hacía todo lo posible para impulsar cientos de proyectos y conectar las mejores mentes creativas de la época.

Ricardo y yo estábamos absortos en una de nuestras conversaciones sobre lo interesante que sería llevar una vida bohemia en Paris, supongo que ninguno de los dos lo pensaba en serio, pero de vez en cuando nos gustaba dejarnos llevar por aquellas fantasías. En un primer momento, no me percaté de su presencia, ni de su elegante vestido y su porte regio, hasta que pasó a nuestro

lado y se paró en seco.

—¡Oh, gracias a Dios, españoles! —suspiró, como si no estuviésemos presentes—. Bona nit, me llamo Isabel Llorach —saludó, esta vez dirigiéndose a nosotros—. Si no les importuna demasiado, me sentaré con ustedes unos instantes, mi acompañante se retrasa… típico de los actores… —resolvió, mientras apartaba una silla y tomaba asiento.

—Ricardo Shelly, mucho gusto. Mi mujer, Margarita Ruiz de Lihory, hija del barón de Alcahalí. Venimos de Valencia —se presentó mi marido, una vez se hubo recobrado de la sorpresa por aquella intromisión.

A Ricardo le gustaba recalcar mi origen aristocrático allá donde fuéramos. A veces resultaba algo incómodo para mí, pero era inútil insistirle para que dejara de hacerlo.

—¡Oh! —exclamó la mujer, visiblemente complacida—. Es un honor, disculpen que los haya abordado de esta manera tan descortés.

—No se preocupe, Isabel, para nosotros es un placer compartir mesa con usted—le respondí.

—Dice usted que ha venido sola —intervino mi esposo, casi interrumpiéndome. La curiosidad hacía desaparecer sus buenos modales.

—*Mon cher*, esto es París, una mujer puede hacer sola muchas más cosas que en España y no se considera un escándalo.

—Aun así, me parece algo muy osado.

—No lo crea, depende de los ambientes en los que uno se mueva. Resulta fantástico. ¿No le parece, Margarita? —se dirigió hacia mí, consciente de mi estupefacción.

—Sí… —titubeé—. Debe de ser una sensación… extraña.

—Completamente. Y placentera, si me permiten decirlo. Me muevo entre escritores, filósofos y gente del teatro. Para ellos resulta de lo más natural. De hecho, facilita mucho mi trabajo.

—¿Su trabajo? —Me atreví a preguntar descaradamente. Aquella mujer empezaba a llamar poderosamente mi atención.

—Sí, querida, soy una especie de… ¿cómo decirlo...? mecenas. Mi pasión es el teatro y hago todo lo que está en mi mano para llevar a Barcelona todo lo que me gusta. Me entusiasma reunir a gente interesante, creativa, que se conozcan entre sí… ni se imagina, debería usted visitarme en Barcelona, le encantaría mi casa.

—Sería maravilloso, la familia de mi madre vive allí.

—Pues no se hable más, *ma chère*, será mi invitada. Disfrutará con mis amigos, estoy segura.

—Puede que algún día los dos vayamos a Barcelona, es una ciudad interesante, lo haremos cuando mi trabajo lo permita —puntualizó Ricardo, que no le gustaba sentirse excluido de ningún plan.

—Entiendo —suspiró Isabel, suspicaz—. Estaré encantada de acogerlos, y díganme, ¿qué les ha traído a Paris? Si me lo permiten, les diré que hacen una pareja adorable.

—Somos recién casados —expliqué, sin poder evitar emocionarme—. Estamos de luna de miel.

—¡Eso es estupendo! Entonces, permítanme que les invite a una botella del mejor champán francés para celebrarlo. *Serveur* —llamó, con gesto un resuelto—. *Apportez une bouteille de Perrier-Jouët*. Era el favorito de la reina Victoria y el mío también —me indicó, guiñándome un ojo—. Y dígame, Margarita, ¿qué hará una vez regrese a Valencia?

En ese momento, no me di cuenta, pero conociendo a Isabel como lo hago ahora, estoy segura de que disfrutaba provocando a Ricardo.

—Está claro que formar una gran familia —se apresuró a contestar por mí, mi encantador marido.

—Naturalmente, pero tengo intención de estudiar Medicina, o tal vez Derecho, todavía no lo he decidido. Tengo la inquietud de ayudar a la gente que no tenga recursos.

—Pero mi vida… —repuso Ricardo, intentando disimular su desconcierto—. Para eso están las obras benéficas, puedes implicarte en tantas como quieras.

—Lo sé, pero estoy segura de que puedo ser una gran abogada o médico… Se me da muy bien estudiar y no quiero desaprovechar la oportunidad de entrar en la universidad.

—Es demasiado esfuerzo Margarita, piensa en lo ocupada que estarás organizando nuestro hogar y ocupándote de que todo funcione.

Ricardo estaba a punto de perder los papeles, algo que era bastante complicado en público. Yo estaba totalmente desconcertada. Antes de casarnos, había hablado con él sobre mis planes para estudiar una carrera y nunca puso objeción alguna. No entendía su cambio de parecer. Supongo que pensaba que eran sueños sin fundamento, que caerían en el olvido una vez casados.

—Estoy segura de que logrará ser una excelente profesional en el ámbito que elija —afirmó Isabel, con cierto ímpetu, provocando que hasta Ricardo guardara silencio.

—Es usted muy amable —respondí, intentando apaciguar la amargura que crecía en mi interior, y me esforcé por cambiar de tema.

Creo que esa fue la primera vez que atisbé lo que sería mi vida a partir de ese momento. Me eduqué en un ambiente donde la mujer estaba supeditada al hombre. Cualquier necesidad o inquietud personal debía estar sometida a los deseos del cabeza de familia y, por supuesto, en mi fuero interno nunca estuve de acuerdo con ello. Siempre he pensado que «una mujer no debe ser instrumento más que de sí misma, debe buscar su placer, y no el del hombre. Debe buscar su realización en la vida activa y no solo en el matrimonio. Debe participar en la política, en el trabajo, en la lucha…»[2], pero claro, Ricardo nunca pensó como yo y no lo culpo, en aquel momento yo era demasiado ingenua para verlo, o puedo escudarme en que estaba cegada por el amor.

Nuestros días en París tocaban a su fin, lo que me llenaba de cierta melancolía. Echaba de menos Valencia, sobre todo hablar con mi padre y compartir con él mis impresiones sobre la capital gala, pero algo en mi interior se removía: una creciente necesidad por salir a explorar, conocer más y expandir mi mundo… había tantas cosas por ver, por sentir y por estudiar… conocer nuevos lugares… lejos de saciar ese apetito, lo único que había logrado era acrecentarlo.

Nuestros días en París tocaban a su fin, lo que me llenaba de cierta melancolía. Echaba de menos Valencia, sobre todo hablar con mi padre y compartir con él mis impresiones sobre la capital gala, pero algo en mi interior se removía: una creciente necesidad por salir a explorar, conocer más y expandir mi mundo… había tantas cosas por ver, por sentir y por estudiar… conocer nuevos lugares… lejos de saciar ese apetito, lo único que había logrado era acrecentarlo.

Me preparaba para bajar a desayunar cuando Ricardo se acercó a mí, sigilosamente, y me dio un beso en el cuello. Adoraba que hiciera eso.

—¿Tienes listo el equipaje?

—Solo faltan algunas cosas. La doncella se encargará de todo mientras desayunamos.

—Perfecto, ha sido buena idea comprar un baúl nuevo, de otra forma no cabría todo lo que has comprado —dijo, con gesto travieso, mientras observaba mis nuevas adquisiciones desparramadas por la habitación.

—No solo eso —apunté con malicia—.Hay diversas publicaciones a las que me he suscrito y que me mandarán a casa. No quiero perderme nada de las nuevas tendencias y, desgraciadamente, en España estamos muy lejos de vestir como aquí. Ahora que lo he visto con mis propios ojos, dudo mucho que pueda resistirme a volver en más ocasiones en el futuro.

—Cielo…está claro que serás la mujer más sofisticada de toda Valencia, pero todavía no vamos a regresar, queda mi sorpresa.

—¿De veras? ¿De qué se trata? ¡Oh, Ricardo, tienes que contármelo ya!—supliqué.

—Nos vamos a Roma, me hace una ilusión bárbara que paseemos juntos por sus calles y conozcamos su historia milenaria.

—¡No puedo creerlo! ¡Eso es fantástico! Gracias, Ricardo, eres un sol, me haces enormemente feliz.

—Sabes que haría lo que fuera por la mujer que amo.

El viaje a Roma fue toda una experiencia, me encantaba su cultura mediterránea, su comida y su gente. Adoro la ópera y pudimos disfrutar de inolvidables veladas en las que me dejaba llevar por las emociones y terminaba conmovida. Llevábamos ya más de un mes casados y no podía estar más contenta, vivía y disfrutaba de cada momento intensamente. No me di cuenta de que algo había cambiado hasta que mi doncella se dispuso a preparar el equipaje para regresar a casa y me puso sobre aviso.

—Señora.

—Dígame.

—Verá, es sobre esto —explicó mostrando una de mis cajas de viaje, que alojaba mis toallas sanitarias, mientras adornaba el gesto con una sonrisa triunfal—. No ha sido necesario abrirlo.

Si he de ser sincera, no me di cuenta de lo que pretendía decirme hasta un instante después. Lo cierto es que no estaba entre mis planes quedarme embarazada tan pronto, quería disfrutar de Ricardo, y de la vida que llevábamos, algo más de tiempo y no estaba preparada para algo así.

—Está bien —contesté de modo un tanto abrupto. Quería perderla de vista y quedarme a solas para pensar.

—Enhorabuena, señora.

—Gracias, no diga nada, me gustaría ser yo la que se lo comunicara al señor.

—Por supuesto señora, como disponga.

Mi cabeza comenzó a dar vueltas, pero no podía negar lo evidente, no había tenido la menstruación y eso solo podía implicar una cosa. Estaba deseando volver a Valencia para empezar una nueva vida junto a mi marido, él iría a trabajar todos los días a la aseguradora y yo comenzaría a estudiar, quería hacer Medicina y estaba segura de que no lo tendría fácil, pero con el apoyo de mi padre y de Ricardo, lo conseguiría.

No voy a negar que me agité bastante. De hecho, tuve que pararme a recapacitar para recomponerme. Se suponía que debía estar feliz ¿Acaso no era el matrimonio para eso? Lo apropiado era sentirme bendecida y llena de gozo. Mi Virgen de los Desamparados me mandaba un regalo y yo reaccionaba así…como una desagradecida. Bajo ningún concepto podía mostrar mis sentimientos ¿Qué pensaría la gente de mí, si supiera que lo único que sentía por mi embarazo era una apabullante decepción? Era muy joven y tenía ambiciones, sueños, proyectos… Aquel bebé haría que todo se pospusiera… ¿Hasta cuándo? Había que ser realista: tal vez para siempre. Esos últimos pensamientos provocaron que una profunda aflicción me recorriera. Fue la primera vez que me encontré ante aquella tesitura; la vida de Ricardo seguiría igual, pero la mía cambiaría sin remedio.

Esa fue la primera vez en mi vida que tuve que lidiar con un hondo sentimiento de culpa, que he tratado de superar a toda costa. Cuando eres mujer, todo en el mundo está dispuesto para que la maternidad sea el pilar de tu existencia, entorno al que giren todos y cada uno de tus actos, pensamientos y anhelos, pero cuando se es como yo, las dudas sobre tu determinación te acechan hasta ahogarte. La gente cree que he buscado mi felicidad sin parame ni una sola vez a pensar en los demás. No pueden estar más errados. Pero cuando cojo un camino, siempre lo tomo con decisión, sin permitirme vacilar.

Los primeros meses a nuestro regreso a Valencia fueron una continuación de nuestra luna de miel. Acudíamos cada semana al teatro y nuestras veladas estaban llenas de invitaciones a cenas y fiestas. Ricardo trabajaba a diario, pero eso no le impedía regresar a casa solícito para acompañarme a todos los eventos. Yo me ocupaba de decorar nuestro hogar, acudía a misa a diario y acompañaba a mi madre en sus obras de caridad, aunque dejé de hacerlo por sus interminables letanías:

—Hija, no es propio de una dama embarazada salir a la calle, bien lo sabes.

—¿Y qué se supone que debo hacer, pasar interminables meses mirando por la ventana? Madre, me volvería loca.

—Busca un entretenimiento, pero la gente comienza a hablar, Margarita, no puedes seguir exhibiéndote como una cualquiera, por más que lo intentes, tus vestidos no pueden ocultar tu estado.

—Me niego a vivir enclaustrada sin motivo, no estoy enferma y me encuentro perfectamente como para seguir llevando una vida normal. Además, lo único que hago es asistir al teatro, no creo que nadie pueda ofenderse por ello.

—Te equivocas, la gente habla y murmura a tu paso, eres la comidilla de toda la ciudad, nadie entiende la osadía de la hija del barón de Alcahalí. Hasta mis oídos me ha llegado, por varios sitios, tu desvergüenza, por lo que te pido que, si no lo haces por ti, hazlo por el honor de tu familia y por tu marido, lo estás dejando en evidencia.

—Como usted diga —terminé claudicando, a sabiendas de que me arrepentiría.

El fin de mi embarazo resultó muy incómodo y empecé a preocuparme, todo había sucedido sin pretenderlo, casi sin pensar. No era una ignorante, sabía que si mantenía relaciones sexuales con mi esposo existía la posibilidad de quedarme embarazada, pero en aquella época habría jurado que hacía falta algo más de tiempo e insistencia para que sucediera.

Ahora que el alumbramiento estaba cerca, debía aprender de mi situación. Si tenía tanta facilidad para quedar en cinta, tendría que andar con ojo. No quería convertirme en una coneja. Pero debía tener cuidado para no exteriorizar mis pensamientos o me convertiría en un monstruo para quien los escuchara. No sabía a quién preguntar o dónde pedir ayuda, apenas tenía veinte años y me estaba ahogando en mi propia ignorancia.

Desconocía con quién podía hablar del tema. Normalmente, esos asuntos eran considerados *vergonzosos* y se trataban con discreción absoluta. Nunca habría osado hablar de ello con mi madre, pero un día me decidí a visitar a Soledad con la esperanza de encontrar alguna respuesta. Jamás nos habíamos llevado bien y no gozábamos de confianza, pero ella tenía numerosas amigas casadas y albergaba la esperanza de que pudiera arrojar algo de luz a mis numerosas dudas.

—Buenas tardes, querida, no te esperaba, pasa, le diré a Encarna que nos sirva algo de merienda en el saloncito.

—Gracias, Soledad —dije, intentando sentarme lo más dignamente posible.

—No deberías salir de casa como si fueras una campesina Margarita, mírate, estás enorme, nadie debería verte así.

—Me encuentro bien —comenté, tratando de no ofenderme, había venido a por respuestas y no me daría por vencida—.Precisamente, quería que hablásemos sobre mi estado —añadí, señalando mi barriga, que ocupaba, ostensiblemente, demasiado espacio.

—Has sido bendecida —dijo con cierto desdén.

En ese momento, comprendí que no hallaría comprensión alguna en mi hermana. Soledad tenía veintitrés años y todavía no se había casado, ni se le conocían pretendientes, lo que obviamente, para ella constituía una lacra.

—Cierto, hermana. Precisamente, de eso quería hablarte.

—Evidentemente, yo no sé nada de eso —señaló, con brusquedad.

—Pero tienes amigas que están casadas y tienen hijos, tal vez alguna de ellas ha comentado algo…No me malinterpretes, estoy encantada con esto, pero, evidentemente, todo indica que tanto Ricardo como yo tenemos gran facilidad para engendrar y no me gustaría pasarme la vida preñada. Tal vez… —farfullé—.Exista alguna cosa que impida…

Noté cómo la sangre se agolpaba de una en el rostro de mi hermana, casi me pareció ver como echaba humo.

—¿Hablas en serio? ¿Estás loca? ¿Cómo osas…cómo te atreves ni tan siquiera a pensar algo semejante? Tener hijos es una bendición de Dios y tú no piensas nada más que en ti, como de costumbre. Si madre supiera esto, le daría un ataque —repuso, con una vehemencia impropia en ella. Soledad sabía hacer daño, pero de una manera sutil y discreta, era un arte que había depurado con el tiempo, ya no era su estilo exaltarse y perder el control.

—Te ruego que no le comentes nada, he acudido a ti porque sé que eres una persona discreta.

—No, no lo haré, pero me parece una abominación lo que pretendes.

—No pretendo nada, solo intentar controlar cuándo ser madre, no me parece tan descabellado, algún modo debe de haber…

—No para las cristianas, Margarita. Parece mentira que nos hayamos educado juntas. Los hijos vienen cuando Dios los manda y así debe ser y será. Confiaba en que Ricardo te hubiese puesto en vereda y hubieses cambiado, pero veo que no es así, sigues igual que siempre.

—¿Por querer decidir cuándo ser madre? Tendré a este niño encantada, pero me gustaría esperar bastante hasta el siguiente.

—Margarita, eres una egoísta redomada y lo sabes, no es ningún secreto. Deberías estar encantada con ser madre, ahora tienes la oportunidad de tener un hogar de verdad con una familia a la que cuidar…—suspiró sin poder ocultar el anhelo, que subyacía bajo sus palabras—. La cantidad de mujeres que darían lo que fuese por estar en tu situación.

—Soledad, estoy lejos de ser el monstruo que piensas, tan solo quiero poder planificarme, hay muchas cosas que quiero hacer: deseo estudiar, sacarme el carné de conducir…

—¿Pero te estas oyendo? Yo, yo, yo y yo.

—No creo que haya nada malo en lo que digo. Ricardo también va a ser padre, pero su vida no cambiará ni un ápice, sin embargo yo tendré que quedarme en casa y ni siquiera podré acudir al teatro en un tiempo.

—Hablas como esas locas de las sufragistas.

—Estoy totalmente de acuerdo con ellas.

—¡Jesús, María y José! No puedes hablar en serio, qué locura, las mujeres votando… sería el apocalipsis.

—No lo creo, tenemos el mismo derecho a decidir que los hombres. Es más, estoy convencida que podríamos desempeñar muchos de sus trabajos. Sueño con un futuro en el que las mujeres puedan dedicarse a la abogacía, la medicina, incluso ser alcaldesas de su ciudad… Estamos totalmente capacitadas.

Mi hermana comenzó a santiguarse compulsivamente.

—De verdad, Margarita, que no sé de dónde sacas semejantes ideas —repuso, negando con la cabeza enérgicamente.

—Del mundo, Soledad, de los libros, de la prensa… La vida tiene que cambiar y nosotras con ella, hay que evolucionar. Las mujeres deberíamos tener todo el derecho a hacer con nuestra vida lo que nos plazca, no lo que estimen oportuno nuestros maridos.

—Terminarás mal hermana, esos pensamientos no te traerán nada bueno.

Mi pequeña Margot se me antojaba la niña más bella del mundo desde el momento en que la tuve en mis brazos. En ese instante, supe lo que es el instinto maternal, que me ha obligado a protegerla fervientemente hasta su muerte. Margot nunca se ha parecido a mí en ningún aspecto, era una mujer sencilla y apocada a la que le gustaba la tranquilidad. Ya desde bebé se mostraba risueña, plácida y complaciente.

Entré en el mundo de los cuidados del bebé, me apacigüé, me dediqué a organizar mi hogar, a cumplir mis deberes de esposa y a olvidar que un día tuve aspiraciones.

Durante esos años, me dediqué a ser madre, uno tras otro fueron naciendo mis hijos, aparté mis pretensiones a un lado y me guie por un instinto mucho más fuerte que yo. No encontré otra opción. Nunca había visto a mis padres más complacidos conmigo. A Margot la siguieron José María, Juan y Luis. Cuatro hijos en apenas seis años. Los amaba y una parte de mí, que ignoraba que existía, se sintió completamente realizada y feliz, aunque conforme ellos crecían, el desasosiego dentro de mi ego lo hacía también.

Una mañana, los niños estaban especialmente revoltosos. Luis era un bebé y había pasado una noche terrible, no había cesado de llorar, molesto por los dientes que afloraban en su boca como pequeñas perlas en eclosión. Sus hermanos, ajenos por completo a su sufrimiento, jugaban con su desayuno y amenazaban con ensuciar sus uniformes con cada movimiento que realizaban.

Yo deseaba, con todas mis fuerzas, que la hora del desayuno terminara y que todo el mundo desapareciera de casa para tener algo de tranquilidad. Intentaba poner algo de paz entre Margot y José María, que se empujaban a cada bocado que daban a sus tostadas. El llanto de Luis se mezcló con el alboroto de sus hermanos y el trajín de la criada sirviendo el desayuno. Ricardo apareció, entonces, recién afeitado por la puerta, desprendiendo una luz alegre y deslumbrante mezclada con su penetrante perfume de jazmín y todo el mundo permaneció callado por unos instantes observándolo, incluso el pequeño Luis, que segundos antes se retorcía incomodo en mi regazo, se paró a mirarlo.

Ricardo entraba en el comedor con una sonrisa radiante, dispuesto a empezar un nuevo día fuera de casa, en su trabajo, compartiendo las últimas noticias con sus compañeros, comentando la actualidad, tomando café en alguna sitio elegante del centro…Yo quería eso y, entonces, comencé a construir una catedral de resentimiento en mi interior.

Yo debía permanecer junto a Luis, estar en casa cuando mis hijos regresaran y ocuparme de que siguieran sus actividades después de la escuela. Creo que, en ese preciso instante, una chispa prendió en mi interior y comprendí el verdadero alcance de mi ignorancia. Realmente, no era culpa de Ricardo, ni de mi educación religiosa, ni de mis padres, ni del mundo, simplemente me percaté de que todo era injusto para la mujer y yo no me había dado cuenta hasta ese momento. Todo, absolutamente todo, estaba mal. Si alguna vez había tenido sueños… se debió a que era estúpida. Todos estos pensamientos, que me sobrevinieron mientras observaba a mi familia ajena por completo a ellos, fueron como un fogonazo de lucidez. Entonces, susurre para mis adentros: «bendita ignorancia». Ante mí, se abría un enorme abismo de frustración, tan grande, que amenazaba con devorarlo todo.

Ricardo canturreaba mientras saludaba a los niños y se disponía a tomar su primer café del

día. Su canción se esparcía por la habitación e hizo que los niños se embriagaran con su ritmo pegadizo. Era una sintonía muy simple y repetitiva, de esas que se adhieren a tu cabeza y te acompañan una jornada entera.

—Ayer regresaste tarde —lancé.

Ricardo no movió ni un músculo de su magnética sonrisa. Es más, creo que en ese momento evocó algo que provocó que sonriera con más ganas.

—Sí, querida mía, discúlpame, trabajé hasta tarde y luego fui con un compañero a tomar una copa. Debíamos hablar de una cuenta muy importante.

—Claro, el mundo de los seguros es apasionante. ¿Llegarás hoy para cenar?

—No cuentes con ello, tengo un cliente importante al que tengo que agasajar, cenaré fuera —se escabulló, mientras acariciaba a los niños para esquivar mi mirada.

—Está bien, pero podrías reservar algún día para tu familia.

—Claro, preciosa, descuida, sabes que para mí sois lo más importante, pero debes comprender que mi trabajo es primordial.

—¿Qué es lo que fábricas padre?—interrumpió Juan, con su lengua de trapo.

—Nada, cariño, no fabrica nada, es un importante corredor de seguros —expliqué.

—¿Hace carreras como mis amigos y yo?

—Veras, Juan, yo me dedico a que la gente viva tranquila. Eso, en los tiempos que corren es una tarea difícil: aseguro sus casas, sus automóviles, sus vidas, no hay profesión mejor que la mía. Gracias a mí, la gente no tiene que preocuparse por nada.

—¡Alaaa! —exclamaron a coro todos los niños que idolatraban a su padre y bebían sus palabras con admiración entregada.

—Bueno, basta de charla, recoged vuestras cosas o llegareis tarde la escuela—repliqué, bruscamente.

La niñera se llevó a los cuatro, permitiéndonos así disfrutar de un momento de tranquilidad para el desayuno.

—Por lo visto, cierran muy tarde los locales en Valencia entre semana, me alegra saber que hay gente en esta ciudad tan trabajadora —tercié, sin apartar mi vista de su sonrisa.

—Querida…es normal que llegue a altas horas de la noche, tengo muchas responsabilidades y hay cuentas de mucho dinero en juego. Hay cosas que es mejor tratar fuera de una oficina, en un ambiente más relajado. No debes preocuparte.

No sé con certeza si era su condescendencia o su frialdad lo que me sacaban de quicio. Tal vez era la impotencia de saber que yo también quería disfrutar de la libertad que él tenía cuando dejaba tras de sí nuestra casa y que nunca la lograría.

—Tu ropa apestaba a perfume barato, espero que en lo sucesivo elijas mejor tus compañías.

Me causó bastante placer ver como su sonrisa desaparecía de su rostro transformándose en una mueca patética.

—Margarita…

—Ricardo.

No aguardé a sus explicaciones, me levanté con ímpetu y desaparecí de la habitación. Avancé por el pasillo con la mandíbula desencajada, reprimiendo las lágrimas para que nadie del servicio tuviera ningún motivo para chismorrear, pero con el pecho agitado.

Yo solo era una mujer, poco podía hacer si mi marido salía hasta horas intempestivas, pero,

al menos, debía saber que yo no era tonta, que sabía que iba con mujeres, mi consuelo era hacérselo saber para que mostrara cierto respeto. Mi vida, mi pequeño universo, se resquebrajaba, pero por lo menos tenía mi dignidad para aferrarme a ella. El abismo de frustración seguía creciendo.

Todo tiene un límite, yo no me tenía por una mujer resignada, hasta que me casé con Ricardo y me di cuenta de que debía serlo. No tenía otra opción. Durante un tiempo, me esforcé por desarrollar mi humildad, incluso yendo en contra de mi propia naturaleza. Hice de la mansedumbre un arte e intenté amoldarme a mi entorno.

Intentaba refugiarme en el amor a mis hijos, me dediqué concienzudamente a sus vidas y procuré paulatinamente, erradicar mis inquietudes en pos del bienestar de mi familia. Recé. Recé con una intensidad abrumadora, me encomendé a mi Virgen de Los Desamparados y la visité todos los días, suplicando fortaleza, pero una noche se desmoronó todo. Mi orgullo, ese que me había esforzado tanto por doblegar y relegar al rincón más oscuro de mi alma, explotó, arrasando todo a su paso.

—Querida, necesito que esta noche me acompañes, hay una cena importante en casa de los Figueras, muchos de mis clientes estarán allí —anunció Ricardo a su regreso a casa para comer.

—Naturalmente.

Era un día húmedo de mediados de enero. Siempre he odiado esa época del año, cuando las fiestas navideñas han terminado y el invierno se abre camino con su mal tiempo y su aburrimiento.

Estaba encantada, tenía ocasión de dejar a los niños al cuidado del servicio y dedicarme a prepararme para la velada durante toda la tarde. Pedí a la doncella que me preparara un baño de agua muy caliente y me sumergí entera en ella, noté cómo mis músculos se relajaban automáticamente y mi mente cedía poco a poco, hasta quedar en blanco.

Me esmeré en arreglarme, sabía las expectativas que generaban mis apariciones en público y no quería defraudar a nadie. Casi toda mi ropa la había adquirido en Madrid y París, también tenía una modista que era mi talismán, seguía varias publicaciones francesas y norteamericanas. Basándose en ellas, la mujer obraba auténticas maravillas, que luego eran copiadas por el resto de mujeres de la alta sociedad valenciana.

Elegí un elegante vestido de raso color burdeos, cuyas mangas eran de una fina gasa. Revolví entre mis revistas y desmenucé el último ejemplar de Vogue que me habían enviado desde Londres, buscando un peinado que causara sensación. Como colofón, me puse los pendientes que Ricardo me había regalado el día de reyes: unos preciosos de oro con perlas y diamantes en forma de gota. Eran perfectos.

Mi felicidad aquel día era doble: tenía ocasión de salir y lucirme y Ricardo no podría entregarse a una de sus escapadas nocturnas, a las que tanto se había aficionado. Ni siquiera él, canturreando su maldita canción enturbiaba mi ánimo.

«Cata-catpum, catapum
pon candela alza pa´rriba polichinela
cata-catpum, catapum, catapum
como los muñecos del pim,pam, pum…»

Cada vez que lo oía canturreando, podía imaginármelo sin mucho esfuerzo en algún cabaret rodeado de coristas desvergonzadas.

La casa de los Figueras era una imponente mansión situada en la Plaza de la Reina. Toda la sociedad valenciana se arremolinaba entorno a la escalinata que la presidía, durante las fiestas que se organizaban en ella. Agarré el brazo de Ricardo para hacer mi entrada triunfal, sabedora de que todo el mundo nos contemplaría a nuestra llegada.

En ese tipo de eventos yo me encontraba a las mil maravillas, con una copa de cava en la mano, dejaba salir a la Margarita más brillante y perspicaz, la que todos adoraban. Todos me conocían y querían saludarme, me gustaba sentirme parte de aquella gente, me encontraba como pez en el agua en ese ambiente y me daba la oportunidad de alejarme de mi rutina diaria.

Nunca he sido mujer de cotilleos, bastante he tenido siempre con ocuparme de mis propios asuntos, no como Nuria Ripoll, hija de un famoso y acaudalado joyero, a la que le insuflaba energía estar al tanto de los pormenores de las vidas ajenas. No solo eso, ella se sentía capaz de juzgar a cualquiera, obviando sus propios defectos, y ello le confería cierta paz, que la llevaba hasta el éxtasis.

—¡Margarita, estás estupenda! No puedo creerlo, después de cuatro hijos sigues teniendo una figura envidiable —me saludo, a voz en grito, desde la otra punta de la sala, originando que toda la atención se centrara en nosotras—. No como mi prima Rosalía, que se ha puesto como un elefante tan solo con su primer vástago —me susurró al llegar hasta mí, mientras me abrazaba.

—Me alegro de verte, Nuria, hacía ya mucho tiempo…

—Naturalmente, parece que se te ha tragado la tierra, quién iba a decirlo…La intrépida y moderna Margarita es ahora una madre formal.

Sabía que sus palabras pretendían hacerme el daño que hacían, cada una de ellas me escocía por dentro. Pero, en esos casos, lo mejor es ignorar a tu interlocutor y hacerle ver la indiferencia que te provoca.

—Estoy encantada, no sabes lo fabulosos que son, espero tener una docena más —mentí—. Deberías probarlo Nuria —lancé el sedal, aguardando a que la pieza mordiera el anzuelo y a sabiendas de que todavía no se había recuperado de su último desengaño amoroso. Mi madre me había relatado, hacía unos meses, cómo su prometido la había abandonado unos días antes de la boda. El hecho había corrido de boca en boca por toda Valencia y ella, de algún modo, quedaría señalada para siempre.

—Ahora mismo, no puedo pensar en compromisos, ni matrimonio ni hijos… —respondió, con una mueca que pretendía ocultar su turbación—. Mi padre va a abrir una nueva joyería y necesita de mi ayuda.

—Eso te honra, Nuria, sacrificar tu propia vida para ayudar a la familia, qué corazón tan bondadoso el tuyo.

—Lo hago encantada, no es algo que vaya comentando por ahí, no todo el mundo lo entiende…pero me gusta el negocio. Es más, se me da bien y mi padre ha confiado en mí en muchos asuntos para la nueva tienda, cosa que me llena de orgullo. Por cierto, los pendientes que llevas se los vendí yo misma a Ricardo en Navidad, pero no entiendo cómo no los luces con el collar, hacen un juego precioso, lo recuerdo porque me volví loca buscado una caja diferente.

Imagínate, Ricardo insistió en romper el juego y que los envolviésemos por separado…cosas de hombres. Yo insistí, ver los pendientes junto a su collar impactan mucho más…pero… ¿Te encuentras bien, Margarita?—preguntó, triunfal.

Mis piernas comenzaron a torcerse y todo a mí alrededor se nubló. No sé cómo pude disimular mi turbación hasta que la velada tocó a su fin. Podía aguantar que Ricardo trasnochara, que tuviera algún flirteo ocasional con alguna cupletista, pero aquello era demasiado. Si había regalado una joya como aquel collar a otra mujer, la cosa había ido demasiado lejos.

No hay nada más triste que darte cuenta de que estás sola en el mundo, aun encontrándote rodeada de gente. Ese instante es tan amargo que, incluso, puedes saborearlo; tu alma estalla de dolor, porque es una suposición tan real que hasta la puedes tocar.

Cuando descubres que, para la persona que amas, tú solo eres la mujer que cuida su casa y de sus hijos, esa que te hace la vida más fácil, pero nada más... A mi marido solo le importaban las apariencias, quedar bien con todo el mundo. A mí me ha importado muy poco lo que opinara la gente, muchas veces he pagado duras consecuencias por pensar así.

Me arrepentí mil veces y odie con todas mis fuerzas el día que me casé con él. A todos los efectos, me había convertido en una esclava de mi propia decisión. Él llegaba tarde a casa casi a diario, con manchas de carmín en las camisas y una actitud que me desolaba. Me molestaba, especialmente, que parecía impune a todo, por el simple hecho de ser hombre. Muchas veces, intentaba guardar las formas para mostrar algo de respeto, pero conforme pasaban los días, se iba volviendo más descuidado y dejaba pistas de sus escarceos por todas partes. Él podía hacer lo que se le antojara, en cambio yo debía contentarme con ir de vez en cuando al teatro y poco más. Estaba atada a él, había hecho una promesa ante Dios, lo más sagrado del mundo, y había parido a sus cuatro hijos, ya no había vuelta atrás.

Podía haberme adaptado a la situación como tantas otras y mirar para otro lado, pero entonces hubiese muerto ahogada en mi propia frustración.

Antes incluso de conocer las infidelidades de Ricardo, el mundo se me reveló como un lugar inhóspito y cruel. Yo me sentía morir, sin embargo no tenía a nadie a quién recurrir, pues nadie me comprendería. Descubrir la trampa en la que me había introducido yo sola, provocaba que un regusto amargo embargara toda mi existencia.

Vivía en esa tesitura, creyendo que había tocado fondo, cuando todo fue a peor.

—Señora, tiene una llamada, su madre al teléfono.

—Gracias, Paquita. Lo cogeré en la salita. Si me haces el favor, he terminado con el periódico, puedes llevártelo.

—Naturalmente, señora.

Descolgué el teléfono, suspirando porque mi madre tuviese algo emocionante que contar, alguna novedad que me ayudara a olvidarme de mi vida por unos instantes.

—Buenos días, madre.

—Hija, es tu padre.

—¿Qué ocurre? ¿Cómo está? —pregunté, sintiendo cómo algo dentro de mí se desquebrajaba. El tono de mi madre me hacía sospechar lo peor, mi cuerpo reaccionaba mucho antes de que mi cerebro obtuviera una respuesta, levantándose con ímpetu.

—Tu padre ha muerto, ven lo antes posible.

No recuerdo cómo colgué el teléfono, solo que me quedé sin reaccionar unos minutos, ni tan siquiera podía llorar. Me recosté en la *chaise longue*, percibiendo cómo el mundo se tornaba más oscuro y frío. Mi piel se erizaba y la soledad que me acompañaba los últimos días se volvía espeluznante y me asfixiaba.

Hay días en la vida que prevalecen en nuestra memoria tiñendo su recuerdo de claroscuros,

como si hubiésemos vivido esos momentos en una realidad en blanco y negro. Uno de esos días fue en el que murió mi padre. Yo lo adoraba, era un hombre bueno, inteligente e indulgente con mis ocurrencias, y ese día lo perdía. Mi pecho se abrió en una cascada de dolor tan profundo que me costaba hasta respirar.

Pocas veces en mi vida, he tardado tanto en reponerme, estaba rota, pero debía levantarme, arreglarme y dar la cara, teníamos que preparar el funeral y atender todas las muestras de pésame. Mi padre era un hombre importante y había que estar a la altura.

Recuerdo estar de pie, entre mi madre y mi hermana, recibiendo a la gente en el velatorio, mareada por tantas condolencias, queriendo salir de allí y explotar de dolor sin que nadie me viera. No moví ni un músculo de mi rostro, aguanté estoicamente durante horas el paso cansino de una comitiva interminable. Mi alma salió de mi cuerpo y lo dejó vacío, como una autómata, fue la primera vez en mi vida que bloqueé de forma consciente todos mis sentimientos. Supongo que ahí comenzaría la leyenda que me ha acompañado toda la vida: Margarita Ruiz de Lihory, una mujer fría, distante y calculadora…Nada más lejos de la realidad.

El cuerpo de mi padre se había instalado en el salón y abrieron todas las puertas de la primera planta, para que la gente circulara entre las habitaciones. No me atrevía a mirarlo, no sabía si quería hacerlo, deseaba recordarlo tal y como era el último día que habíamos compartido. Él era cómplice de mis anhelos y fiel protector de mis inquietudes, ahora me quedaba completamente sola.

En este momento, afloraron a mi mente lejanos recuerdos. Estaban ahí, como barcos varados en mi mente, sumergiéndose, poco a poco, en un mar de olvido por el desuso. Uno de los amigos más fieles de mi padre se dirigió a mi hermana como baronesa de Alcahalí. Aquello me enfureció, ella no era digna, yo lo sabía, mi padre lo sabía y ella también. No era justo que así fuese, tan solo por el hecho de ser la primogénita. Guardé en mi memoria aquella escena y la atesoré para más tarde y usarla en algún momento en que tuviese fuerzas para luchar.

Me asfixiaba, no encuentro mejor manera de describir cómo me sentí en aquellos días, yo sola había cavado mi propia tumba, construyéndome una vida diametralmente opuesta a lo que siempre había deseado.

Una mañana, me levanté y me miré en el espejo, me odié con tanta intensidad que sentí cómo el rencor consumía mi alma. Lloré. Lloré amargamente por lo en que me había convertido. Estaba atrapada, mis hijos me ataban a Ricardo y a una vida que yo jamás había pretendido tener de manera consciente. Entonces, me di cuenta de que había sido arrastrada hasta allí, siempre había hecho lo que se esperaba de mí.

Yo me ocupaba a diario de la educación de mis hijos, de que la casa estuviese en perfecto estado y de que Ricardo tuviese todo lo necesario al regresar. Veía como mi marido se marchaba todos los días al mundo, a ese que cada día estaba más lejos de mí. Mis conversaciones ya solo versaban sobre la crianza y los problemas domésticos, mis quehaceres se reducían y desdibujaban en una aterradora espiral que cada día me aprisionaba más. La política, la literatura, el arte…todas esas cosas que yo adoraba se escapaban cada día, alejándose de mí un poco más a cada paso y haciendo mi vida más y más pequeña. No podía respirar.

Después de cuatro partos, odiaba mi cuerpo, me costaba reconocerme frente al espejo, me había perdido. Mi pecho, mis caderas, mi vientre, todo se había deformado. No me extrañaba que Ricardo ya no me buscase como al principio, aquello me hizo odiarlo aún más, él era padre, tenía cuatro hijos estupendos, pero no había tenido que padecer ni una mísera angustia para lograrlo.

Esa gran mujer, Margarita, luchadora, incansable, bella…ya no estaba, yo me había resignado y le había dicho adiós para siempre. No podía más, veía cómo mi vida se escapaba, irremediablemente, como agua entre los dedos. Era indescriptiblemente infeliz y me recriminaba a mí misma cada mañana que no pusiese solución, pero tenía miedo. No quería perder a mis hijos ni hacer daño a mi familia. De sobra sabía lo que la gente diría sobre mí y, aunque me traía sin cuidado, me atormentaba el daño que les pudieran hacer a los que más quería.

Lo peor de todo es la incomprensión, yo podía quejarme y despotricar todo lo que quisiera, pero nadie me entendería. Estaba casada con un hombre guapo, elegante y con buena posición, tenía cuatro hijos sanos y maravillosos, nadie entendería nunca que yo no fuera feliz.

Decidí cumplir uno de mis sueños y estudiar Medicina. Lo cierto es que mi madre y mi hermana no compartían mi júbilo, como se encargaron de manifestar. Ricardo no estaba entusiasmado con la idea, pero después de mucho insistirle, me dio permiso para hacerlo.

Decidí cumplir uno de mis sueños y estudiar Medicina. Lo cierto es que mi madre y mi hermana no compartían mi júbilo, como se encargaron de manifestar. Ricardo no estaba entusiasmado con la idea, pero después de mucho insistirle, me dio permiso para hacerlo.

—Buenas tardes, madre. Hermana —saludé, emocionada, entrando en la salita—. Tengo noticias sensacionales.

—Hola, Margarita. ¿A qué debemos tu alegría?—respondió mi hermana, suspicaz, levantando su ceja derecha hasta realizar un arco casi perfecto.

—Vengo de la Universidad.

Solo hicieron falta estas dos últimas palabras para que ambas se irguieran en sus asientos, poniéndose en guardia.

—Margarita… —comenzó mi progenitora, con tono condescendiente.

—Lo sé, madre —interrumpí—. Es algo que siempre me has intentado quitar de la cabeza, pero he de hacerlo. Me he matriculado en Medicina.

La risa estridente de Soledad cruzó la estancia, partiendo mi corazón. Lo esperaba, pero no por eso me dolió menos. Siempre he tenido fama de fría e insensible, no lo soy, pero sí tremendamente buena reponiéndome rápido de los golpes y disimulándolos. Esa ha sido siempre mi mayor cualidad, nunca dejo ver lo que pueden llegar a afectarme las cosas.

—¿En serio? ¿Y que se supone que vas a ser ahora? ¿Médico? ¿No eres capaz de ver que es un desatino? —me atacó mi hermana.

—Yo no lo veo así, tengo muchas ganas de aprender…

En aquella época, las mujeres no podíamos votar, no podíamos trabajar o estudiar sin permiso de nuestro marido, no podíamos abrir una cuenta en el banco para disponer de nuestro propio dinero…Incluso estaba mal visto que fumásemos en público. A mí me enfurecían todas aquellas inconveniencias que traía consigo mi género y no estaba dispuesta a acatarlas mansamente.

—Hija… ¿y tus hijos? Estudiar te llevará mucho tiempo, estarán desatendidos.

—Tienen la niñera, casi no lo notarán. Asistiré a clase al mismo tiempo que ellos están en la escuela y estudiaré por las noches, cuando ellos estén dormidos.

—¿Pero qué necesidad tienes de hacer esas cosas? Una mujer de tu posición…No quiero ni que pensar lo que va a decir la gente.

—Eso me da igual y la necesidad es mía, solo mía, quiero sentirme útil. Era muy buena estudiante, se me dan bien los libros.

—Si padre levantara la cabeza…—replicó Soledad, envenenando cada una de las silabas.

—¡Ni se te ocurra meterlo en esto! Él estaría orgulloso.

—Te equivocas, ya va siendo hora de que alguien te lo diga. Te crees el centro del universo, pero lo cierto es que siempre terminas avergonzándonos a todos. Tienes una vida soñada y no eres capaz de disfrutarla. Tú siempre quieres más y más. Madre tiene razón, serás la comidilla de todos los corros y nosotras tendremos que lidiar con eso.

—He venido aquí a traeros la buena nueva, si no sois capaces de alegraros por mí, no hace falta que sigáis hablando, pero lo haré de todos modos —argumenté, lo más dignamente que

pude, recogí mis cosas y me marché.

Los dos años siguientes fueron un infierno. Los primeros días en la facultad de medicina mi entusiasmo me sostenía y no me dejaba caer. Recibía desplantes constantemente, muchas veces de manera sutil y encubierta, pero más de una vez groseros y abiertos.

Los dos años siguientes fueron un infierno. Los primeros días en la facultad de medicina mi entusiasmo me sostenía y no me dejaba caer. Recibía desplantes constantemente, muchas veces de manera sutil y encubierta, pero más de una vez groseros y abiertos.

Allí daba igual que fuera de buena familia, inteligente, dispuesta a aprender… solo veían a una mujer. Era la única en mi clase, mis compañeros me daban de lado y los profesores mostraban conmigo toda su impertinencia, poniéndome a prueba constantemente para que cometiese errores y así justificar su argumento de que las mujeres no podían ser médicos. No era una profesión para nosotras, como mucho, podíamos contentarnos con ser enfermeras.

—Señora Ruiz de Lihory, ¿por qué no se hace un favor a usted misma y se queda en casa? Aquí no encontrará nada de su agrado, tan solo vísceras y un terrible olor a formol que se impregnará en todos sus magníficos vestidos. Nada adecuado para una dama. He oído que tiene usted cuatro hijos de los que cuidar, mejor haría usted permaneciendo a su lado y no haciéndonos perder el tiempo.

Yo estudiaba hasta desfallecer, mis exámenes eran impecables y estaba mucho más preparada que mis compañeros, pero no pude continuar. Aguanté dos años y lo dejé, creo que es la única vez en mi vida que me he rendido, pero la presión era asfixiante y no tenía a nadie en quien apoyarme.

Para deshacerme de mi honda frustración, me saqué el carné de conducir. Adoraba la sensación de libertad que me proporcionaba coger el coche y perderme por un camino cualquiera. Fui una de las primeras mujeres en España en conducir y, en mi entorno, solo lo veían como una excentricidad más.

A estas alturas, se preguntará por qué le cuento todo esto. Verá, puede que ahora no lo entienda, ni siquiera en años, pero algún día lo hará, es vital para comprender lo que hice después; son las historias que componen mi vida y me han hecho como soy. Todas influyeron en algo, me cambiaron.

Abandonar a Ricardo, no fue una decisión tomada a la ligera. La gente se equivoca si piensa que soy impulsiva. Sí, pensé en mis hijos, ellos fueron quienes me retuvieron al igual que mi padre, no quería hacerles daño. Puede que sea egoísta, pero no soy mala persona. Si hubiese podido hacer la vista gorda a las infidelidades de Ricardo, si hubiese podido conformarme y guardar todo mi potencial en una esquina de mi alma… No creo que hubiese habido un día en el que hubiese sido feliz y, por extensión, mis hijos tampoco.

Estaba en medio de una dicotomía y no fue fácil, tuve que elegir entre mis hijos y yo. Sabía que sería un escándalo y que nadie se pondría de mi parte. Me hubiese gustado que los niños permanecieran a mi lado, pero eso en esos momentos, en esa sociedad, era del todo imposible. Sacrifiqué mi honor, mi nombre y mi reputación por la libertad y, a día de hoy, no me arrepiento.

El día que decidí acabar con todo para ser dueña de mi vida, fui en busca de mi madre. Estaba en su casa, sentada totalmente tiesa, tomando un té junto a mi abuela Micaela, las dos de luto riguroso.

—Buenas tardes, hija —me saludó mi madre, mirándome de arriba abajo—. Estás pálida, ¿ocurre algo?

Me senté, buscando las palabras adecuadas para soltar todo lo que traía dentro. Creo que, ingenuamente, en esos momentos solo buscaba, aunque fuesen unas migajas, una comprensión que jamás llegó.

—Ricardo está liado con una cupletista —solté, sin pensar.

—¡Jesús, María y José!—exclamó mi abuela, al tiempo que se santiguaba—. ¡Qué desfachatez!

—¡Qué vergüenza! —se quejó mi madre molesta—. Con una cualquiera.

Dejé que despotricaran unos minutos contra él, intentando reunir fuerzas para anunciar lo que, a buen seguro, causaría mucha más consternación. Tal vez así, su indignación las hiciera cansarse y perder fuerza, pero me equivoqué.

—Voy a abandonarlo.

Abrieron sus bocas durante unos segundos, espantadas ante aquella afirmación, mientras podía oír sus cerebros intentando procesar mis palabras y calculando las terribles consecuencias de lo que acababan de escuchar.

—¡No puedes hacer eso! —masculllaron, al unísono.

—Lo que no puedo hacer es soportarlo más —zanjé.

—Margarita, hija —apuntó mi madre, con cierta condescendencia—. Debes recapacitar, los hombres son así. Lo de esa fulana será solo un capricho.

—Lo sé, me consta que no es la primera.

—Pues ya está hija, estoy segura de que Ricardo te ama y adora a su familia, eso es lo importante.

—No, madre, lo importante es que yo me ahogo con esta vida, necesito salir, hacer algo útil con mi vida…

—Estás casada a los ojos de Dios —me interrumpió mi madre, cambiando su tono por uno más serio que utilizaba en contadas ocasiones—. Hiciste una promesa sagrada que no puedes

romper o estarás maldita.

—Él también la hizo, respetarme y amarme hasta el final de sus días y, desde luego, no lo ha cumplido.

—Él es un hombre —bramó mi abuela, con indignación—. Y tú te debes a tu casa y a tus hijos.

La ira obnubiló mi mente por unos segundos y me dieron ganas de empujar a mi querida abuela, pero, por fortuna, me contuve y logré guardar la compostura.

—Pues lo siento, pero yo no me voy a resignar a eso —le espeté, gritando.

Mi madre vino hacia mí, antes de que pudiese darme cuenta, y me propinó una sonora bofetada.

—Eres una egoísta, Margarita, no voy a consentir que destroces así tu vida y que pongas a nuestra familia en boca de todos. ¿Puedes hacerte una idea del escándalo que supondría? Si tu padre pudiese verte, se sentiría terriblemente dolido y ofendido. Aunque solo sea por honrar su memoria, te pido que lo reconsideres.

—Lo siento madre, soy consciente del perjuicio que voy a causaros, pero estoy decidida, no hay vuelta atrás.

—Pero, ¿y esas pobres criaturas? —sollozó mi abuela, devastada—. ¿Qué será de tus hijos? No puedes abandonarlos.

—Por eso he venido, tengo que pediros que os ocupéis de ellos. La Ley está en mi contra y Ricardo nunca dejará que me los lleve, pero él es incapaz de hacerse cargo y lo sabe. Cuando todo se calme, no se opondrá a que os ocupéis de su educación y de sus cuidados.

—¡Bendito sea Dios! —claudicó mi madre, mientras se derrumbaba en una silla y se santiguaba frenéticamente—. Estarás maldita por esto el resto de tu vida, vas a tirar a los pies de los caballos tu reputación, tu estatus, tu fe cristiana…Todo por un imposible. La gente te dejará de lado, tus conocidos te darán la espalda y nadie en Valencia osará mediar palabra contigo.

Qué razón tenía.

—Lo sé, por eso me iré.



UNA HUIDA HACIA LA LIBERTAD

MADRID 1921

Tuve que marcharme de Valencia; era la comidilla de todos los corrillos. La alta sociedad se encargó, concienzudamente, de despellejarme y hacer añicos mi reputación. Nadie, en su sano juicio, podía comprender mi conducta. Abandonaba mi hogar, con un marido bien posicionado y cuatro hijos… ¿para qué? Me tacharon de cosas terribles y nadie vio en mi comportamiento más que un descomunal egoísmo.

Ricardo no pudo evitar el escándalo pese a su discreción, pero quedó como la víctima de una mujer sin alma. La sociedad podía tolerar las infidelidades de cualquier hombre, incluso normalizarlas, pero que una mujer quisiera tomar las riendas de su vida era intolerable y sería condenada al ostracismo.

No me sentía orgullosa, quería a mis hijos y dejarlos me partió el alma, pero no tomar la decisión de abandonar a Ricardo, me hubiese hecho una mujer profundamente infeliz, y, de un modo u otro, ellos lo hubieran pagado. Dejé a mi madre encargada de su educación, en el fondo sabía que ella jamás me perdonaría, que nunca sería capaz de llegar a comprenderme, pero asumió estoicamente la tarea y la desempeñó a conciencia, junto con mi abuela.

«—¡Pobres criaturas!, ¿Qué será de ellos ahora sin una madre?, los pobrecitos míos están desamparados…»

Podía escuchar sus lamentos, en mi cabeza, cada vez que cerraba los ojos. Eso me afligía, pero, en ese momento, por primera vez en mi vida, era libre. Podía tomar decisiones por mí misma, dónde ir o dónde permanecer.

Me marché a Madrid. Allí, pensé equivocadamente, la gente era más abierta, no me juzgarían tan cerradamente. Tenía muchos conocidos en la capital, pero *mi abandono del hogar* me precedía y muchos me dieron la espalda. Decidí que de nada valdría huir de nuevo, que lo mejor sería esperar a que la gente se entretuviera con el siguiente escándalo y terminaran olvidando el mío. Es verdad que las personas olvidan, cambian de tema y centran su atención en nuevas noticias, pero aquella decisión me ha acompañado toda la vida. Siempre hay alguien dispuesto a recordarme lo que hice, con un comentario malintencionado, una mirada reprobatoria o un desaire. Cuando te ponen una etiqueta, es complejo deshacerte de ella. Una mujer que abandona a su familia, bajo las circunstancias que sean, tendrá que cargar con ello para siempre. Es un pecado que ningún ser humano está preparado para juzgar con benevolencia, ya que todos somos hijos.

Como no podía cambiar las circunstancias, sentí el deseo de hacerlo yo. Mi reputación estaba por los suelos, no podía caer más, así que cambié completamente de imagen. Perseguí nuevas prendas de ropa que me proporcionaban una libertad de movimiento que nunca había tenido, me deshice del corsé y me hice admiradora absoluta de la mujer que revolucionaría el mundo de la moda: Coco Chanel. Mucha gente hablaba mal de ella, la tildaban de revolucionaria y ambiciosa, cualidades que yo siempre he admirado y que nadie valora negativamente cuando provienen de

un hombre. Transformé mi forma de vestir, corté mi pelo a la moda, depilé mis cejas, compré medias, que eran una auténtica innovación… nunca había osado enseñar mis piernas antes. Mi renovación física se acompasó a mi revolución interior. Tenía mis remordimientos, mi culpa que me perseguía cada noche antes de que llegara el sueño, pero el día era mío. Cada nuevo amanecer era una nueva oportunidad.

En Madrid, me sentí como si, por fin, alguien hubiese abierto una ventana y el aire fresco entrara en tropel; después de tanto, ya era dueña de mi vida y decidía dónde ir o con quién. Mucha gente susurraba a mis espaldas, comentando mi historia, pero muchos otros eran infinitamente más abiertos y me hicieron un hueco en fiestas y reuniones.

Por aquel entonces, las conversaciones giraban en torno al terrible conflicto que España mantenía con Marruecos; la guerra en el norte de África copaba todos los periódicos. Las tribus del Rif, una zona montañosa de Marruecos, se habían sublevado contra las autoridades coloniales españolas y el imperio colonial francés. El protectorado español se había establecido desde 1912, los franceses habían cedido a España la administración de una parte de territorio marroquí, que incluía el Rif, donde los españoles establecieron minas de hierro cercanas a Melilla.

Yo era una gran admiradora de Carmen Burgos, cuyo seudónimo era Colombine, la primera corresponsal de guerra mujer. Devoraba todo lo que ella escribía sobre el conflicto. Tuvo la valentía de estar con los soldados en la trinchera, conociendo de primera mano el horror de la guerra. Su arrojo era una inspiración para mí. Seguí con interés cada uno de sus movimientos y leí sus crónicas conmovida por su valentía. Sí, ella era republicana y con convicciones ideológicas contrarias a las mías, pero no por esta circunstancia la admiraba menos. Por encima de sus ideales, era una mujer que luchaba por la igualdad de género y en eso estábamos completamente en consonancia. Ella perseguía una quimera, al igual que yo: lograr que las mujeres fueran dueñas de sus vidas, no tener que sucumbir a las decisiones de los padres primero, para hacerlo más adelante con las de sus maridos. Los rumores hablaban de que, también ella, abandonó a su marido y de que era una firme defensora del divorcio. Todo ello me hacía sentir una profunda simpatía por su persona.

Hubo una noche en la que todo en mi vida se precipitó. Me encontraba en el Ritz, cenando con unos buenos amigos, cuando él apareció imponente. Las conversaciones fueron extinguiéndose, poco a poco, y fueron sustituidas por susurros de admiración en la mayoría de los casos, aunque también pude percibir algunas notas discordantes. Primo de Rivera se disponía a cenar en el mismo salón en el que yo estaba. Enseguida me llamo la atención, el poder siempre ha tenido ese efecto sobre mí, es como si pudiera oler el efluvio que deja a su paso.

Lo había conocido, previamente, en Valencia. Mi padre nos había presentado, pero para mí, entonces, había sido uno más de los cientos de conocidos importantes a los que debía saludar educadamente. En aquellos tiempos, estaba locamente enamorada de Ricardo y no le presté ningún interés. Aquella noche, lo miré insistentemente, hasta lograr que se fijara en mí y lo conseguí. Después de cenar, se acercó a mi mesa para saludarme.

—Mi querida Margarita Ruiz de Lihory —saludó, besándome, cortésmente, la mano.

—Capitán.

—La hacía a usted en Valencia. Sin duda, los inviernos son mucho más agradables allí.

—No crea, es cierto que allí la temperatura es más suave, pero tenemos la humedad que hace que deseemos con ansia la entrada de la primavera, antes de que el otoño barra las hojas de los

árboles.

—De cualquier modo, me alegro de encontrarla, siempre es un placer ver a una mujer tan hermosa como usted. Lamento mucho la muerte de su padre, España ha perdido un gran hombre.

—Se lo agradezco, de veras.

Miguel era una de esas personas capaz de elogiarte y darte el pésame en una misma frase, con una intensidad que te desarmaba por completo. Desde el principio de la conversación, me había quedado embelesada mirando sus ojos, sentía que no podía apartar mi vista de ellos.

—Si a sus acompañantes no les importa, me gustaría invitarla a una copa.

Nada me apetecía más en aquellos momentos. Murmuré una educada disculpa y agarré el brazo de Miguel, que me condujo hacia la zona de bar. Sabía que, desde ese mismo instante, seriamos la comidilla de la alta sociedad de Madrid, pero me importó bien poco. Total, mi reputación ya estaba por los suelos.

—Antes de seguir conversando, le advierto de que está usted hablando con una mujer que abandonó a su esposo y que el escándalo me precede.

—Lo sé —rio, divertido—. En mi mesa no se ha hablado de otra cosa durante la cena, lo que ha hecho que mi curiosidad por conocerla mejor se dispare.

—Veo que no se anda usted con rodeos.

—Creo que ninguno de los dos lo hacemos…Margarita, ha demostrado usted, sobradamente, su valentía. No ha debido de ser fácil enfrentarse a todo el mundo.

Una punzada de amargura tiñó mi boca unos instantes, al recordar a mis hijos, lo que más me dolía de toda aquella situación.

—No le voy a mentir, no lo ha sido, pero el sacrificio ha merecido la pena, por fin he conquistado mi libertad —respondí, resuelta.

— ¿Y qué es lo que ha pensado hacer a partir de ahora?

—Siempre se me ha dado bien escribir, estoy iniciando una serie de contactos para trabajar en un diario, me gustaría ser periodista.

—Puede que yo pueda ayudarla en ese asunto.

Un extraño brillo cruzó por los ojos de Miguel. En ese momento, me creí la mujer más poderosa del mundo, ya que pensé que era un síntoma de profunda admiración…No sé en qué momento comenzó a tejer en su cabeza el plan que me llevaría a África. Ahora que reviso mis recuerdos, desde la sabiduría que me da la vida, puede que estuviese del todo equivocada en aquel momento al pensar que fui yo quien lo sedujo. No hay que subestimar a los hombres como él, sobre todo si tenemos la oportunidad de mirarlos desde la retrospectiva que nos concede la historia. Como suele decirse, Miguel no daba puntada sin hilo, de lo contrario no hubiese llegado dónde llegó, pero eso, evidentemente, es otra historia.

A la mañana siguiente, recibí una nota, en mi habitación, de Miguel. Se excusaba por no poder acompañarme ese día a almorzar, como habíamos quedado, y emplazaba nuestra cita al día siguiente. A cambio, me daba la dirección del diario *La Correspondencia de España*, en la calle del Rubio.

Pasé buena parte de la mañana arreglándome para causar una buena impresión, rezando para que el director del periódico fuera una persona abierta y no tuviera objeciones en contratar a una mujer. Estaba decidida a trabajar, a vivir mi sueño. En una carpeta, guardé primorosamente algunos de mis escritos y salí a la calle llena de confianza. Tomé por buen augurio ver a un chiquillo en la calle, voceando la disponibilidad de *La Corres*, la publicación objeto de todos mis anhelos en aquel instante.

Me adentré en el edificio, que bullía de actividad. Los hombres entraban y salían, y el repiqueteo de las máquinas de escribir hizo desbordarse mi pecho por la emoción; quería formar parte de aquello, lo supe nada más entrar.

—Doña Margarita Ruiz —me anunció un hombre, mientras yo esperaba en una sala atestada de periódicos pasados.

—Sí, gracias.

—El director la está esperando.

Me condujo a un despacho grande, flanqueado por estanterías en todas sus paredes, pero algo desaliñado. Había un hombre sentado en una enorme mesa sin parar de escribir, que ni siquiera levantó la vista un instante para mirarme.

—Siéntese.

—Buenos días, le agradezco que me reciba, sé que es usted una persona muy ocupada…

—Ya.

—Me entusiasma la idea de poder trabajar en una publicación con tanto prestigio.

—Señora Ruiz, no se confunda —dijo, suspirando y mirándome por primera vez—. No está aquí por sus méritos, ni porque necesitemos contratarla. Está usted ahí sentada por ser *amiga* de quien es. El señor Primo de Rivera me ha convencido de que sería bueno para la publicación contratarla… afirma que tener entre nuestras firmas a una mujer, nos hará parecer *modernos*.

—Entiendo —repuse, mientras algo dentro de mis se venía abajo—. Aun así, estoy entusiasmada y le demostraré que no se equivoca al darme una oportunidad.

—Eso espero —se despidió, mostrándome la puerta, lo que daba por finalizada nuestra entrevista—. Fuera le darán más información de lo que se espera de usted.

Salí de la habitación con una mezcla de esperanza y decepción en mi estómago, pero pude sonreír al hombre que me aguardaba en el pasillo.

—Buenos días, doña Margarita —saludó, mientras me tendía la mano—. Jaime Sánchez, seré su enlace con el periódico. Yo le propondré temas y le pediré un número concreto de palabras.

—Me parece perfecto. ¿Cuándo empiezo?

—Pues ya mismo, tendrá usted que comprarse una máquina de escribir ya que trabajará desde su casa. Yo le mandaré a un chico a recoger lo que escriba, ya que este es un lugar poco apropiado para una dama…—explicó, señalando su entorno.

—Oh, no se moleste, a mí no me importa venir y trabajar desde aquí.

—Créame, será mejor así, su presencia revolucionaría el ambiente.

Mi primera reacción fue abrir la boca para reclamar, pero logré tomar aire y calmarme. Después de todo, había conseguido el trabajo y, tal vez, empezar protestando no era lo idóneo.

—Como disponga, entonces.

—Queremos que tenga usted una columna tratando diversos temas desde un punto de vista femenino. Se sorprendería si supiera la cantidad de lectoras que tenemos.

—No me sorprende en absoluto, yo misma soy lectora y también del *ABC*, leo, de cabo a rabo, la edición de la mañana y la de la tarde.

Traté de endulzar mi explicación, acompañándola de una sonrisa, no quería comenzar litigando.

—No le conviene ir diciendo eso por aquí, el *ABC* es nuestro mayor rival.

—Entiendo —asentí—. Pero no creo que esté demás saber qué publica la competencia.

—Usted limítese a escribir lo que se le mande, del resto ya nos encargamos nosotros.

Creo que esa fue la primera vez que aguanté una impertinencia sin mediar palabra. Yo era una aristócrata bien educada y nunca nadie había osado hablarme así, pero estaba claro que, si quería ser independiente y vivir en el mundo real, tendría que aprender a enfrentarme con situaciones como esa sin soliviantarme.

No fue hasta el día siguiente cuando almorcé con Miguel en el *Palace*, supongo que mi mente lo habrá adornado, pero lo encontré exquisitamente encantador. Estuvo atento a mi explicación sobre los pormenores de mi nuevo trabajo y me pareció percibir en él cierto orgullo. Yo estaba pletórica, sentía que podía flotar, tenía ganas de gritar a los cuatro vientos que Margarita Ruiz de Lihory se había convertido en periodista.

—Querida Margarita, debe disculparme, tengo una reunión en el Ministerio que no puedo posponer.

—¡Oh, claro, pero que desconsiderada soy! Yo aquí, robándole un tiempo precioso, con lo ocupado que debe estar, perdone. ¿Qué tal las cosas en Marruecos? La prensa no es nada optimista.

—Si por mí fuera, mañana mismo no quedaría ni un solo español en territorio africano.

—No imaginaba que podría pensar así. Los españoles que luchan allí defienden con orgullo su patria.

Esa fue la primera vez que Miguel me miró fijamente a los ojos, con un deje de autoridad que me hizo estremecer.

—Yo he estado allí y sé de lo que hablo. Mi hermano Fernando murió en Annual y le aseguro que aquello es una pérdida de tiempo y de vidas, innecesaria.

Tuve que ahogar un grito de asombro y mirar a mí alrededor, por si alguien nos había oído. Era consciente de que aquellas palabras podrían costarle la carrera a un hombre de su clase, pero, al parecer, él no.

—Lo siento, no lo sabía.

—No se preocupe, Margarita, pero en lo sucesivo debe ser más crítica con lo que lee en los periódicos. Las historias, normalmente, tienen muchas más caras de las que nos muestran.

Lo vi marcharse con paso firme, como si se fuese a comer el mundo. Me reprendí por mi

falta de tacto y me prometí ampliar el número de periódicos que leía diariamente, puede que tuviese razón. Desde muy joven, seguía las mismas publicaciones que leía mi padre y repercutían en mi modo de pensar. El Gobierno era partidario de permanecer en África a cualquier precio, como todo lo que yo leía. Quizás debía ampliar mi conocimiento sobre el tema.

El 22 de julio de 1921, cerca de Annual, una localidad marroquí, el ejército Español fue derrotado, estrepitosamente, por los rifeños comandados por el mítico Abd el- Krim, un antiguo funcionario de la Administración Española en la Oficina de Asuntos Indígenas en Melilla. Su capacidad para atraer adeptos para luchar contra los españoles hizo que le fuera muy fácil sitiarlos, y cuando estos se dieron cuenta de lo que se les venía encima, ya era demasiado tarde. En cuatro horas de caótica huida, perdieron la vida más de dos mil quinientos hombres.

Pasaron unas semanas de ensueño. Mi tiempo libre se vio drásticamente mermado a causa de mi nuevo trabajo, pero no me importaba en absoluto, era tremendamente feliz y, por fin, había conquistado la libertad que tanto ansiaba. Ni mucho menos podía mantener mi nivel de vida con mi precario sueldo, pero era un comienzo, yo me mantenía gracias a la herencia de mi padre.

Una mañana, recibí el recado para que me reuniera con Miguel en el café la Granja del Henar, en la calle Alcalá. Hacía días que no sabía nada de él y supuse que sus obligaciones no le permitían muchos momentos de esparcimiento vespertinos, por lo que me extrañó, en un principio, pero enseguida deseché ese pensamiento, ya que me hacía una ilusión tremenda verlo de nuevo.

Llegué la primera a la cita y elegí la terraza para sentarme, ya que hacía una temperatura formidable para tomar el fresco. Empujada por la nostalgia de mi tierra, pedí una horchata y me dispuse a esperar. Nunca en mi vida me habían plantado y en mi cabeza jamás había existido tal posibilidad, hasta que pasaron más de treinta minutos de la hora acordada. Me disponía a pagar la cuenta y a marcharme algo airada, cuando vi su figura, apresurada, bajar la calle. Al llegar a mi altura, no encontré un afectuoso y educado saludo como era habitual en él, en sustitución, me cogió bruscamente por el codo y me apremió para que fuésemos dentro del local. Una vez dentro, se dirigió al rincón más alejado de la puerta y tomó asiento indicándome que lo siguiera.

—¿Se encuentra bien?

—He estado mejor. Perdone Margarita, es usted una señora y no se merece esta manera de abordarla, pero requiero su ayuda.

—Claro, cuente conmigo para lo que necesite.

—No debería usted responder a la ligera, este es un asunto bastante serio del que depende el futuro de España.

Nunca he sido una mujer que se achantara fácilmente, pero sentí cómo mi estómago se encogía súbitamente.

—Sabe que por mi país haría cualquier cosa.

—Sí, lo sé, y puede que me esté aprovechando de eso, precisamente—dijo, sonriendo por primera vez—. Necesito que vaya usted a Marruecos y me envíe información.

Mi primera reacción fue de estupor, pero no he sido persona que se amedrante ante un desafío, así que no me cupo duda de que lo haría.

— ¿Yo?

—No le voy a ocultar que va a ser difícil, pero es usted una mujer fuerte y decidida, que es precisamente lo que necesito. Ya lo he hablado con su jefe, la mandaremos como corresponsal a Marruecos y allí debe tejer una madeja de relaciones lo más próximas posibles a Abd el- Krim, nuestro mayor enemigo. Estoy seguro de que sabrá hacerlo.

No voy a negar que el miedo se apoderó de mí, en más de una ocasión, mientras estaba inmersa con los preparativos del viaje. Era consciente de que mi cometido era tremendamente peligroso y de que existía la posibilidad de no regresar jamás, pero dentro de mí siempre ha existido la necesidad de descubrir y experimentar, por lo que esa parte no tuvo problema en acallar las voces internas que pedían cautela.

La habitación de mi hotel se llenó de carpetas con información sobre Marruecos, que yo memoricé minuciosamente. Miguel me instruyó personalmente sobre cuáles serían mis objetivos, los lugares y la gente a la que debía acercarme. Nunca antes había viajado sola fuera de España, ahora marchaba a otro continente y a un territorio en guerra, no sabía qué podía encontrarme. Procuraba no pensar en todos los peligros que me aguardaban, después de todo, tenía una misión que cumplir, que me exigía ser valiente.


4

UNA AVENTURA SIN PRECEDENTES

MARRUECOS

Los hechos son una cuestión de perspectiva, del ojo que los mira, de la boca que los cuenta, del espacio, del momento y del lugar en que se producen.

Cuando estuve en África, lidié con costumbres que aquí me hubiesen escandalizado, como quitarse los zapatos al entrar en cualquier casa o comer con la mano derecha, ya que la izquierda se considera impura por ser la utilizada para el aseo íntimo. A mí me han juzgado toda la vida por mi forma de pensar, sé que no caigo bien, sobre todo a las mujeres, muchas veces somos nuestras más feroces enemigas, solo espero que, dentro de cincuenta años, mi historia se vea desde otro prisma y pueda, por fin, ser comprendida. Yo no lo veré, pero será señal de que avanzamos en la dirección correcta.

Llegar a África despertó una parte de mí que había estado dormida hasta ese momento: nuevos olores, colores, sabores, sensaciones que inundaban mi espíritu sediento de experiencias insólitas. Allí comencé a relativizar las cosas y me di cuenta de lo realmente importante, la vida es muy corta como para no disfrutarla. Desgraciadamente, esta lección solo la interiorizas cuando ves gente morir a diario.

Dos años de mi vida pasé en Marruecos como corresponsal de varias publicaciones. Viví la toma de Tasarut y Talasa y la victoria de Xaulen. Llegué a África creyéndome firmemente colonialista, cegada por mi profundo patriotismo, y regresé con una perspectiva completamente diferente. Quienes fomentaron la idea de una España imperialista, tan solo buscaban proteger sus inversiones en el norte de nuestro continente vecino. Se perdieron muchas vidas de españoles inútilmente, comprobé que Miguel tenía razón en sus planteamientos, pero solo fui capaz de verlo una vez allí. En cuanto a los rifeños…conocerlos constituyó para mí un punto de inflexión.

Aquel tiempo fue muy emocionante, hacía reportajes que causaron un impacto enorme en España, al mismo tiempo que pasaba toda la información que podía al Círculo 30, un incipiente Servicio Secreto Español, que daba sus primeros pasos.

Llegué a Tánger en un modesto barco de vela. Tenía órdenes estrictas de no llamar la atención, sin imaginar lo que allí iba a encontrar: una ciudad cosmopolita que mezclaba lo mejor de oriente y occidente en sus calles. Allí podías comprar, en el atribulado zoco, todo lo que se te ocurriera, o hacerlo en las tiendas más lujosas de corte europeo. Por sus calles, numerosos cambistas ofrecían la moneda patria por cualquier otra del mundo. Los burros y camellos se mezclaban en las calles con la misma naturalidad que lo hacían los hombres y mujeres que vestían chilabas, que los cubrían de pies a cabeza, con occidentales, que se envolvían de blanco riguroso, en un vano intento de repeler el calor.

Me hospedé en el hotel Continental con mis dos baúles, que contenían todo mi equipaje. Tuve que tomarme un tiempo sentada en la enorme cama que presidía la habitación, mi corazón había estado desbocado desde mi salida de Algeciras. Una vez que perdí de vista el Peñón de Gibraltar, me adentraba hacia lo desconocido. Era emocionante, pero, al mismo tiempo, aterrador.

Estaba en otro continente, con unas costumbres que no conocía, lenguas que no hablaba y, si

aquella situación era difícil para un hombre, para una mujer era apabullante. Intenté sosegarme, me reproché mi temor, después de todo, estaba haciendo algo que me apasionaba y debía sobreponerme cuanto antes.

Esa noche, durante la cena, recibiría nuevas instrucciones, pero no sabía cómo se pondrían en contacto conmigo. Aquella manera de trabajar, tan sigilosa, me pareció divertida. Se hacía de todo para garantizar la discreción total, con los métodos más inverosímiles. Incluso, una vez, mi contacto fue una mujer cuyo compañero padecía enanismo. El hombre iba vestido con ropa de niño, casi siempre muy tapado. Solía ir en un carricoche y la señora lo dejaba cerca de las conversaciones que pretendían escuchar. La gente daba por hecho que se trataba de un niño y hablaba abiertamente. Formaban una pareja peculiar, pero bastante profesional.

Me vestí lo más recatadamente posible, para no llamar demasiado la atención, y no me maquillé mucho. Me di cuenta de que allí solo me servirían los vestidos más ligeros que había llevado, los que se componían de gasas y tules, por aquella época yo ya me había deshecho de todos mis corsés, lo que resultaba un alivio.

Encaminé mis pasos hacia la terraza del hotel y me maravillé con las vistas; pude divisar parte de la Medina y el Zoco Chico, aquello hizo que me sintiera mejor y mi ánimo se recobrara, relegando el cansancio a un segundo plano. Me sirvieron la cena en uno de los patios interiores, el murmullo del agua al correr entre las fuentes me acompañó durante toda la velada. Pude degustar una suculenta cena, aderezada con especies que no conocía, pero que deleitaron mi paladar y, al término, me sirvieron un té moruno al que no tardaría en acostumbrarme y que me revitalizó por completo. El té venía acompañado de una nota en la que se me citaba, al día siguiente, en el Gran café de París.

Llegado el momento, pregunté en la recepción por la ubicación del café y me aventuré a recorrer las calles de Tánger en su búsqueda. Arribé a la Gran Mezquita y quedé impresionada por su magnífica torre. El día anterior, la había podido divisar a mi llegada al puerto, pero tenerla ante mí era sobrecogedor. Crucé la plaza del Zoco Chico sin poder apartar la vista de las callejuelas que lo rodeaban. Todo era nuevo, exótico, fascinante…Pasé por la Sinagoga, prometiéndome que me recrearía en cada uno de estos lugares a la vuelta, me adentré en el Gran Zoco y anduve un tiempo pérdida entre puestos de todo tipo de mercancías; llegué a la plaza de Francia, donde el café hacía chaflán, y me senté en una de las mesas de la terraza donde se oían a las cigarras cantar desde los eucaliptos.

—¿Doña Margarita? —oí detrás de mí, nada más tomar asiento.

—Sí —respondí, dándome la vuelta para poder ver mejor a mi interlocutor, un marroquí de piel aceitunada y ojos negros.

—Soy Mohamar Yessef, desde ahora me ocuparé de usted, la acompañaré allá donde vaya y cuidare de que esté a salvo.

—Muchas gracias, Mohamar, será un placer dejarse guiar.

Él provenía de una buena familia, era culto, hablaba y escribía varios dialectos magrebís, lo que me reportó gran ayuda en mi doble misión en Marruecos, como espía y como periodista.

Mi fiel sirviente me entregó las instrucciones para el día siguiente: debía asistir a una boda musulmana, allí me encontraría con una persona que me pasaría la información que debía llevar a Melilla. Solo deseaba sumergirme en aquella cultura fascinante y aprender cuanto pudiera de ella.

En la boda, no perdí ocasión y realicé un extenso reportaje sobre mis impresiones. Yo llamaba poderosamente la atención, aunque cuidé muy bien el vestirme lo más discreta posible, pero era una infiel y eso se notaba a la legua. Las mujeres se acercaban a mí, curiosas, y algunas hasta se atrevían a tocarme. No perdí la oportunidad de estudiarlas, fue algo reciproco, me gustó la forma que tenían de maquillar sus ojos, la única parte de su cuerpo que podían mostrar.

Ese día, me sentí una privilegiada, no solo por poder disfrutar de aquel espectáculo, sino también al darme cuenta de la suerte que había tenido al nacer en Occidente. Si yo me frustraba por tener unas cotas muy limitadas de libertad por ser mujer, aquellas pobres eran prisioneras de su género, hasta límites insospechados para mí. Aquello me hizo sentir estúpida, los últimos días me había estrujado la mente con las últimas palabras del director del periódico para el que trabajaba:

«—No voy a negar que me parece arriesgado que viaje usted sola hasta Marruecos, no consentiría semejante hazaña si las ordenes no viniesen de dónde vienen. Ya que no queda otro remedio, aprovecharemos la ocasión, para el periódico será bueno tener un corresponsal en primera línea de la noticia y publicaremos todo lo que nos mande. Ha demostrado usted que sabe escribir, sí, debo decir que no lo hace mal, me ha sorprendido gratamente. No obstante, necesita comprender que debe buscar un seudónimo.

—Se equivoca, no lo comprendo. Seré yo quien se arriesgue a cruzar el estrecho en plena guerra, lo justo es que yo firme lo que escribo.

El hombre lanzó un profundo suspiro al aire y me lanzó una de esas miradas paternalistas que tanto he odiado a lo largo de la vida.

—Sí, efectivamente podría usted hacerlo, pero sería una lástima que se desperdiciara tanto esfuerzo. Mis lectores no quieren que una mujer les cuente lo que pasa en la Guerra del Rif, simplemente porque no la creerán. Por muy aristócrata que usted sea, todo lo que escriba con su nombre no tendrá ninguna credibilidad.

Un grito ahogado de protesta murió en el nacimiento de mis cuerdas vocales, asesinado por la frustración que tan bien conocía a esas alturas.

—Está bien —claudiqué—. Buscaré un nombre.

Así nació el Capitan Alí. Con ese nombre firmé cientos de artículos durante tres años, cualquiera puede comprobarlo.

Aquella boda logró que mi interés por la cultura musulmana creciera, lo que hizo que me esforzara por comprenderlos. No me vayan a malinterpretar, yo estaba allí como española y mi primer objetivo era defender los intereses de mi país, pero nunca pude ver a aquella gente como el enemigo, ya que acabé sumergiéndome en sus costumbres y en sus vidas.

La boda se prolongaría por espacio de tres días, yo había sido invitada al primero de ellos, una jornada en la que solo participarían las mujeres. La novia iba vestida con un kaftán de vivos colores, bordado con hilo dorado, sus manos y pies estaban cubiertos con hermosos dibujos de henna, todo estaba lleno de velas y un agradable aroma a incienso impregnaba la estancia. Las mujeres procedieron a bañar a la novia y a untarla en aceites con una gran variedad de esencias. Era un baño purificador, físico y espiritual, un *Hammam*. Las mujeres comenzaron a bailar y a

cantar, creando un ambiente mágico. La suegra de la novia le entregó una bandeja con llaves, pan y leche, como símbolo de unión entre las dos familias.

Mohamar me había contado la historia de la joven: era la tercera hija de un comerciante de telas. Su padre había concertado su matrimonio con un hombre del mismo gremio con el que hacía negocios. A pesar del calor y de que todo lo que estaba viviendo invitaba a la relajación, recordar aquello me provocó un escalofrío. Aquella hermosa muchacha, llena de juventud y vitalidad, se casaba con un hombre mayor que ella y que no conocía. No se me podía ocurrir un destino peor, pero a pesar de ello, ella estaba contenta, irradiaba felicidad. ¿Cómo no iba a estar feliz? No conocía otra cosa, la habían educado para eso y aquello era para lo que había nacido. Esas mujeres no recibían educación, apenas salían a la calle y sus mundos estaban infinitamente empequeñecidos. Su religión, su cultura y su familia les habían marcado un camino desde su nacimiento y jamás podría desviarse de él.

Unas semanas antes, se había pasado el trámite oficial en la mezquita, en la *Nikah*. Allí habían firmado un contrato nupcial y era la segunda vez que la novia veía al que se convertiría en su esposo. El *Sheik* leyó los pasajes del Corán oportunos y habló de las bondades del matrimonio. Un representante de la novia verificó que los derechos y obligaciones de los novios estuviesen bien estipulados, y que allí prevaleciera lo acordado por las familias. Ellos firmaron y, desde ese momento, quedaron casados legal y espiritualmente.

Al día siguiente del baño purificador de la novia, tendría lugar la celebración con todos los amigos y familiares. El banquete y la fiesta, en el que hombres y mujeres permanecerían separados, se realizaría en casa de los padres de la novia. Una vez el novio termina la celebración, iría a buscar a la novia y después de brindar con *Sharbat*, se retirarían a consumar el matrimonio.

Mientras las mujeres frotaban a la novia, exfoliando su piel, una joven se acercó hasta mí y me llevó a una de las esquinas de la estancia. Allí me tendió un paquete envuelto en un pañuelo de seda. Yo asentí y lo guardé junto al cuaderno que siempre me acompañaba para anotar mis impresiones. El corazón me latía muy deprisa, ya no pude concentrarme en el resto de la ceremonia, quería llegar cuanto antes al hotel para poder estudiar la información que me habían pasado y dar el siguiente paso de mi misión.

Amanecía sobre Tánger y las primeras luces de la ciudad me sorprendieron sobre mi cama, arremolinada entre cientos de papeles. Debía partir a Tetuán y trasladar la información de la que me había empapado durante toda la noche. Había que salvar vidas. Básicamente, mi misión consistía en averiguar quién distribuía las armas a nuestros enemigos. Aquello llevaría su tiempo, debía adentrarme en la sociedad marroquí y establecer una red de relaciones.

Mohamar viajaba conmigo, siempre cuidando de que estuviese lo más cómoda posible y cubriéndome de atenciones. Sin él, no hubiese podido desempeñar mi trabajo como es debido.

Los españoles habíamos llegado a Tetuán en 1911 a proclamar el protectorado. Se modernizó toda la provincia y se construyeron barrios europeos como *El Ensanche*. Tetuán era la capital del protectorado, lo que hizo que se convirtiera en el centro neurálgico

El viaje en tren fue algo incómodo, hacía un calor horrible y mi cabeza era un hervidero de ideas inconexas. Debía moverme por intuición, en un país que no conocía y destacar de alguna forma, ese era mi plan, tenía que rodearme de un halo de prestigio para entrar en los círculos más elitistas y llegar a quienes me interesaban, lo que implicaba tirar de mi pedigrí aristocrático y mi trabajo como corresponsal de guerra. Esa era una mezcla que, sin duda, llamaría la atención y me abriría muchas puertas, estaba segura de que a numerosas personas influyentes les picaría la curiosidad y querrían conocerme.

Estaba muy cansada, pero tan pronto como traspasé el umbral de mi hotel me sentí reconfortada: el rumor del agua me atrajo como un imán, encaminando mis pasos hacia el centro de un coqueto patio estilo andalusí. Era exótico al mismo tiempo que poderosamente relajante, por lo que no pude evitar tomar asiento en una de las mesas dispuestas en torno a una fuente de la que brotaba agua constantemente. Mis músculos se relajaron al unísono y me sentí en paz, como hacía mucho tiempo que no lograba encontrarme. Me permití cerrar un instante los ojos para saborear el momento, pero fui abruptamente interrumpida por un carraspeo odioso.

—Disculpe, señora.

Me sentí molesta. Al abrir los ojos un hombre me estudiaba con detenimiento, demasiado cerca, mucho más de lo que dictaban las normas de decoro.

—¿Sí?—casi ladré.

—Disculpe, ¿es usted española?

—Sí, valenciana.

—¡Oh! Encantado. Soy Luis Antonio de Vega, para servir a Dios y a usted.

—Margarita Ruiz de Lihory, baronesa de Alcahalí —me presenté, tendiendo mi mano.

Teóricamente el título era de mi hermana, pero yo no iba a renunciar a utilizarlo, sobre todo teniendo en cuenta que debía interpretar un papel para que mi presencia generara cierta expectación y un título nobiliario de ese calado siempre facilita todo. Me he pasado media vida litigando con mi hermana, pero de poco me ha servido. La baronía de Alcahalí nunca ha sido mía, pero nunca he dejado de emplearla en mi provecho. Siempre me ha parecido que haber nacido primero no justifica que ella se quedará con todos los privilegios, pero entiendo que en ese asunto siempre haya sido una incomprendida.

—¡Santo Dios! En cuanto la vi en el vestíbulo, supe que era usted una mujer fascinante, tan

solo hay que ver la elegancia con la que se mueve, pero que haya una aristócrata con nosotros, en este recóndito lugar del mundo, supera todo lo esperado. Dígame, Margarita, muero de la curiosidad ¿qué hace una mujer como usted en Tetuán?

—Soy periodista de *La correspondencia de España*, estoy aquí para cubrir la guerra.

La cara del hombre no tenía parangón, creo que hasta estuvo algún segundo sin respirar, intentando procesar mis últimas palabras.

—Entonces, somos colegas —dijo, al fin, algo aturdido—. Yo soy reportero de *El faro de Ceuta*, una publicación mucho más modesta que la suya, claro está.

—Entonces me hará el tremendo favor de cenar conmigo esta noche, me vendrá bien que alguien como usted me hable de la ciudad y de su gente. Como ve, acabo de llegar.

—Nada me haría más feliz, baronesa.

Aquella noche, pasé una velada fabulosa con Luis Antonio. Recuerdo haberme reído mucho, congeniamos y nos hicimos grandes amigos. Él me ayudó a conocer a la gente más importante de la ciudad y a comprender cómo funcionaban las cosas. Era un bilbaíno con un humor bastante peculiar, inteligente y avispado. Compaginaba sus artículos dando clases, lo que le dejaba las tardes libres para enseñarme la ciudad.

—Tetuán fue una ciudad fundamental en la época islámica. Era el enlace entre Marruecos y Andalucía. Allá donde mire, puede usted ver influencias andalusíes. Después de la Reconquista, la ciudad fue reconstruida por los refugiados musulmanes provenientes de Al-Ándalus, que habían sido expulsados por Felipe III —me explicó Luis Antonio, en uno de nuestros paseos por la medina.

—Le agradezco que me acompañe a conocer la ciudad, no podría haber encontrado un guía más preparado.

A medida que avanzábamos, las intrincadas calles desembocaban en plazas, fuentes o fortificaciones, los barrios se mezclaban entre sí dando paso a puestos callejeros llenos de gente con mercancías de lo más variopintas.

Hicimos un alto en el camino para tomar un té moruno y refugiarnos del calor de la tarde.

—Y dígame profesor, aparte de sus clases y de sus artículos, ¿a qué le gusta dedicar su tiempo libre?

—Soy un gran lector, sobre todo me apasionan las novelas de espionaje —me aclaró, guiñándome un ojo.

Casi me caigo de mi asiento, intenté disimular mi turbación, con todas mis fuerzas, y sonreír.

—Esa es una afición fascinante, tal vez pueda recomendarme alguna novela de ese género, es un mundo que desconozco por completo.

Noté como me miraba fijamente, estudiándome.

—Naturalmente, yo mismo le prestaré algunos ejemplares.

—Seguro que son fascinantes.

—El mundo del espionaje sí que lo es, muchas veces la realidad supera con creces a la ficción. Sin ir más lejos, viene usted de Tánger, aquella es una ciudad plagada de espías.

—Lo desconocía, supongo que es un punto geográfico estratégico.

—Sí, debería usted abordar el tema en sus crónicas, estoy seguro de que sus lectores lo agradecerán.

—Lo tendré en cuenta, pero entonces deberá usted contarme todo lo que sabe sobre el tema.

—Cuente con ello, Margarita. Si es preciso investigaremos juntos. En este país, las historias de espionaje y los secretos de estado son sumamente jugosos, ya que se mezclan con ritos mágicos —explicó, con un tinte de jocosidad en su voz.

—Eso me intriga todavía más, si cabe.

—¿Es usted religiosa?

—Naturalmente. Soy ferviente devota de la Virgen de los Desamparados.

—¿Y cree en el más allá?

—A pies juntillas, me fascina el momento en que morimos y ascendemos al otro mundo.

—Estará usted aquí como pez en el agua. «En el Islam siempre hay alguna cosa que descubrir, alguna cosa misteriosa, oculta…y cuando se trata de magia mora, conviene tener siempre algo de credulidad»[3].

—El mayor enigma de la humanidad y el fundamento de todas las religiones es la comprensión de la metamorfosis que experimentan las almas en su tránsito entre la vida y la muerte. Mi padre era un estudioso de temas esotéricos, es una materia que me ha fascinado desde muy niña, pero entenderá que no es un asunto para tratar con cualquiera.

—Un hombre magnífico su padre, entonces.

—Sí, le habría gustado conocerlo. Si me viese aquí sentada con usted, no daría crédito, pero no perdería la oportunidad de conocer a los magos y chamanes que pueblan estas latitudes.

—Debería usted conocer a Mersida, creo que la encontrará sumamente interesante, por estas tierras es toda una eminencia.

—¿Quién es? —pregunté, presa de la curiosidad, no podía creer mi suerte.

—Una vidente franco-bereber. Créame, si hay algún misterio en el norte de África, ella lo conoce. Mersinda tiene acceso a la gente más importante de Marruecos, conoce sus más íntimos secretos y sus relaciones. Es habitual que los oficiales y soldados consulten a las brujas sobre su destino, hay de todo, pero ella es especial. Mersinda es hija de un oficial francés y una mujer bereber. En realidad, su nombre es Mercedes Roca, es la vidente más famosa de toda África, pero aquí, entre usted y yo —dijo, acercándose a mí y bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Creo que los franceses la utilizan como espía.

—Me gustaría conocerla cuanto antes.

—No es fácil concertar una cita con ella, pero le prometo hacer todo lo posible.

Luis Antonio cumplió su promesa. Una semana después, me dirigí sola a una casa situada en una de las estrechas calles de la medina. Nada más entrar, un fuerte aroma a sándalo me dio la bienvenida, me quité el calzado como era costumbre y no vacilé al adentrarme en ese lugar. Mi mente y mi cuerpo eran un hervidero de emociones: temor, inquietud, desconcierto, deleite, entusiasmo… todo parecía mezclarse por mi torrente sanguíneo.

—*Viens avec moi* —me invitó un niño, conduciéndome hasta el interior de una gran estancia con enormes alfombras y vistoso cojines esparcidos por todos los rincones. A todas luces, aquello era una sala de espera.

Tomé asiento cerca de un hombre de mi edad con uniforme español. El pequeño desapareció, dejándonos solos, así que me aventuré a hablar con mi acompañante.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

—Margarita Ruiz de Lihory, baronesa de Alcahalí.

Él se envaró cuando oyó mi título y me prestó toda su atención, que hasta ese momento dedicaba a estudiar la estancia. Me gusta cuando eso ocurre, para que nos vamos a engañar.

—Francisco Franco Bahamonde, para servirla.

—Encantada, Francisco.

—Lo mismo digo, baronesa, puede usted llamarme Paco.

—Como guste, Paco. Perdone usted mi indiscreción, pero siento curiosidad, ¿qué hace uno de nuestros valientes soldados esperando a ser visto por una pitonisa?

—No me malinterprete, señora baronesa, yo soy tan católico como el que más, pero he venido a investigar. Mis compañeros acuden aquí frecuentemente, hombres de todos los rangos y todos salen con predicciones muy acertadas.

—Entiendo, pero no debe usted avergonzarse, consultar a una pitonisa es algo totalmente lícito.

En ese momento, el niño avisó a mi acompañante para que entrara y yo me quedé completamente sola.

Esa tarde conocí a Franco, tiempo después le salvaría la vida hasta en dos ocasiones: primero lo libré de morir desangrado gracias a mis conocimientos en medicina y más adelante, lo alerté de una escaramuza preparada para tenderle a él y a sus tropas una emboscada. Como comprenderá, esas cosas unen mucho, aunque tristemente la memoria de algunos hechos es endeble y las circunstancias hacen que ciertas lealtades se diluyan.

Él se hizo asiduo a las visitas a Mersida tanto como yo, ¡Cómo no hacerlo! Cuando uno escucha la palabra *bruja*, aparecen en nuestra mente una serie de imágenes y de ideas que hemos construidos a través de numerosos cuentos y leyendas, pero Mersida era otra cosa totalmente diferente, tan solo hacía falta estar con ella en la misma estancia para que todo tu cuerpo lo percibiera; era especial.

Cuando me tocó el turno, el niño me llevó hasta una habitación oscura y confortable, donde una mujer rubia de ojos claros me dio la bienvenida.

—Querida baronesa, tome asiento —me saludó, antes de que yo pudiera presentarme.

Conforme me acomodé, me percaté de que la estancia estaba decorada con ostentación. Mersida quería dejar claro su estatus, no era una charlatana que malvivía, eso lo demostraban sus vestimentas y las joyas que llevaba, muy lejos de ser bisutería mediocre, eran piezas exquisitas con rubíes, zafiros y diamantes engarzados en oro.

—Un placer.

—Es extraño ver a mujeres de su posición por aquí.

—No se anda usted por las ramas.

—Soy una mujer muy ocupada, en el norte de África todo aquel que es alguien, o pretende serlo, quiere una cita con Mersida —sonrió, ufana.

—Eso dicen… sobre todo que tiene usted una estrecha relación con los mandos del ejército francés, español…y con los rifeños.

—Verá…mi trabajo no exige que me posicione. Yo tan solo hablo de lo que veo en el futuro y, permítame decirlo, siempre acierto. Hay mucha gente que ha obtenido grandes fortunas o poder gracias a mis consejos. Se sorprendería si supiera… —dijo, lanzando una suspicaz mirada a la puerta por la que había salido Franco hacía unos minutos.

—Precisamente. Me interesa lo que pueda contarme sobre mí, pero también sobre la gente que viene a verla. Soy periodista y estoy escribiendo una serie de artículos sobre Marruecos que serán leídos en toda España. Estoy segura de que podemos trabajar juntas y de que ambas sacaremos partido a nuestra colaboración.

—Entenderá usted, baronesa, que uno de los pilares de mi fama radica en mi discreción.

—Lo entiendo perfectamente, eso la honra. Naturalmente, nunca revelaría su nombre en mis artículos, pero con su ayuda lograría entender mucho mejor lo que pasa en Marruecos y también daría a conocer su punto de vista sobre la guerra…o lo que a usted le interese.

Mersida se recostó en su asiento, como si meditara.

—De momento, centrémonos en usted, tengo curiosidad…—resolvió, para ganar tiempo, supongo que mi oferta le resultaba tentadora, pero no tenía claro si debía fiarse de mí—. Cuénteme qué es lo que hace aquí.

Mersida me penetraba con la mirada, pero lejos de sentirme acorralada, había algo en ella con el poder de tranquilizarme.

—Soy…

—No me haga perder el tiempo, puedo verla con total claridad, a usted y a quienes la acompañan.

Como un acto reflejo, miré a mí alrededor. Evidentemente, no había nadie.

—¿De qué me está usted hablando?

—Me cae usted bien, es una mujer fuerte y decidida. Los hombres quieren notoriedad y poder, casi todas sus consultas giran en torno a eso, pero usted busca respuestas más allá, aunque hoy se encuentre aquí por otro motivo. Si hay algo que uno sabe cuándo nace es que va a morir algún día, todo lo demás se puede cambiar, podemos controlar nuestras vidas…pero ese paso en el que nuestra alma nos abandona es lo único inalterable en la vida, se ha repetido a lo largo de la historia millones de veces y seguirá repitiéndose cuando usted y yo ya no existamos como lo que somos ahora.

—¿Qué pasa después?

—Esa es la gran pregunta, todo lo demás cambiará, excepto eso.

—Tiene usted razón, es algo que siempre me ha acompañado, una pregunta que me ha obsesionado, sobre todo desde la muerte de mi padre.

Mersida apartó una fracción de segundo sus ojos de los míos y miró hacia la derecha, después sonrió.

—Eso está bien, forma parte del sentido de la vida y debe tener claro que está por encima de lo que la ha traído a Marruecos.

—Soy espía.

—Lo sé, pero no estará usted sola, acabo de decidir que la ayudaré.

Mersida me introdujo en un mundo apasionante. Nos hicimos muy amigas…y confidentes. Las dos conseguimos grandes cosas gracias a nuestra colaboración. Tenía un don, no podría explicarlo jamás con palabras, pero cuando estabas con ella era tan claro como su larga cabellera rubia o sus profundos ojos azules. Su mundo era enigmático, entre sus clientes se encontraba la élite del ejército, comerciantes, nobles, diplomáticos… la gente con la que yo me codeaba en fiestas o eventos pasaba por el gabinete de Mersida asiduamente y desplegaban todos sus secretos sin pudor.

En esa época, tuve que plantearme muchas cosas sobre mí, sobre lo que hacía y sobre mis creencias y llegué a la conclusión de que Mersida tenía razón: no hay más verdad que moriremos, igual que hemos nacido. Todo lo demás puede ser alterado, por el hombre, por la cultura, por la época…

Nunca lo habría pensado, pero me dejé llevar y abrí mi mente a lugares totalmente desconocidos para mí. Yo ya no era la niña adoctrinada de un internado de monjas, tampoco la joven que se había casado y había tenido cuatro hijos, porque era lo que se esperaba de ella. Entendí que debía mirar más allá, dentro y fuera de mí, para encontrar mi camino.

Acompañé a Mersida a algunos rituales, que mucha gente no dudaría en denominar magia negra, como mera observadora: nacimientos, uniones…muertes. Era impactante verla en acción, recitando palabras para mí incomprensibles, pero tenía el poder de trasportarte a otro espacio. Ella, imponentemente vestida, con los cánticos arrullándola a su alrededor, el fuego, el olor a incienso…

Un día, fuimos a una lujosa casa de las afueras. Una mujer había muerto y la familia la velaba, conformé vieron a Mersida todo el mundo se apartó y le abrieron paso hasta la difunta, inclinándose a su paso para expresar su respeto. Ella se encerró en la habitación y me indicó que permaneciera en una esquina, advirtiéndome que no debía intervenir de forma alguna.

Mersida encendió unas velas y comenzó con su letanía. Sin cambiar ni un ápice su gesto, desplegó al lado del cadáver unos utensilios, que me resultaban completamente desconocidos, y los utilizó para cortar la lengua del cadáver, luego le sacó los ojos, las orejas y, al fin, la mano derecha. Yo miraba horrorizada la escena, sin mediar palabra como me había ordenado, estaba fascinada y, al mismo tiempo, aquello me atemorizaba.

De regreso a la ciudad, no pude evitar interrogarla.

—¿Qué ha sido eso?

—Esa mujer necesitaba ayuda para dar el paso.

—Pero…

—No necesitará de sus sentidos allá donde va, su familia ha querido asegurarse de que estará bien y ha hecho una ofrenda.

—Parece algo diabólico.

Mersida me miró como a una niña pequeña y me acarició la mejilla con ternura.

—Puedes llamarlo como quieras, el bien y el mal están dentro de uno mismo, no fuera.

Gracias a Luis Antonio, que con una paciencia infinita me narraba los entresijos del protectorado y me explicaba quién era quién en cada evento, pronto me hice una idea de hacia dónde dirigir mis pasos y comencé a moverme con soltura por Melilla, Nador, Alhucemas, Tetuán, Tánger y Casablanca. Fue una tarea ardua, de años trabajando para llegar a mis objetivos, recopilando información, trabando amistad con mucha gente, moviéndome entre el ejército francés, el español, los altos funcionarios, dignatarios europeos y la élite marroquí.

Conseguí que mi presencia fuera imprescindible en las reuniones sociales y fiestas del más alto nivel. Hice amistad con dos periodistas españoles: Víctor Ruiz Albeniz, que ejercía como médico y del que aprendí a suturar, amputar y curar heridas de guerra, y Manuel Aznar, ellos me ayudaron a tejer una red de amistades que me proveían de toda la información que me interesaba. En la guerra, lo que uno sabe, es casi tan importante como el número de soldados de los que dispone.

Siempre escudada en mi labor de periodista, e intentando ser lo más discreta posible, me adentré hasta las mismas trincheras, desde las que enviaba mis crónicas y reportajes gráficos. Vi caer españoles en el frente y eso me marcó para el resto de mi vida, haciéndome reflexionar sobre lo efímero de nuestra existencia. Allí, más que en ningún otro lugar del mundo, aprendí a amar la vida y ser consciente de que debía hacer uso de ella intensamente.

Sin lugar a dudas, el frente es el peor lugar en el que he estado en mi vida y en él mis ideas colonialistas comenzaron a desinflarse. Quizás Miguel tenía razón y era un total desperdicio mantener a un soldado español fuera de España. Después de todo, ¿cuántas vidas son el precio de una idea?

Mis reportajes traspasaron el océano Atlántico y llegaron hasta Boston, el *Dayly Advertiser* titulaba «Valiente bajo el fuego del Rif». La prensa internacional se hacía eco de mis crónicas, destacando mi arrojo. Creo que fue el trabajo más duro, a la par que satisfactorio, que jamás realizaré, aunque desafortunadamente toda la fama se la llevaría el Capitan Alí, mi seudónimo. Margarita era una mujer a la que nadie habría tomado en serio.

Llevaba un cuaderno siempre, donde apuntaba todo lo que se me venía a la cabeza. Me gustaba acurrucarme por las noches a leer todo lo que había escrito durante el día, e ir construyendo mi próximo reportaje. Así transcurrieron varios meses, en los que por fin me sentí realizada, en todos los sentidos, como ser humano y como mujer. Puede que el Capitán Alí se llevase la gloria, pero yo podía recorrer el mundo con la cabeza bien alta, orgullosa de todas mis andanzas.

Una tarde, mientras me encontraba absorta en uno de mis reportajes, Mohamar vino hasta mí, sin resuello. Blandía un papel entre sus manos, como si en él estuviese el mismísimo secreto de la inmortalidad.

—Doña Margarita, ha respondido.

Tan solo esas palabras bastaron para que todas mis entrañas se removieran al tiempo, sabía lo que significaban.

Llevaba casi un año intentando ponerme en contacto con Abd el-Krim, sin resultado alguno. No soy ninguna ignorante, era consciente de lo descabellado de mi propósito, él era el jefe de los rifeños, el mayor enemigo del ejército español y el causante de numerosas bajas entre nuestras filas, pero nunca me he dado por vencida antes de intentar mis propósitos de todas las formas posibles a mi alcance. Lo había probado de todas las formas inimaginables, tirando de todos mis contactos de uno y otro bando, incluso logré acercarme al sultán Muley Haffid, que había sido depuesto por su hermano con la esperanza de que le hiciera llegar mis deseos de entrevistarlo. Argumentaba que tenía que hacer saber al mundo occidental su punto de vista sobre lo que pasaba en el Magreb, y nada mejor que un extenso reportaje explicando su postura para hacerlo, pero todos mis intentos fueron infructuosos… hasta que, milagrosamente, aquel día, obtuve una respuesta.

En aquellas dos líneas de papel, se recogían unas exiguas instrucciones para que me reuniese con un hombre de su confianza. Él me explicó que me preparara para un largo viaje, nadie debía conocer mi destino y yo nunca sabría dónde me llevaban, tan solo Mohamar podría acompañarme y a ambos se nos taparían los ojos el tiempo que estimasen oportuno.

Nunca lo reconoceré públicamente, porque desde pequeña me enseñaron a no mostrar mis debilidades abiertamente, pero lo cierto es que estaba aterrorizada. Nadie sabía dónde estaba la guarida de Mohamed Abd el-Krim, pero las atrocidades que cometía contra españoles y franceses eran bien conocidas. Su fama para convencer a los rifeños, y que se unieran a él, le precedía, por lo que no era difícil deducir que era un hombre con gran poder de persuasión.

Mi fiel Mohamar y yo nos preparamos para un viaje incierto hacia lo desconocido. Mi alma ardía con una mezcla de entusiasmo por mi hazaña y pavor por mi osadía.

No había amanecido cuando salimos de la ciudad como vulgares ladrones para no despertar sospechas, y acudimos al punto de encuentro. Allí nos esperaban tres hombres que nos escoltarían hasta Abd el-Krim. Ninguno cruzó una palabra conmigo, ni siquiera se dignaron a mirarme. Yo tan solo recibía órdenes a través de Mohamar y las cumplía obedientemente, no estaba en posición de ofender a nadie, ni de hacer nada que enfadara a nuestros acompañantes, que no eran muy gentiles, pero tampoco maleducados. Fueron días durísimos en los que

recorrimos desiertos, agrestes montañas e interminables bosques de cedros. Dormí al raso más de una noche y tuve que limitar mi aseo radicalmente, como nunca antes había tenido la necesidad de hacer.

Más de una vez pensé en mi madre, sin duda alguna, se hubiese escandalizado de poder verme de esa guisa: apestando a sudor y con el rostro enrojecido por el sol. Me imaginaba sus reproches para entretenerme del hastío del viaje y su rostro irritado acudía a mi mente para divertirme. Mi padre, mucho más abierto y comprensivo, tampoco lo hubiese aprobado, a buen seguro, ambos me hubieran tildado de demente o algo peor. En otros tiempos, me habría avergonzado, pero por aquel entonces, me provocaba cierta indiferencia, estaba haciendo historia, o al menos, así lo entendía yo.

El calor durante el día era insoportable y aunque llevaba un enorme sombrero para protegerme, mi piel comenzó a resentirse. Hubo momentos de flaqueza en los que sentí unas inmensas ganas de abandonar, pero gracias al apoyo de Mohamar lograba reponerme y sacar fuerzas de donde ya no quedaba nada más que frustración, para poder continuar.

Evitábamos continuamente las poblaciones y las caravanas de viajeros, en varios días no tuvimos contacto con ningún ser humano. Era tremendamente deprimente, pero, al fin, durante un atardecer, uno de los hombres señaló un grupo de edificaciones blancas en el horizonte y Mohamar me explicó que habíamos llegado a nuestro destino.

Todo mi cuerpo sintió alivio. Por fin descansaría bajo un techo y podría asearme, no podía pensar en otra cosa. Un grupo de mujeres me recibió, agasajándome con fruta y dátiles para reponerme del duro viaje. Me acompañaron a mis aposentos, unas habitaciones decoradas con esmero y muy acogedoras. Después de mi periplo, aquello se me antojó el paraíso, un oasis que parecía pertenecer a otro mundo.

Tras la cena, en la que todos los platos me parecieron manjares dignos de dioses, me retiré a mi cuarto y descansé hasta el mediodía siguiente. Nada más comencé a moverme por mi habitación, un grupo de mujeres me ayudaron a asearme y me trajeron todo tipo de comida para el desayuno. Cuando estuve saciada, me ayudaron a vestirme. Intenté hablar con ellas en vano, quería hacerme una idea de dónde me encontraba o dónde estaba Abd el-Krim.

Mi sorpresa vino cuando salí al exterior, nada me había preparado para aquello. La noche anterior no había luz para poder apreciar la hermosura del paraje que me rodeaba, pero a pleno día pude comprobar que me encontraba en medio de un auténtico vergel. No pude resistirme a la tentación de explorar por los alrededores y a cada paso que daba me sorprendía la belleza que explotaba ante mis ojos, que jamás habían sido bendecidos con la visión de aquellas exóticas plantas y de las maravillosas fuentes que las rodeaban.

Pasé todo el día tomando notas sobre mis impresiones y estudiando cada uno de los rincones. Mohamar permanecía a mi lado y hacía de intérprete, todo el mundo hacía gala de la gran hospitalidad que caracteriza al pueblo de Marruecos, pero nadie me dio ninguna pista del lugar en el que nos encontrábamos. Estaba claro que Abd el-Krim quería que su paradero siguiera siendo secreto.

Me pasé dos días preguntando por el paradero de mi anfitrión, pero todo el mundo me contestaba con evasivas. No tenía nada que hacer, por lo que estudiaba con detenimiento todo lo que había a mi alrededor, tal era mi empeño que llené uno de mis cuadernos tan solo en esos días.

Al tercer día de espera, por fin, me anunciaron que aquella noche cenaría con Abd el-Krim, pero Mohamar me advirtió que aquel no sería el momento para realizar mi entrevista. Mi cerebro bullía de excitación, tenía muchísimas preguntas para él, y sabía que era una oportunidad de oro para obtener información. Abd el-Krim tenía prisioneros españoles y me había propuesto interceder para lograr su liberación, aunque no sabía si aquello sería posible. Iba a tratar con un hombre firme y persuasivo, por lo que yo tendría que prepararme para serlo aún más. Estaría frente al mayor enemigo de España, en aquellos días, el que había provocado aquella infame guerra. Tengo que decir que mi curiosidad había eclipsado mi temor; aquel hombre era el responsable de las muertes de muchos de mis compatriotas, sí, pero el deseo de hablar con él hacía que cualquier temor sobre mi propia seguridad quedara relegado a un segundo plano.

Dediqué casi toda la tarde a acicalarme, quería causarle una inmejorable impresión. Puse un gran cuidado en elegir las joyas que llevaría y mi vestuario, un caftán verde esmeralda que resaltaba el color que había adquirido mi piel durante mi viaje, muy a mi pesar, pero que me favorecía. Cuando me miré en el espejo obtuve la seguridad de que había hecho un gran trabajo y que mi apariencia era inmejorable.

Abd el-Krim había cursado el bachillerato español ente Tetuán y Melilla, después pasó a Fez para licenciarse en Derecho Islámico y, posteriormente, se trasladó a la Universidad de Salamanca para proseguir sus estudios. A su regreso a Marruecos, trabajó para la Oficina Central de Tropas y Asuntos Indígenas del Gobierno Español, haciendo de traductor y de escribiente, labor que compaginaba escribiendo artículos en árabe para el periódico *El Telegrama del Rif*. Su gran inteligencia y perspicacia lo llevaría a ser nombrado Cadí de Melilla siendo aún muy joven, y con treinta y dos años ya era jefe de los Cadiés, jueces y gobernantes de las distintas zonas.

Según la información que había podido recabar de un capitán francés, ellos siempre habían confiado en él. Tanto españoles como franceses lo habían utilizado como enlace con los indígenas de las colonias y su relación era de estrecha colaboración, hasta que descubrieron que cooperaba con los alemanes en la guerra. Entonces, su auténtica ideología anticolonialista emergió, fue juzgado y condenado y posteriormente, encarcelado en el fuerte de Rostrogordo durante algo más de un año, lo que hizo que su odio hacia españoles y franceses se acrecentara, mientras que su fama le erigía en el líder natural de los rebeldes contra la colonización. Su poder de convicción hizo que los indígenas del Ejército Español se unieran a él y así comenzó la sublevación de los rifeños, haciéndose cada día más poderoso.

Un sirviente me acompañó a un comedor donde había dispuestos platos de todo tipo, yo me acomodé en una de las mullidas alfombras, al estilo árabe, y me dispuse a esperar. Mi anfitrión se retrasó más de media hora, lo que era notoriamente descortés, supongo que querría poner a prueba mi paciencia.

Los apetitosos aromas que desprendía los platos me hicieron sentir hambre, aun así, mantuve la compostura. Cuscús, tajín de carne, *makoudas*, *bissara*… todo estaba primorosamente dispuesto ante mí, induciendo a que toda mi atención se concentrara en la comida y despertando vorazmente mis papilas gustativas, mientras esperaba a mi anfitrión para comenzar, todo un suplicio. Me encontraba ensimismada cuando una voz detrás de mi nuca hizo que me volviese a mirar a mi interlocutor.

—Buenas noches.

Abd el-Krim se encontraba demasiado cerca de mí, por lo que pude oler su aroma, una

mezcla dulzona donde predominaba el almizcle. Me había pillado totalmente desprevenida, me levanté de inmediato para saludarlo y él me hizo una reverencia.

—Baronesa, es un placer acogerla en mi cabila, espero que todo haya sido de su agrado.

—Su hospitalidad está siendo perfecta, hasta ahora todo ha sido maravilloso.

—Perdone el retraso, ha sido una descortesía por mi parte —se disculpó, mientras tomaba asiento frente a mí.

—No se preocupe, le agradezco profundamente su invitación.

—No podía negarme, ha sido usted muy insistente.

No pude evitar que el calor se agolpara en mis mejillas ante su afirmación, y su penetrante mirada me perturbaba.

—Creo que es una oportunidad única para ambos. Yo seré la única periodista que ha entrevistado a Muhammad Ibn 'Abd el-Karim El-Jattabi, famoso líder de los rifeños, y usted podrá explicar su postura del conflicto a Occidente.

—Será un honor hablar con el Capitán Alí —me dijo, dedicándome una sonrisa cómplice.

—No hay mucha gente que conozca mi seudónimo —dije turbada, no estaba preparada para aquella afirmación, yo había estudiado con detenimiento a mi acompañante, pero no me había imaginado que él hubiera hecho lo mismo conmigo. Si conocía mi secreto, me había investigado a fondo—. ¿Ha leído mis crónicas? —inquirí, como si tal cosa, intentando ocultar el gran impacto que habían supuesto en mi sus palabras.

—Por supuesto, y he de decir que me han sorprendido gratamente, hace usted un gran trabajo. Debe comprender que uno no llega a mi posición sin estar bien informado. Sus compañeros periodistas suelen tratar a los marroquíes con condescendencia, me alegra ver que usted no lo hace. Ese es uno de los motivos por los que está usted aquí.

—¿Existen más razones?

—Naturalmente, usted no lo recordará, pero ya nos conocemos. Coincidimos en una fiesta en el hotel Alhambra, en Granada. Yo iba a visitar a mi hermano, que, por aquel entonces, estudiaba en Málaga Ingeniería de Minas, y tuve el placer de conocerla.

—Lamento profundamente no recordarlo, si algo he hecho en mi vida es asistir a fiestas y es imposible que recuerde a todo el mundo —bromeé.

—Entiendo. Usted me causó una gran impresión, todo el mundo caía rendido a sus pies.

Aquel comentario me halagó y me hizo pensar que, quizás, sí que podría llevar a cabo mi misión con éxito: no hay nada mejor que seducir a un hombre para sacar partido de él.

—Me alegra oír eso.

—Margarita, quisiera que fuese usted mí invitada por algún tiempo, me gustaría mostrarle cómo vive mi pueblo. Tenemos profundas raíces en estas tierras y debe entender que nadie tiene derecho a venir a decirnos qué hacer con nuestras vidas. Es necesario que comprenda que ningún invasor tiene cabida aquí.

—Estaré encantada de permanecer aquí el tiempo necesario, pero, como española, mi postura es otra. Mire Tetuán, desde que forma parte del protectorado español ha evolucionado, se ha mejorado la ciudad y se ha invertido en educación y en otros servicios para que progrese. Todo lo que hemos traído los españoles es bueno, no somos invasores, traemos progreso para su pueblo.

—Mi pueblo evolucionará según sus tiempos y sus propias leyes.

—Uno debe mirar al futuro, un pueblo no debe estancarse.

—No a cualquier precio, somos perfectamente capaces de hacerlo sin ayuda.

—No estoy de acuerdo, mire las mujeres…

Por la expresión de Abd el-Krim, supe que era mejor no seguir por ese camino y callé.

—Creo que será muy interesante tenerla aquí, baronesa, pero dejemos apartado el tema y centrémonos en disfrutar de la cena, espero que todo esté a su gusto.

—Sí, está todo perfecto.

Me reprendí a mí misma por haber sido tan poco precavida, gracias a mis comentarios, Abd el-Krim se había sentido incómodo y la buena sintonía entre ambos, de la que habíamos gozado al comienzo de la cena, se había esfumado. Debía recuperarla a toda costa. Mi misión, en ese momento no era convencerlo de las bondades de la colonización y mucho menos batallar por los derechos femeninos. Estaba allí para ayudar a mi país y para obtener información. En lo sucesivo, debía defender mis argumentos con menos vehemencia o fracasaría.

Después de la cena, salimos al jardín a pasear. Ambos intentamos mantener una conversación sobre temas triviales, procurando alejar la sombra de nuestros desacuerdos sin mucho éxito, la tensión no se había desvanecido.

Él me acompañó a mis aposentos y se despidió besando mi mano, con una dulzura que no esperaba y que me dejó, gran parte de la noche, en vela. Mi corazón latía con fuerza y mi cuerpo no dejaba que el sueño lo venciera, mi cabeza se repetía continuamente que yo no era dueña de la situación, que estaba allí cumpliendo órdenes… pero había algo en aquel hombre que me atraía profundamente y de lo que no era capaz de despegarme.

Mohamar era mis ojos y mis oídos en la cabila. Gracias a su discreción, hicimos grandes descubrimientos sobre la organización y sobre varios hombres de confianza de Abd el-Krim, también conseguimos algunas pistas sobre el punto geográfico de nuestro paradero. Él me contaba todos sus descubrimientos y yo los anotaba, concienzudamente, en mis cuadernos. Suponía que, cuando yo no estaba en mi habitación, la registraban al tiempo que hacían la limpieza, por lo que tomaba notas en valenciano, esperando que nadie por allí lo comprendiera.

Recuerdo aquellos días como un remanso de paz en medio del caos: comía y descansaba como nunca lo había hecho, Abd el-Krim me mostró las costumbres, la religión y la cultura de su pueblo e hizo que me sumergiera en ellas como una rifeña más. Realizó un gran trabajo, ya que jamás pude volver a considerarlos como los enemigos. Me pasé días enteros reflexionando; la colonización suponía llevar el progreso a lugares menos desarrollados, pero con un alto precio a pagar, se imponía la religión, la cultura, el idioma invasor… ¿Y entonces qué les quedaba? Aquel pueblo tenía muchas deficiencias, empezando por la terrible situación de las mujeres con la que yo tenía que lidiar a diario, muerta de frustración, sobre todo si eran de baja clase social, pero es cierto que comprendí que la mayoría estaban satisfechas al no conocer otra cosa.

En aquellas latitudes desconocidas, comprendí que debía relativizar las cosas y que la mejor forma de hacerlo era buscar el equilibrio. Era consciente de que me estaba ablandando y de que la culpa era de Abd el-Krim, desde el principio había pretendido que viese el conflicto desde el prisma del invadido, y lo había conseguido. Aprendí mucho observándolo y fijándome en su modo de actuar, se ponía en la piel de la gente con la que interactuaba y hacía que todo el mundo se sintiera importante de alguna manera, generaba a su alrededor un halo que pocas personas son capaces de crear y se servía de él para cumplir con sus objetivos. Era todo un arte.

Normalmente, Abd el-Krim pasaba el día fuera de la cabila y, entonces, yo podía moverme libremente y estudiarlo todo con detenimiento, pero al anochecer compartíamos cena y me dedicaba toda su atención. Poco a poco, fuimos congeniando y, para mi sorpresa, descubrí que sentía algo por él. Llevaba algo más de un mes siendo su invitada y mi anterior vida en España parecía pertenecer a un remoto pasado, a otra Margarita, incluso mi vida en Marruecos, en Tánger o en Tetuán, parecían lejanas. Aquel hombre, que estaba lejos de tener un físico imponente, me había conquistado.

En una de aquellas interminables veladas cuando me acompañó a mi cuarto y me besó la mano, yo sostuve la suya entre mis dedos mucho más tiempo del debido. Aquel instante se me antojó eterno y nuestras miradas se mantuvieron impasibles, al fin lo solté y le acaricié el rostro, no sé muy bien por qué lo hice pero en aquel momento sentí la necesidad de hacerlo. Él me miró, sonrió y se retiró cortésmente, como hacía siempre, pero, desde ese momento, pude sentir que algo entre nosotros había cambiado.

En las siguientes veladas, ambos obviábamos las distancias protocolarias y cada vez estábamos más cerca. Nuestra complicidad crecía y nos íbamos alejando de la realidad como si fuésemos un barco a la deriva, sin prisa, conociéndonos hasta los últimos recovecos de nuestras

almas. Allí estábamos en nuestro propio lugar en el mundo, en el que no existían miradas reprobatorias que pudieran importunarnos. Evitábamos tácitamente abordar nuestras diferencias, fue un pacto mutuo que no hizo falta verbalizar.

Bastó un sutil roce en mi cadera para que todo mi cuerpo se encendiera y se perdiera en un laberinto de sensaciones que jamás creí posibles. Recuerdo sus ojos fijos en los míos, buscando alguna reacción para continuar o parar el trayecto de sus labios a los míos. Yo estaba quieta, deseando que nos fundiéramos en un beso y, al mismo tiempo, aterrorizada por mi cerebro que me gritaba que aquello no era una buena idea, pero, a veces, esos son los mejores momentos de nuestra vida, los que recordamos sin poder evitar estremecernos, cuando actúas apartando la razón de tu ser y te dejas llevar por tu corazón. Nunca fui tan consciente de mi cuerpo como esos días, con Abd el-Krim experimenté sensaciones que estaban totalmente ocultas, hasta ese momento, y comprendí mi poder.

Ciertamente, no sé si fue el entorno y estar tan lejos de mi vida anterior los que hicieron posible que me sintiera plenamente libre, o si realmente, mis sentimientos hacia él fueron más profundos de lo que nunca he sido capaz de reconocer y asumir, pero no recuerdo haber sido tan dueña de mi misma y tan consciente de los placeres terrenales como en aquellos días.

Descubrí otro modo de amar. Él recorría mi cuerpo desnudo con sus labios y yo me perdía entre los huecos de su anatomía. Más de una noche nos sorprendió el alba con nuestros cuerpos envueltos el uno con el otro, formando una masa imposible, perdidos entre miles de besos, sin que nos hubiésemos percatado del paso de las horas. Me di cuenta de que yo misma me había puesto ciertas limitaciones en el amor, que Abd el-Krim logró liberar.

En plena guerra rifeña, yo viví en paralelo la antítesis del odio, el derramamiento de sangre y el sufrimiento. En ocasiones, me dejé llevar, e incluso más de una noche me pareció que me perdía a mí misma, pero me bastaba ver de nuevo la luz del sol para ser consciente de mi propósito en la cabila y con el nuevo día lograba recomponerme y volver a mí ser. En mi interior, se libró una batalla que acabó ganando mi ser racional con el paso de los días. Debía ser así, no hubiera estado bien que fuese de otra forma. Cuando nuestra relación llegó a su mayor punto de complicidad, comencé a hacer preguntas inocentes, a tratar de leer entre líneas sus planes, a buscar el modo de obtener información beneficiosa para mi país.

Vi, con claridad diáfana, que su mejor baza consistía en la persuasión, aquella era su arma más efectiva. Las palabras lo hacían grande, era un gran conversador y orador. Entendí por qué la gente lo seguía a ciegas. Hubo momentos, donde mis fuerzas flaqueaban y yo también lo hubiese hecho, me hubiese dejado arrastras por él. A veces, al recordarlo, no consigo entender qué fue lo que me mantuvo firme, quizás mi educación, los principios en mi casa de amor a la patria siempre fueron muy exacerbados y yo, como niña aventajada, los hice míos desde la infancia, quizás fue solo eso lo que me mantuvo con la mente despejada en los momentos en los que más esclava fui de sus caricias.

Me siento muy afortunada por haber vivido aquellos días y nunca me he arrepentido. Cuando mi vida se desmorona, como ahora, encuentro en su recuerdo un refugio que tiene la virtud de hacerme sentir a salvo y en paz. Todo el mundo debería tener algo así a lo que recurrir en momentos complicados, muchas veces ha sido mi salvavidas para no perder la cordura.

Era un amor imposible, ambos lo sabíamos desde el comienzo, pero aun así nos amamos libremente…incondicionalmente y ese amor, evidentemente, nos dividió por dentro. Él por amar

a una mujer que representaba física e ideológicamente a su enemigo; se había dejado conquistar por todo lo que despreciaba. Y yo, porque en el fondo sabía que me engañaba a mí misma, siempre se me ha dado bien jugar al doble juego al que te encadena el espionaje, pero aquello estuvo a punto de superarme.

El tiempo, nuestro único enemigo, no iba a estar callado para siempre y se interpuso en nuestra fingida rutina una noche en la que no podíamos apartar los ojos del otro.

—Margarita, debo partir mañana y ya nunca más volveremos a vernos.

—Lo sé, lo entiendo, ha de ser así.

—Nunca olvidaré estos días y me sentiría muy afortunado si tú tampoco lo hicieras.

—No lo haré, pase lo que pase, ambos sabemos lo que hemos vivido y eso nos acompañará siempre.

Abd el-Krim cogió, entre sus manos, mi pie derecho y me puso una magnifica ajorca de oro en el tobillo, que no me quitaré mientras viva.

—Esta es nuestra despedida en esta vida, pero estoy seguro de que volveremos a vernos.

—Yo también.

—Puedes pedirme lo que quieras.

—No necesito nada material.

—Lo que quieras.

—Entonces libera a tus prisioneros españoles, esas vidas serán un recuerdo de nuestro tiempo juntos.

No me miró sorprendido, por lo que deduje que sabía cuál iba a ser mi petición. No dijo nada, pero asintió y me besó profundamente, hasta que nos desdibujamos en uno. Esa fue, efectivamente, la última vez que nos vimos y nuestra última noche de pasión.

Nada dura eternamente, el viaje de vuelta a Tetuán se me hizo mucho más corto del que había realizado a la inversa, no sentí el calor abrasador, ni cómo mi piel se quemaba, ni tan siquiera el regusto arcilloso de mi boca seca, nada podía afectarme porque mis pensamientos estaban con él. Su embrujo, al igual que a sus seguidores, me había alcanzado de lleno, aun así no descuidé mi objetivo.

Me costó un tiempo acomodarme a la realidad, ya no disfrutaba igual de mis paseos por la medina, el té moruno parecía haber perdido parte de su exótico sabor y ni siquiera las especies que, en otro tiempo me hacían deleitarme con cada bocado, me complacían. Todo se volvió un poco más insustancial sin Abd el-Krim, mi rival, el infiel que batallaba contra España y mataba a mis compatriotas.

El director del periódico me envió un telegrama al hotel, pletórico, la entrevista del valiente Capitán Alí al jefe de los rifeños, el enemigo número uno de España y Francia, era una exclusiva tan jugosa que estaba traspasando fronteras y le hacía vender miles de periódicos. Todo el mundo felicitaba al Capitán Alí, las cartas de seguidores y admiradores inundaban el periódico.

Tuve que moverme rápidamente para gestionar toda la información que había recabado y busqué a la persona que dirigía a los legionarios conocidos como *Los novios de la muerte*, sabía que se había preparado una emboscada contra ellos y debía avisarlos, mi sorpresa fue mayúscula al encontrarme frete al hombre que había conocido en la casa de Mersida. Franco me miraba, incrédulo, cuando comencé a relatarle los planes para acabar con su compañía, sobre todo, por el hecho de que no entendía de dónde provenía mi fuente, pero evidentemente comprendía que no podía revelarla.

—Es usted una mujer muy valiente, baronesa.

Ese tipo de elogios, que antes me llenaban de satisfacción, ahora tenían un regusto amargo del que me costaba desprenderme.

—Solo cumplo con mi deber como española.

—Estoy seguro de que algún día será honrada por ello, yo mismo me ocuparé personalmente.

—Con que termine está terrible guerra será suficiente recompensa, he visto demasiada muerte y no le engañaré, empiezo a cansarme de ver vidas perdidas inútilmente.

—Morir por España nunca es morir sin sentido. No se preocupe, con la información que me ha proporcionado, los emboscados serán los rifeños, mis legionarios le deben la vida.

—Así es la guerra, es el arte de hacer el mayor daño posible al enemigo.

Después de años en Marruecos, llegó la hora de regresar. Echaba de menos a mis hijos, sabía que con mi madre y mi abuela estaban bien, mantenía con ellas correspondencia regular y había dejado suficiente dinero para como para proporcionarles a los cuatro la mejor educación posible. Siempre he sido una madre ausente, no puedo justificarme por ello, ni lo pretendo, pero cada cual es esclavo en esta vida de sus propias decisiones. Mucho se ha hablado de mi conciencia, la mayoría piensa que carezco de ella, pero no es cierto, he llevado mi tormento en silencio y he luchado por un mundo en donde no se juzgara a las mujeres de forma diferente a los hombres.

Me despedí de África con pesar, la Margarita que abandonaba aquel maravilloso continente

no era la misma que había llegado, mucho más inocente, años antes. Me llevaba conmigo innumerables vivencias y el recuerdo de un amor que solo crecería en mi memoria.

Estaba enormemente satisfecha con mi trabajo, con ambos trabajos. Como reportera, firmé un extenso bagaje de artículos y el Capitán Alí se había convertido en referente para cualquier interesado en la Guerra del Rif; y gracias a mis pesquisas, se había liberado a rehenes españoles, salvando incontables vidas. Además, había logrado obtener información sobre los proveedores de armas de los rifeños, que Primo de Rivera utilizaría para acabar con la guerra, pero, evidentemente, ninguna de estas hazañas se atribuyeron a Margarita Ruiz de Lihory: las mujeres, por aquel entonces, no solíamos figurar en casi ningún lugar y mucho menos se nos reconocían nuestras heroicidades, que normalmente se atribuían otros.

—Mohamar, esta es una de las despedidas que más me pesa —dije, apesadumbrada, al despedirme.

—Ha sido un honor permanecer junto a usted durante estos años. Le deseo una larga y feliz vida, es usted una mujer muy valiente.

La tristeza me invadió conforme su figura se alejaba de mi vista, de algún modo una parte de mí se quedaba en Marruecos para siempre.

A mi regreso de África, me encontré con la misma Valencia que había dejado. Allí nadie me perdonó que abandonara a mi marido, ese que se había acostado con todas las cupletistas que pasaban por la ciudad. Todos veían a una mujer cruel y egoísta, que había olvidado a sus hijos y se había marchado en pos de toda suerte de aventuras ignominiosas. Nunca verían mis logros, ni mis hazañas, ya me habían etiquetado en sus mentes con la lacra de la vergüenza, nada los haría cambiar de idea.

Mi decepción fue total a mi llegada, había hecho más por mi patria que muchos que llenaban su boca adorándola, pero nadie reconocería mis méritos en aquella ciudad, el lugar que mis entrañas amaban con más ahínco. Creo que eso es algo que no superaré en la vida, en mi tierra todo el mundo me desprecia, no pueden superar que una mujer decidiese ser dueña de su destino.

Todo a mí alrededor era frío y distante: mis amistades, mi familia, mis hijos… puedo entenderlo, pero es doloroso. Cuántas veces sentí nostalgia de mi querida África, donde todo era tan diferente…

Me instalé con mi madre y me dejé arrastrar por una rutina que no me atraía lo más mínimo, me ocupaba de los niños, iba al teatro, a misa… Me quedaban pocas amistades que no renegaran de mí.

Invertí mi enorme cantidad de tiempo libre en escribir un libro sobre la Virgen, mi Virgen de los Desamparados, que tuvo escasa repercusión, mucha menos de la que se merecía. Me esforcé mucho en redactarlo y cuidé cada página con mimo, fue un intento de redimir mis pecados y congraciarme con aquella sociedad que cuchicheaba a mi paso, sin cesar. Las historias sobre mí eran de lo más variopintas y locuaces, nadie quería molestarse en comprobar mi talento o escucharme y, mucho menos, concederme el beneficio de la duda. Tenía que reconocerlo: allí estaba maldita.

Un día, en el que ya no podía más, estallé en una de nuestras comidas dominicales. Mi madre, mi hermana, mi abuela y yo comíamos en el recio salón de mi progenitora. Había intentado amoldarme a una rutina que lentamente me hacía más irascible y que provocaba que la melancolía me cubriese cada día un poco más, amenazando con asfixiarme.

—¡Estoy harta de Valencia, de los chismorreos de la gente y de la poca amplitud de miras que me rodea, si no salgo de esta ciudad, moriré! —exclamé, para mi propia sorpresa, mientras la sirvienta nos servía el postre.

—Piensa en tus hijos. ¿Es que no les has hecho ya daño suficiente? —me reprochó mi madre apenada—. Ya fue muy duro para ellos que te marcharas a jugar a ser periodista, no les hagas pasar otra vez por la misma vergüenza.

—¿Vergüenza para quién, madre? He recibido felicitaciones de toda España por mis crónicas, menos de aquí, por supuesto —espeté, enfurecida, con mi índice taladrando el suelo—. No lo entiendo. Mis hazañas son fruto de orgullo para mucha gente, he tenido un papel fundamental en la Campaña del Rif, por mi paso en África obtuve el nombramiento de Capitán Honorario del Ejército Español y vosotras no podéis verlo… me seguís recriminando lo mismo una y otra vez.

—No vives en el mundo real, ni te imaginas el daño que has hecho a esta familia. Abandonar

a Ricardo fue todo un escándalo, al igual que todo lo demás. ¿Crees que alguna mujer de bien se marcharía, dejando a sus hijos, para vivir entre moros e infieles? Eres peor que una cualquiera, si Padre levantara la cabeza volvería a morir de pena —me recriminó mi hermana Soledad, envalentonada por la presencia de mi madre.

—Te equivocas… él siempre estuvo orgullosos de mí. Él sería el único en esta casa que me comprendería y estoy segura de que alentaría todos mis propósitos. Padre siempre quiso que yo fuese su heredera, sabía que era la única que merecía el título de baronesa de Alcahalí.

—¡Lo que faltaba! —espetó Soledad, arrojando su servilleta al suelo, furiosa—. Hazte un favor y baja de las nubes, hermana, bastante daño han hecho ya tus ínfulas de superioridad y tus fantasías. Sabes que el título es mío, me corresponde por derecho.

Hubiese estrangulado a Soledad en ese mismo instante, pero en vez de eso quise darle donde más dolía, en el fondo ella sabía que yo tenía razón. Soledad era una sombra sin lustre a mi lado.

—¿Por derecho, dices? Sí, haber nacido antes es toda una hazaña sin parangón. No. No cejaré en mi empeño, desde este momento aquí y ahora te reclamo la baronía, no me importa lo que me cueste, pero hasta mi último suspiro lucharé por ella, si he de ir a los tribunales, que así sea.

Mi madre y mi abuela ahogaron un grito de sorpresa en sus gargantas y sus rostros adquirieron un tono lívido, parecido al de la pared, por un momento me pareció estar dentro de una obra de teatro. A todas luces mi conducta era inapropiada, yo misma estaba totalmente fuera de lugar, pero me daba igual, mi hartazgo era tal que ya nada me importaba.

No me dio tiempo a ver la reacción de Soledad, solo vi que se ponía roja y salía a toda prisa de casa, a buen seguro se sentía ultrajada. Me era del todo indiferente, de hecho, me sentía totalmente preparada para luchar por lo que me correspondía, ya no podía esperar el apoyo de nadie para realizar mis proyectos, por lo que, de un modo u otro, tendría que luchar sola contra el mundo, como siempre había hecho, pero ahora de una forma mucho más consciente de mí misma, supongo que a eso se refiere la gente cuando habla de madurar.

Aquel día fue el prolegómeno de una batalla judicial que dura hasta hoy. Las dos hemos pleiteado sin descanso por el título y por las herencias, la de mi padre en primer lugar, más tarde la de mi querida abuela y, por último, la de madre.

Estoy harta de que todo en la vida sea así porque sí, porque ha sido así desde siempre y está establecido. La primogénita se quedaba con el título, lo que implicaba mucho más dinero y una extensa lista de propiedades. Siempre he pensado que uno se construye su futuro, se esfuerza… yo no hice nada por nacer la segunda, no tuve opción, así que no entiendo a qué vienen ese tipo de sandeces… porque lleva siendo así toda la vida… a mí no me vale.



UNA INDEPENDENCIA CONQUISTADA

MADRID

Regresé a mi querido Madrid. En Valencia, el ambiente seguía siendo opresivo, no sé qué me hizo suponer que el paso del tiempo mitigaría las emociones encontradas que mi nombre provocaba, pero, evidentemente, no era así.

El mundo, entonces, no estaba preparado para que una mujer se fuese a cubrir una guerra, escribiera sobre ella y estuviese orgullosa de su trabajo, por no mencionar que fuese ella la que decidía quien entraba en su cama, ahora… tampoco. Me di cuenta entonces de que tenía dos opciones: podía bajar la cabeza y obviar los cuchicheos y las chanzas malintencionadas que me lanzaban como cuchillos, o levantar la cabeza bien alta y construir una coraza impenetrable de altivez para mostrar indiferencia a diestro y siniestro.

Nadie me vio nunca derramar ni una sola lágrima. Esas, las guardé para mi soledad. Cada uno de los desplantes, insultos y desprecios que recibí me dolieron en el alma, pero no lo vio nadie. Me esforcé por proyectar una imagen de mujer fría e inquebrantable, que me ayudó en muchos momentos y que me esforcé en cultivar a lo largo de los años, eso me permitió ser fuerte.

Seguía trabajando para el periódico, pero ahora solo escribía artículos de moda y belleza. El director se había dado cuenta de que las *señoras* también leían, y quería ampliar el círculo de lectores. En un primer momento, me sentí ofendida, el entusiasmo por los trepidantes artículos del Capitán Alí y sus crónicas se habían volatilizado más rápido que el aroma de un perfume barato, me sentía degradada, pero era eso o nada. Lo cierto es que se trataba de un tema que me apasionaba, yo siempre he marcado estilo, he sido pionera y me he preocupado por llevar siempre lo último en moda, no me importaba compartir mis conocimientos sobre esos temas, pero también tenía mucho que decir sobre política y otras materias que me interesaban. Tuve que tragarme mi orgullo y centrarme en realizar lo mejor posible mi cometido, pronto el periódico se vio anegado por cartas de lectoras que me felicitaban por mi trabajo.

Una templada tarde de otoño, me encontraba paseando por la Gran Vía cuando me sorprendió una mujer parada en la puerta de los almacenes Madrid-París, de los que, evidentemente, yo era clienta habitual. Adoraba pasear por su edificio, ya que me trasportaba a mi querido París y siempre encontraba similitudes con los almacenes Lafayette. Me acerqué a la muchacha que, con gesto adusto, miraba al interior sin poder contener sus lágrimas, que corrían desbocadas por sus mejillas hasta caer en su abrigo.

—Disculpe, ¿se encuentra usted bien?

La mujer me miró como si se acabara de percatar de que se encontraba parada en mitad de la calle.

—Sí… no, no lo estoy, esto es impropio de mí, pero es que todavía no puedo creer lo que acaba de ocurrirme.

—Tranquila, si quiere vamos a un café y allí se toma algo que la ayude a relajarse, quizá una tila le sentará bien.

—Gracias, es usted muy amable.

La mujer me acompañó dócilmente y, poco a poco, fue recuperando la compostura. Nos

sentamos en el café Zahara y ambas pedimos una infusión.

—Me llamo Margarita, cuénteme que le ocurre y quizás pueda ayudarla.

—Ha sido usted muy buena conmigo, gracias por apartarme de allí. Verá, me llamo María y hasta esta mañana era dependienta de los almacenes Madrid-París. Estaba en la sección de perfumería, pero me han despedido.

—¿Y sabe usted la razón?

—No me han dado ninguna, pero puedo imaginarme qué ha pasado. Verá, estoy prometida, dentro de un mes voy a casarme… pero hay algo más…. —titubeó.

—No se preocupe, estamos en confianza, puede contarme lo que quiera.

—Estoy embarazada, de muy poco, pero han debido enterarse, supongo que alguna de mis compañeras se ha debido ir de la lengua.

—Pero eso no es motivo…

—Sí lo es, no se hace usted una idea. Lo he vivido con otras compañeras. Normalmente, son ellas las que deciden quedarse en casa cuando van a formar una familia para cuidar a sus bebés, pero a las que quieren seguir en su puesto no se les permite, según la empresa, no «encajan con el perfil». Créame, te lo venden como si te estuviesen haciendo un favor: que si son muchas horas de pie, que si luego tienes que amamantar y cuidar al niño, que si se pone enfermo… Total, que les sale más a cuenta tener trabajando a chicas que no tengan hijos y que dediquen todos sus esfuerzos a la empresa.

—Entiendo.

—Yo vengo de un pueblo de Salamanca, vine a la capital a buscar empleo ya que en mi tierra hay pocas oportunidades. Aquí conocí a mi prometido, pero ninguno de los dos tenemos familia en Madrid, soy consciente de que iba a ser muy duro, pero no quiero tener que pasarme el día encerrada en casa. Me gusta mi trabajo, disfruto vendiendo perfumes y mis clientas están contentas conmigo, hablo con ellas, me preocupo por lo que les gusta y siempre les recomiendo algo que les va. Créame, soy buena en lo que hago.

—No me cabe la menor duda, pero es injusto, sus compañeros hombres nunca tendrán que enfrentarse a eso.

María me miró con alivio al comprender que la entendía perfectamente.

—No se puede hacer nada, sabía que, en el momento que comenzara a notárseme el embarazo, ocurriría, pero pensaba que todavía quedaban algunas semanas.

—Quizás sí podamos hacer algo.

—Es inútil, tendré que resignarme.

—María, vaya a casa y descanse, pero mañana vendrá conmigo a las oficinas de los almacenes y hablaremos con el director.

Por la mañana, María parecía otra, estaba más calmada y nada más verme me dedicó una mirada de agradecimiento, de esas que te conmueven el alma. Pasamos juntas a los enormes almacenes que estaban decorados con elegantes materiales nobles y una grandísima cúpula presidía el vestíbulo que comenzaba en la cuarta planta. Me guardé de vestirme con mis joyas más llamativas y con lo último en moda, era la mejor manera de garantizar que nos abrieran todas las puertas, estaba imponente.

El ascensorista se apartó, para darnos paso al interior del ascensor y a la orden de «Al último piso», puso en marcha el aparato, sin mediar palabra.

Cuando llegamos a la planta, se abrieron ante nosotras las oficinas de los almacenes. Había poco movimiento y nos encaminamos por un ancho pasillo, que dividía la planta en dos, por pura inercia. Como suele pasar, el jefe estaba al final de todo.

—Sígame, que parezca que sabemos dónde vamos —le susurré a María, nada más salir del ascensor—. Sonríe.

Todo iba bien hasta que una secretaria nos cerró el paso.

— ¿A dónde se dirigen?

—Buenos días, soy la baronesa de Alcahalí, tengo cita con el director —me presenté estrechándole la mano.

La mujer me miró de arriba abajo, evaluando la situación.

—En la agenda no tiene ninguna reunión para esta mañana —comentó en un tono neutro, no sabía si ser amable o desagradable con nosotras. En esos casos, lo mejor es actuar con rapidez, no dar tiempo a pensar.

—Seguro que se le ha olvidado comentárselo —intervine, mientras la echaba a un lado y tiraba de María para que me siguiera hasta el despacho con el rótulo de director en la puerta.

Abrí la puerta con ímpetu, mientras que, sentado al otro lado de la estancia, me miraba un hombre atónito.

—Buenos días, soy la baronesa de Alcahalí y una de sus mejores clientas—anuncié, mientras tomaba asiento sin ser invitada y haciéndole a María señas para que se sentase junto a mí, ante el escritorio del director de los almacenes—. Verá, estamos aquí porque ha tenido lugar un lamentable malentendido.

Oí como la secretaria rezongaba nerviosa desde la puerta sin saber muy bien qué hacer.

—Está bien Maruja, vuelva a su sitio —repuso, severo, el hombre.

La tal Maruja hizo un mohín de disgusto y se marchó, con la cabeza gacha.

—Señora baronesa, estoy seguro de que es consciente de que no puede interrumpir aquí como si estuviese usted en su casa.

A mi lado, María enrojecía de pura vergüenza y he de admitir que para mí no fue un momento agradable.

—Sí, soy conocedora de las normas que dictan la buena educación, pero el asunto que me trae hasta usted es de vital importancia y en cuanto se lo expongamos, entenderá mi proceder.

—Está bien, ya que está ustedes aquí, hablen.

—Verá, mi amiga María, aquí presente, hasta ayer era una de las más eficientes dependientas

en sus almacenes, concretamente de la sección de perfumería. He de decir que siempre que me ha atendido ella me he llevado a casa los más exquisitos y exclusivos perfumes de su catálogo —mentí—. Por lo que me hallo terriblemente consternada. Ayer la despidieron y no podrá volver a atenderme nunca más.

—Estoy seguro de que hay algún motivo.

—Sí, está embarazada— respondí, desafiante.

—Comprendo.

—Nosotras no, creemos que es totalmente injusto.

—Entenderá usted que el lugar de una madre está en casa, cuidando de sus hijos y su marido.

Noté cómo todas las venas de mi cuerpo se enervaban al tiempo.

—Una mujer puede hacer ambas cosas.

—Discrepo, señora.

Sabía que estaba todo perdido.

—Está bien. María vámonos. Escribiré un artículo para mi periódico con tu historia y así las clientas de este establecimiento conocerán su política de…

De sobra sabía yo que en el periódico nunca me dejarían publicar algo semejante, en los últimos tiempos debía limitarme a hablar de moda y belleza para atraer a las mujeres de nuestros lectores a nuestras páginas, pero había que intentarlo.

—Un momento —bufó el hombre, sorprendido—. ¿Es usted periodista?

—Sí, señor, de *La Correspondencia de España*.

Aquellas palabras debieron impresionarlo, ya que nos invitó a que tomáramos asiento de nuevo.

—Como comprenderán, no podemos readmitirla, pero quizás podamos llegar a algún tipo de acuerdo que nos satisfaga a ambas partes…

Evidentemente, no logré que María continuara en su puesto de trabajo, pero, por lo menos, logré que la indemnizaran y quiero pensar que removí conciencias. Aquello me hizo sentir tremendamente bien y abrió una nueva puerta en mi vida. Al principio fue solo una idea que, poco a poco, fue cobrando consistencia y, años más tarde, se materializaría en una licenciatura en Derecho.

En Madrid ocurrió algo fabuloso y sin precedentes en aquellos tiempos: la creatividad brotaba de cada rincón, las artes vivieron una época de expansión inigualable y yo tuve la gran suerte de vivirlo de primera mano. Estaba ante la generación de artistas e intelectuales más fecunda del siglo XX.

Una generación de mujeres se reveló, haciendo gala de un talento literario maravilloso: María Teresa León, Ernestina de Champourcín, Rosa Chacel, Concha Méndez, Josefina de la Torre, María Zambrano, Maruja Mallo, Marga Gil Roësset… pero como es costumbre, a la posteridad solo pasarán nombres de hombres como Federico García Lorca, Luís Buñuel, Salvador Dalí, Rafael Alberti o Luis Cernuda. La historia, hasta que no se complete, no será digna de llamarse historia. La que ahora llaman la Generación del 27 fue mucho más grande e importante de lo que la gente piensa, ya que en los libros falta una mitad. Yo tuve la suerte de vivir en primera persona toda esa eclosión intelectual y disfrutarla. Fueron años increíbles.

Mi mermado tiempo libre lo dedicaba a ir al teatro o a la ópera, pintaba, en ningún otro momento de mi vida he pintado tanto, pues todo lo que me rodeaba me inspiraba. Madrid rezumaba cultura allá donde estuvieses y te pedía a gritos que te unieras, con cualquier arte que dominases.

Asistía a números eventos sociales, conocí a escritores, filósofos y pensadores y también a las mujeres de las que se rodeaban, que tenían igual o más talento. Con muchas de ellas, formamos un club femenino, donde podíamos hablar de nuestro modo de pensar, sin escandalizar a propios y extraños.

En aquella época debías tener mucho cuidado con expresar tus opiniones abiertamente, todavía recuerdo las palabras de Carmen Burgos como si las pronunciara hoy: «Me da miedo un feminismo que tienda a masculinizar a la mujer, que viene acompañado de los delirios y desequilibrios de los que no supieron entender su verdadera significación».

El 15 de Junio de 1923, aparecí en la portada del *ABC*, tengo el recorte del periódico en casa. El día anterior, recibí la llamada de Paco, me invitaba a una cena en el hotel *Palace*, con la que se le iba a agasajar. Lo acababan de nombrar jefe del tercio de voluntarios. Le iban bien las cosas, ya era conocido como el teniente coronel Franco y la prensa estaba muy pendiente de él por sus hazañas en la Guerra del Rif. En aquella cena, se encontraban militares, aristócratas, periodistas… entre más de trescientas personas, yo era la única mujer, supongo que fue su forma de darme las gracias por salvarle la vida en África.

En ese momento, Miguel ya había dado el golpe de estado y dirigía el país. Más tarde, en 1925, acabaría con la Guerra del Rif mediante el Desembarco de Alhucemas. Sin la información que obtuve de Abd el-Krim, los días que pasamos juntos en su cabila, nunca lo habría logrado. Él lo sabía y yo también, pero jamás nadie encontrará referencia alguna en un libro de historia sobre este asunto.

—Margarita, quiero que me hagas un favor. Deseo que vayas a París, necesito que alguien me informe de lo que está pasando en Europa, no lo oficial, ya sé lo que todos los países quieren que creamos, necesito saber lo que ocurre de verdad —me dijo Primo de Rivera, en una de nuestras cenas informales.

—París me entusiasma, pero aquí ahora estoy bien, hago lo que me gusta.

—Lo sé, pero te recompensaré. Conoces gente y sabes cómo moverte, nadie te cerrará ninguna puerta.

—Si lo hago, si me marcho y consigo lo que necesitas, tendrás que prometerme una cosa.

—Lo que quieras.

—Me ayudarás con mi causa.

— ¿Tu causa?

—Las mujeres, Miguel, ya es hora de que dejemos de ser ciudadanos de segunda.

—Eso es muy osado.

—Muy osado fue ir a Marruecos a traerte información. Más que osado, fue una temeridad, ahora lo sé, ya no soy una muchacha ingenua con ganas de aventura. Te estoy hablando del futuro, que hay que empezar a construir ya, yo quiero formar parte de ese mañana.

Noté cómo se revolvía, incomodo, en su asiento, pero no me achanté, yo ya no era la jovencita manipulable que había partido a Marruecos rebosante de espíritu patriota. Él me había encomendado una misión y yo la había cumplido con creces. Ahora, si quería que volviese a ser su espía, tendría que pagar un precio.

—Margarita —claudicó con un suspiro—. ¿Qué es lo que quieres? Bastantes problemas tengo ya, como para meterme en esos asuntos de… mujeres.

—¿Asuntos de mujeres, has dicho? —me indigné, poniendo cara de espanto—. Mandaste a una mujer a hacer algo, que jamás hubiese podido hacer un hombre, a África, y ahora pretendes que te vuelva a hacer de espía.

—Pero tú no eres como otras.

—Y créeme que he pagado por ello —estallé—. Si naces mujer, la única opción para dejar de depender de tu padre es hacerlo de tu marido… ¿Crees que no hay mujeres brillantes,

inteligentes, llenas de talento? Te aseguro que las hay, pero no tienen ninguna oportunidad de demostrarlo.

—Puede que tengas razón, pero, ahora mismo, hay cosas más importantes…

—Para ti sí, no para mí, y puedo asegurarte que tarde o temprano se demostrará. En Inglaterra se ha conseguido que las mujeres con casa propia y mayores de treinta años puedan votar, y en Estados Unidos, gracias a la Decimonovena Enmienda, ya tienen derecho al voto en todos los estados. Esto solo es el principio, algún día conseguiremos formar parte activa del gobierno.

Miguel alzó las manos en posición defensiva, abrumado.

—¿Qué es lo que quieres?

—Ir a Estados Unidos, conocer a las mujeres que han llevado tan lejos el feminismo y aprender todo lo que pueda para traerlo aquí.

Él puso los ojos en blanco y me miró fijamente, pero estrechó mi mano con firmeza, habíamos llegado a un acuerdo. Por supuesto, no movería ni un dedo en su gobierno para alentar de alguna forma mi causa, pero, al menos, cumplió su palabra y me ayudó a ir a América, a cambio, naturalmente, yo sería también allí su espía.

—Está bien, cuando consigas lo que necesito, tienes mi palabra de que podrás partir y hacer las Américas, tendremos que buscarte una tapadera.

—Iré como periodista, en mi periódico estarán encantados de tener una corresponsal.

—Estados Unidos no es Marruecos, Margarita, si vas como periodista extranjera, vigilaran cada uno de tus movimientos. Necesitamos algo que pase totalmente desapercibido...

—Hay muchas cosas que se me dan bien, podría pasar por actriz, pintora…

—Eso es, nadie sospechará nada de una aristócrata española que busca hacerse un hueco en el mundo del arte, triunfarás como pintora al otro lado del charco.

—Está bien —reí—. Será divertido.

—Bueno, ya que hemos planificado el futuro, creo que deberíamos hablar del presente. He leído tu informe.

—¿Y bien?

—Me parece que te está afectando mezclarte con tantos republicanos. No debes olvidar que son los enemigos.

—Miguel, yo pienso por mí misma, que sean *tus enemigos* no significa que no pueda estar de acuerdo con ellos en ciertas cosas. La política no siempre es blanca o negra, es algo que los que estáis en el poder parece que no lográis entender. Yo hago mi trabajo, escucho, observo y te paso mis informes, pero de ningún modo puedes evitar que tenga una opinión propia.

—Debes tener cuidado, son gente peligrosa.

— ¿Solo porque te critiquen y no piensen como tú?

Miguel me miró con severidad. Comprendí que había llegado demasiado lejos. En Madrid era frecuente verme en los cafés donde tenían lugar charlas literarias o filosóficas, y sobre estas últimas debía realizar mis pesquisas. El directorio militar, dirigido por Miguel, consideraba peligrosos a filósofos y pensadores como Miguel de Unamuno o Vicente Blasco Ibáñez y yo debía confraternizar con ellos para vigilarlos, era mi trabajo, pero disfrutaba oyéndolos hablar y aprendiendo. En aquel momento, formaron parte de mis amistades, los apreciaba y los quería, muchas veces los protegí suavizando sus palabras y omitiendo ciertos hechos…

Vicente era una persona formidable, los dos éramos valencianos y eso nos unió mucho. Había triunfado en Hollywood con la adaptación de sus novelas, *Sangre y arena* y *Los cuatro jinetes del apocalipsis*, esta última protagonizada por el maravilloso Rodolfo Valentino. Él era el vivo ejemplo de la incomprensión y yo solía sentirme como él. La derecha no lo aguantaba por su ateísmo y su odio a la Iglesia, y la izquierda no soportaba que tuviese posesiones en la Costa Azul, siempre lo tacharon de incoherente, pero nadie lo entendía mejor que yo. Él triunfó con su trabajo y esfuerzo, consiguió su fama como escritor en Estados Unidos, algo que no tenía precedentes, ni creo que los tenga jamás. Ganó mucho dinero, pero no veo por qué eso tenga que entrar en contradicción con sus ideas republicanas. Vicente me inculcó su amor por el cine y me abrió muchas puertas en ese mundo, que me serían de mucha utilidad más adelante. Siempre lo recordaré diciendo: «El valor del tiempo está en relación con las facultades del que observa. Los días de viaje de algunos valen más que los años de otros».

En aquella época, maduré. Mi mente se abrió y tuve una nueva perspectiva de las cosas, seguía en un mundo de hombres, pero había aprendido a jugar según sus reglas, las dominaba y continuaría jugando para poder abrir mi propio camino. La igualdad entre hombres y mujeres era toda una utopía, pero se estaban dando grandes pasos y yo quería formar parte de ellos, había logrado ocupar un lugar privilegiado para hacerlo.

Cumplí con las órdenes de Miguel. Viajé a Paris y obtuve información sobre lo que se cocía en Europa, el mundo cambiaba cada vez más deprisa, era como si de repente todos sintieran la necesidad de deshacerse de lo viejo y abrazar las nuevas tendencias, tanto ideológicas como materiales, para avanzar y olvidar el fantasma de la guerra. La recuperación después de la Gran Guerra era evidente, originando que la economía se disparase y los mercados entrasen en una espiral de euforia sin precedentes, todo el mundo invertía y miraba al futuro con esperanza.

Construí una red de personas que me informaban puntualmente de todo lo que ocurría en Francia e Inglaterra, no solo en los altos estamentos, también entre las clases medias y bajas: los movimientos comunistas, socialistas y anarquistas cada día tenían más aceptación entre los obreros; y eso alentaba entre las clases medias y altas el temor a que estallara una revolución como la rusa, que provocase la caída de las democracias liberales.

Benito Mussolini accedía al poder en Italia y muchos miraban hacia allí, convencidos de que aquel modelo alejaría de sus vidas los aires rusos. Yo me movía con soltura, enarbolando mi título y estableciendo contactos que pudieran ser útiles a largo plazo. Quería acabar cuanto antes, estaba impaciente por comenzar el que presentía sería el viaje de mi vida, el que desde niña había anhelado, ansiaba conquistar América, ver en persona que todo lo que contaban en la prensa era real.



UN VIAJE INOLVIDABLE

AMÉRICA

En 1923, me embarqué en el viaje con el que había soñado toda la vida. Me imaginaba a mí misma, como tantos otros habían hecho ya, conquistando América. Como ya se puede hacer una idea, siempre me he tenido en gran estima y nunca dudé, ni por un segundo, de que me esperaba algo maravilloso.

En aquella época, desarrollé todo mi talento como pintora, no en vano había recibido clases del gran Joaquín Sorolla, gran amigo de mi padre. Evidentemente, nunca llegué a estar a su altura, soy consciente, pero me defendía bastante bien. Puede tener usted el talento más fabuloso del mundo, pero si no da con las personas adecuadas, no le servirá de nada. En ese ámbito, siempre he sido una afortunada, aunque he de decir en mi favor que, desde que tengo uso de razón, he sabido venderme bien.

En el barco rumbo a México, tuve la mala fortuna de coincidir con Indalecio Prieto, había coincidido con él en Marruecos y ya allí habíamos tenido nuestras diferencias. Es una de esas personas a las que, si no les bailas el agua, ya te hacen la cruz, y nosotros nos la habíamos hecho mutuamente, desde el principio. Cuando embarqué y me lo encontré a las pocas horas, paseando por la cubierta, no daba crédito. Me esperaban semanas viendo su oronda figura por el trasatlántico, así que decidí abordarlo a las primeras de cambio, para no tener que pasarme el viaje evitándolo.

—Don Indalecio, qué sorpresa, está usted en todas partes —saludé, pillándolo desprevenido,

—Señora baronesa… —respondió, besando mi mano educadamente y subrayando *baronesa* con cierto retintín, que no me pasó desapercibido—. Veo que usted tampoco se pierde una aventura.

—Ya conoce mi espíritu inquieto.

—México es un país increíble, ¿puedo saber el motivo de su visita?

—Soy periodista, al igual que usted, señor Prieto, nos mueven las mismas inquietudes.

—Naturalmente… Primo de Rivera estará muy interesado en las alianzas con el nuevo mundo, creo que son ustedes *conocidos.*

Aquel hombre no se esforzó, en ningún momento, en ocultar lo que pretendía decir entre líneas, su impertinencia había llegado demasiado lejos y no se lo iba a consentir.

—La ignorancia es muy atrevida señor mío, debería usted tener cuidado.

—Gracias por el consejo, baronesa, pero no suelo hablar sin conocimiento de causa. Sus *aventuras* son de sobra conocidas…

Aquello era demasiado hasta para mí. Giré sobre mí misma y dejé a mi interlocutor con la palabra en la boca. Aquel hombre no solo insinuaba, hablaba abiertamente de temas que no eran de su incumbencia y eso me ofendía profundamente.

Soy consciente de que ha disfrutado vilipendiándome desde entonces. Si ya nuestra animadversión era patente, cuando trabé amistad con uno de sus enemigos políticos declarados, Manuel Aznar, que viajaba en el mismo barco, se hizo más que evidente, pero nunca le perdonaré todas las mentiras que ha escrito sobre mí.

Es muy fácil meterse con una mujer y tacharla de fresca, aunque el mismo comportamiento en un hombre es considerado toda una hazaña, sobre todo cuando es alguien que esgrime sus argumentos con vehemencia. No considero que tenga que defenderme. Cuando Ricardo y yo dejamos de vivir juntos, dejé, en conciencia, de guardarle fidelidad, cosa que él nunca hizo conmigo y mucho menos después de que lo dejara. Soy profundamente católica, mi Virgen de los Desamparados siempre me acompaña y es a la que me encomiendo a diario, pero, por encima de todo, estoy yo, viviré siempre como me dicte el corazón y al único que tendré que rendir cuentas será al altísimo, cuando me llame.

Manuel Aznar me ayudó a llegar hasta el presidente mexicano, don Álvaro Obregón, al que retraté con mis pinceles. En agradecimiento a mis servicios, me regaló una cesta de flores y dos chihuahuas a los que podía llevar a todas partes por su pequeño tamaño, era maravilloso verlos corretear por todos lados. Siempre me han gustado los animales, en especial los perros, he tenido docenas, mucha gente lo considera una más de mis excentricidades… si tuviese que hacer caso a todo lo que dicen de mí, me volvería loca… como suelo decir: para que hablen mal de otra, que lo hagan de mí, que me es indiferente.

En mis años en Ciudad de México, colaboré con el periódico *Excelsior;* allí estaban hambrientos por conocer la vida en España y yo hacía las delicias de propios y extraños. Recuerdo lo acogedora que me resultó la ciudad, pese a su gran tamaño, me rendí ante su comida y sus gentes.

Mi fama aumentaba conforme pasaban los días y era invitada a numerosos eventos, nadie quería dejar escapar la oportunidad de conocerme. De allí pasé a Buenos Aires, donde escribía artículos para el periódico *La Prensa* y más tarde me marché a Cuba. El presidente, Gerardo Machado, quiso que le pintara un retrato y yo, naturalmente, no me hice de rogar.

Durante aquel tiempo, me sumergí en la cultura de Latinoamérica, me fascinaban sus costumbres, la huella de los españoles estaba allá donde miraras. Cultivé amistades allí donde fui, puse a mucha gente en contacto con Miguel. Él siempre me estuvo agradecido, aunque comenzaba a desgastarse, tanto él como su Gobierno y nuestra relación personal y laboral iba a la deriva.

Podría haber permanecido en América del Sur eternamente, me sentía como en casa y la gente era afable y hospitalaria, pero, como puede intuir, no soy una mujer que pueda permanecer mucho tiempo en un lugar, mi mente y mi cuerpo son inquietos por naturaleza, no puedo evitarlo. Imagínese el tormento que es para mí, verme hoy privada de libertad.

Había llegado el momento de pasar a Estados Unidos, me moría por conocer el país que siempre me había fascinado y la cuna de la que era una de mis pasiones, quería conocer Hollywood y a todas sus estrellas. De hecho, secretamente, siempre he ambicionado convertirme en una de ellas. Lamentablemente, nunca pudo ser, aunque sí que he actuado y producido algunas películas.

HOLLYWOOD:

1926

Mi amigo Vicente Blasco Ibáñez había triunfado en Hollywood con la adaptación al cine de su obra *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* y disfrutaba allí de una gloriosa fama. Trabajé a su lado en varios proyectos, incluso hice un cameo en una película. Gracias a él, tenía numerosos contactos en la meca del cine, pude conocer a Rodolfo Valentino, protagonista de la película, y a Antonio Moreno, quien preparaba la adaptación al cine de una de sus novelas *Mare Nostrum*. La prensa americana los había bautizado como los *Latin lovers*, ya que no había mujer que se resistiera a soñar con ellos.

No cabía en mí de la satisfacción de ver cómo los españoles eran admirados tan lejos de casa y los miraba con orgullo. Yo quería hacer algo así, brillar por mí misma y dedicarme a algo que me hiciera sentirme orgullosa, que me reportara cierta notoriedad… No es ningún secreto que soy una persona ambiciosa, aunque mucha gente lo considere un defecto, yo siempre he admirado a las personas que son capaces de hacer realidad sus sueños.

Antonio, un madrileño con un entrañable acento andaluz, ya que había pasado gran parte de su infancia en San Roque, triunfaba en el cine mudo como actor y director. Pasé una época como invitada en su casa, ya que me encargó dos retratos suyos para regalárselos a su mujer. Estaba casado con Daisy Canfield Danzige, toda una locura de mujer que organizaba las mejores fiestas a las que he asistido en mi vida. Su mansión de Silver Lake es la casa con la que uno sueña cuando se ve a sí mismo podrido de dinero. En aquellas fiestas, corría el champán, a pesar de la Ley Seca, y en ellas se podían encontrar tanto a actores consagrados como a aspirantes a la fama.

Alrededor de la piscina, se exponían toda clase de bebidas alcohólicas, como si fuesen obras de arte, para deleite de los asistentes. Allí fue la primera vez que me tomé un *Mulholland Drive*, bebida que se convirtió en una de mis favoritas.

En una de mis visitas al tocador en una de aquellas fiestas, me encontré a una muchacha que parecía algo molesta, soltando improperios en valenciano, lo que me llamó la atención y, naturalmente, no puede evitar acercarme a ella.

—Buenas noches, ¿necesita usted ayuda? —me ofrecí.

—Sí, por Dios. ¿Sería usted tan amable de ayudarme con esta cremallera? Creo que se ha roto.

—Descuide, yo me ocupo.

Recompuse la cremallera de mi interlocutora lo mejor que pude y para disimular el desaguisado, pues efectivamente se había roto, utilicé un fajín que era parte de mi propio vestido, pero que no necesitaba.

—Ya está, arreglado. Hasta que pueda llegar a casa y coserla, esto hará que no se note, además le queda perfectamente, la estiliza. Tiene usted una cintura preciosa, si me permite decirlo y debería usted realzarla, en vez de ocultarla. ¿Ve? Esto hace que resalte su pecho y su figura se armonice —apunté, señalándole su cuerpo, que ahora parecía mucho más esbelto.

—Bendita sea, no sé cómo agradecérselo. ¿Es usted española, verdad?

—Sí, valenciana, creo que usted también, por lo que he podido oír…

—Oh, disculpe mi lenguaje entonces, no suelo hablar así. Menos mal que estaba usted aquí, había decidido ya abandonar la fiesta. Ha hecho un trabajo formidable, ¿es usted modista o algo similar?

—No —reí—. Pero me entusiasma la moda y suelo escribir sobre en ella en algunas publicaciones. Me presentaré: Margarita Ruiz de Lihory, baronesa de Alcahalí., encantada.

—Concha Piquer, actriz y cantante, como casi todos los que pululan por aquí. ¡Qué gloriosa coincidencia haberla encontrado!

—Desde luego, no abundan los valencianos por aquí —bromeé—. ¿Está usted trabajando en alguna película?

—He trabajado en alguna cosa en el cine, un cortometraje sonoro —susurró, ya que, por aquel entonces, el cine sonoro era algo completamente novedoso y no todos en Hollywood lo veían con buenos ojos—. Con Lee De Forest, pero nada importante. Lo mío es el teatro. Actualmente, actúo en Broadway en una obra del maestro Manuel Penella, *El gato montés*, tiene usted que ir a verla, es formidable.

—No dude que lo haré.

—Margarita, perdone mi atrevimiento, sé que acabamos de conocernos, pero me ha caído usted muy bien y me vendría bien su ayuda.

—Claro, dígame.

—Me parece usted una mujer muy elegante y distinguida —suspiró—. Yo provengo de una familia humilde y hasta que no empecé a asistir a las fiestas de la alta sociedad, pensaba que vestía bien, pero quiero ser una mujer distinguida… como usted…

—No diga nada más mujer, estaré encantada de ir de compras con usted y le enseñaré algunos de mis trucos. Si quiere, podemos quedar mañana mismo.

—¡Sería estupendo, a mi hermana Anitín le encantará conocerla, estoy deseando llegar a casa para contárselo! —exclamó, emocionada.

—No tenga prisa, Concha, todavía queda mucha noche por disfrutar y sería una pena que se perdiera esta fiesta.

—Tiene usted razón, tómese una copa conmigo y seguimos hablando, estoy encantada de haberla conocido.

Al día siguiente, acudí a casa de Concha para almorzar antes de salir de compras, ella estaba preparándolo todo para regresar a Nueva York y había baúles esparcidos por toda la casa… una cantidad ingente de baúles. Pasamos unos días juntas, comprando, yendo a restaurantes y compartiendo confidencias, resultó ser una alumna aventajada, absorbía mis comentarios sobre productos de belleza, maquillaje, moda y normas de etiqueta de forma inigualable, y ponía en práctica todo lo que aprendía, rápidamente. Ella fue quien me convenció para que me trasladara a Nueva York.

Años más tarde, cuando decidió regresar a España, era una mujer que había depurado su estilo, estaba más segura de sí misma y ya estaba lista para ser toda una estrella también aquí.

NUEVA YORK

Concha me descubrió Broadway, donde ella era una gran estrella… ¡Y menudo descubrimiento! Aquello era distinto a cualquier otra cosa que yo hubiera conocido. Recuerdo la primera noche que pasé por *El gran camino blanco*, que era como solían llamar a la calle atestada de teatros por lo vistoso de sus luces, poblada de carteles relucientes. Fue sobrecogedor.

Las marquesinas de los teatros resplandecían en la noche, formando todo un espectáculo, anunciando las obras y a los actores que participaban en ellas. Era como entrar en otro mundo, uno mágico, donde cualquier historia era posible, por descabellada o inverosímil que pudiera parecer. Por las noches, era un hervidero de gente entrando y saliendo de los teatros, se podían ver funciones de todo tipo: dramas, revista, comedia… Realmente estaba entusiasmada y dediqué no pocas noches a sumergirme en aquellas representaciones tan bien cuidadas y producidas, que superaban mis expectativas fácilmente.

La noche que vi mi primer musical no se borrará nunca de mi mente, recuerdo lo excitada que estaba cuando traspasé las puertas del teatro Vanderbilt. *Una yanqui en Connecticut*, representada por Constance Carpenter y William Gaxton. Me hice adicta al género y procuraba no perderme ninguno de los que estrenaban… ¡Qué tiempos…! Nunca he vuelto a disfrutar así, me sentía una niña sin límites dentro de una tienda de dulces, jamás tenía suficiente, me faltaba tiempo para poder disfrutar de todas la obras.

En Nueva York, me instale en el Waldorf Astoria y comencé a colaborar con *El Diario Español*, un periódico editado en Nueva York para hispanohablantes. Enseguida corrió la voz de que una aristócrata española había llegado a la ciudad para retratar a lo más selecto de la sociedad y todos morían de ganas, porque su rostro surgiera de entre las cerdas de mis pinceles. Me invitaban a las fiestas más exclusivas y me codeé con las familias y personajes más importantes del país.

Me llamaron desde la mismísima Casa Blanca, para que fuera a Washington a retratar a John Calvin Coolidge, presidente, en aquellos momentos, de Estados Unidos. Entrar en aquel edificio tan solemne, me causaba cierto desasosiego, hasta entonces nunca había soñado con llegar hasta allí y las piernas me temblaban, me preocupaba no estar a la altura, pero nunca dejé que ni un atisbo de esos sentimientos se reflejara en el exterior. Todo fue muy protocolario y realicé mi trabajo de la forma más profesional posible. En ese ambiente todo el mundo guardaba las distancias, aunque el trato era exquisitamente educado.

Después de aquello, mi nombre estaba en boca de todo el mundo, mi notoriedad se disparó hasta cotas que jamás hubiese podido imaginar. En vista de que mi fama como pintora crecía imparable, comencé a organizar exposiciones de mis cuadros en los mejores hoteles, cuya acogida por el público fue inmejorable, vendía todo lo que pintaba, mi nombre causaba furor.

Los locos años 20… y tanto que locos, no se puede hacer una idea del ambiente que se respiraba por aquel entonces. Europa palidecía ante un Estados Unidos imparable, todo allí era nuevo y brillante. La gente quería vivir intensamente aquellos años y comprar de todo lo que habían carecido en su vida: automóviles, electrodomésticos… Nada era suficiente, si no se tenía

dinero, los bancos te lo prestaban gustosos. Estados Unidos producía y sus habitantes consumían, todo el mundo parecía feliz viendo el dinero correr.

Gané muchísimo dinero. Mientras me codeaba con la élite de la ciudad, descubrí uno de los anhelos de la alta sociedad americana: la historia. Aquel era un país nuevo y reluciente, pero las grandes familias habían emigrado de otros países para construirlo, apenas tenían raíces en aquella tierra, por eso les fascinaba la lejana Europa y todo lo que tenía que ver con ella: la literatura, la arquitectura, el arte… cualquier objeto que tuviese una historia detrás, era venerado y codiciado hasta límites insospechados.

Cualquiera de aquellas damas podía comprarse el último vestido confeccionado por el más afamado modisto francés, o el último modelo de automóvil que ofrecía el mercado, pero no tenían acceso a comprar objetos con valor histórico. Lo descubrí cuando una dama me ofreció una cantidad indecente de dinero por una de mis pitilleras, argumentando que ya que pertenecía a una aristócrata española era de un valor incalculable. Después de ese episodio, indagué entre otras damas para confirmar mis sospechas: aquella gente tenía una necesidad sin cubrir, y saber gestionarla sería mi siguiente objetivo.

No pude resistirme y comencé un lucrativo negocio de venta de antigüedades, que hizo mucho más que florecer y superó todas mis expectativas. Las grandes damas pujaban por cualquier objeto que viniese de la exótica Europa, mucho más si, alentadas por mis comentarios, sospechaban que pudieran haber pertenecido a María Antonieta o a la casa de los Habsburgo. Sé que hice mal en algunos casos y alenté historias que no eran verídicas sobre ciertos artículos que vendí, pero no podía resistirme al ver aquellas caras extasiadas por poseer abanicos, joyas o mitones de rancio abolengo. Todos ganábamos, yo las hacía felices y ellas a mí, rica.

Mis familiares en España buscaban objetos antiguos en mercadillos y rastros, que me enviaban constantemente y que yo vendía por una cantidad que cuadruplicaba, en muchas ocasiones, su precio en España. Era un negocio redondo, como suele decirse. Incluso llegué a negociar con algunos traperos españoles que vieron como su negocio florecía gracias a mí, todo fluía a las mil maravillas.

Fue mi época dorada, viví como una reina, sin privarme de nada, asistí a las mejores fiestas, comí en los mejores restaurantes y conocí los más exóticos lugares que se pueda imaginar. Alternaba exposiciones de pintura con recitales de piano y charlas sobre feminismo, a eso fue a lo que me dediqué esos años, principalmente.

Aborrezco a las mujeres que no saben hacer otra cosa que compadecerse de sí mismas, culpan al mundo de sus desdichas, sin hacer nada por remediarlo, al tiempo que admiro profundamente a las que se hacen fuertes ante la vicisitudes y no dudan en enfrentarse a la vida tal y como son. Como ejemplo de esto último, tuve el placer de conocer, en un *dancing tea* del Arcadia, a Zelda Sayre, uno de esos ejemplos de cuan injusta es la fama con el talento femenino. Mientras todo el país leía con avidez las novelas de su marido y lo encumbraban a lo alto del estrellato literario, los escritos de Zelda no alcanzaron nunca la repercusión que se merecía. De hecho, ella colaboraba con muchas publicaciones, pero para lograr que le pagaran debía firmar los artículos con su esposo, aunque este no hubiese escrito ni una coma del mismo. No me malinterprete, yo no digo que Scott Fitzgerald no sea buen escritor, yo misma he leído *El gran Gatsby* varias veces y me ha sobrecogido. Aquel libro fue el encumbramiento de Scott al estrellato, de cuyo éxito disfrutaba el matrimonio cuando los conocí, pero créame: el genio era ella.

Una noche, en la que habíamos asistido a un club clandestino y el alcohol corría a raudales por nuestras venas, Zelda me confesó su frustración, ninguno de sus escritos estaba teniendo la consideración que ella esperaba.

—¡Oh, querida! Jamás podré salir de la sombra de Scott, es alargada y densa, cada vez más poderosa, cada día más intensa.

—No puedes darte por vencida, has de seguir luchando. Tienes talento, un inmenso talento, lo que escribes tiene alma, y eso es muy complicado de encontrar.

—Nunca lo consentirán, el mundo literario está vetado para nosotras.

—Lo sé, ese y muchos otros, pero cambiará, estoy segura de que algún día las cosas serán de otra forma, aunque para que eso suceda tengamos que dejarnos la piel en reclamar nuestro lugar.

—Scott nunca lo consentirá, jamás dejará que mi carrera despegue.

—No puedo creerlo, él tiene contactos, su editor podría echarte una mano.

Zelda abrió mucho los ojos y soltó al cielo una estruendosa carcajada.

—Mi querida baronesa, mi marido es un hombre celoso, sobre todo de mi talento. Él tiene un tesoro en casa y hará todo lo posible para que nunca salga a la luz —dijo, con una mueca en la cara, entonces se acercó hasta mi oído y susurró—. Los párrafos más aclamados de sus obras, han salido directamente de mis diarios.

Sus palabras tuvieron la capacidad de devolverme a la realidad y que la nebulosa que se extendía a mí alrededor, provocada por el alcohol, se dispersara. Le pregunté a Zelda, en otras ocasiones, sobre lo que me había confesado, pero ella nunca lo admitió, creo que de algún modo, se sentía avergonzada por proferir sobre su marido aquella acusación tan dura, pero siempre he sospechado que era cierta.

Juntas quemamos Nueva York en multitud de ocasiones, cerca de Zelda siempre corría el alcohol y las situaciones más divertidas, era locuaz e ingeniosa, lo que hacía que mucha gente compitiera por su compañía. Compartí con ella fiestas y cenas, brillaba con luz propia sobre todos los demás, era la auténtica *flapper*, la genuina, la reina de los años 20 de Nueva York, enseguida me conquistó. Me mostró los mejores clubes de jazz privados y los más selectos restaurantes, era un torbellino de diversión.

Llegó incluso a cambiar mi estilo. Me llevó al 691 de la Quinta Avenida, allí, tras una puerta roja, descubrí el auténtico paraíso de la belleza: Florence Nightingale Graham era una mujer que se había hecho a sí misma y que había creado un imperio desde la nada, Elizabeth Arden, con ese nombre conquistaría el mundo. En su salón de belleza, podías recibir tratamientos de todo tipo, además de masajes, toda una novedad en aquellos tiempos. Fue la primera vez en mi vida que oí hablar de la importancia del tener una piel limpia e hidratada, aquello era un filón para mis artículos y me preocupé por tomar buena nota de todo lo que aprendí, al salir de allí, te sentías como una mujer completamente nueva.

Después de un tiempo, tuve que alejarme de aquel ambiente que rodeaba a los Fitzgerald. Yo era mayor que Zelda y aquel modo de vida comenzaba a pasarme factura. Nadie puede vivir en una fiesta perpetua de excesos y salir indemne.

Una tarde, mientras me preparaba para asistir a la ópera, recibí una llamada de la secretaria de un marchante de arte que estaba muy interesado en realizar una exposición con mis cuadros, en Boston. El retrato del presidente constituía un estupendo reclamo y muchos se interesaban por mi talento después de aquel encargo.

Me emplazaba a una semana más tarde, para comer y cerrar todos los detalles, así que, dos días después, llegaba a Boston y me instalaba en el Hotel Brunswick, en un frío otoño en el que un cielo amenazador me daba la bienvenida.

Puede que no sea la mejor pintora, ni escritora, ni pianista y mi talento no esté a la altura del de los grandes genios de estas artes, pero siempre he creído en mí, y he sabido venderme como la mejor, ese es otro tipo de talento que me ha llevado siempre muy lejos.

Convenimos en quedar a comer en The Palm, un restaurante de comida italiana, que, al parecer, era la comida favorita de mi interlocutor. Agradecí poder protegerme del gélido otoño bostoniano en el cálido local. Un hombre entrado en carnes, de rostro afable, me dio la bienvenida al mismo tiempo que tomaba mi abrigo.

—Buenos días, me espera la señorita Wilson y el señor Moore.

—Por supuesto, acompáñeme.

Amy Wilson era una mujer menuda, pero su determinación provocaba que enseguida te olvidases de su talla, era elegante hasta en el modo de moverse.

—¡Baronesa, es un honor! —Saludó, cuando llegue a su altura—. No sabe las ganas que tenía de conocerla.

—El placer es mío, señorita Wilson.

—Siéntese, por favor, mi jefe no tardará en llegar. Está entusiasmado con su exposición, estamos seguros de que será un auténtico éxito, todo el mundo quiere conocer a la misteriosa aristócrata española que ha pintado presidentes por toda América, es muy exótico.

No pude reprimir una carcajada, realmente aquella mujer no podía ocultar su entusiasmo y aquello me halagaba, mis esfuerzos para promocionarme comenzaban a dar sus frutos.

—Es usted muy amable.

—No todos los días se conoce a pintoras como usted, que han retratado incluso a Antonio Moreno y a otras estrellas de Hollywood. Como entenderá, el comienzo de la muestra estará dedicado a ellos, tiene que contarme cómo son. ¡Oh, Margarita! Créame, para mí es un privilegio compartir mesa con usted, es usted brillante.

Asentí a modo de afirmación, estaba encantada con aquella mujer que me regalaba los oídos y no quería que parara de adularme. Sí, soy terriblemente vanidosa.

—Evidentemente, también nos interesan los cuadros religiosos: los ritos litúrgicos o los pasajes bíblicos… son fascinantes, he encontrado algunas semejanzas con el maestro Sorolla, tengo entendido que estudió usted con él.

—Sí, siempre ha sido amigo de la familia, lo conozco desde niña.

—¡Fabuloso! —exclamó, mientras aplaudía—. Hemos reservado el hotel Brunswick desde el 15 de diciembre, uno de los mejores hoteles de la ciudad. Organizaremos la exposición a partir del 28, ese día tendrá lugar la gran inauguración, me encargaré de que la alta sociedad de Boston

tenga, en breve, su invitación, aunque por lo que veo, ya tiene usted algún que otro admirador aquí —lanzó, mientras su rostro se iluminaba por una amplia sonrisa llena de complicidad.

—Perdone, ¿cómo dice? Creo que no la he entendido bien, mi inglés es bastante bueno, pero a veces confundo algunas palabras.

—No se dé la vuelta, pero el señor Ford no ha dejado de mirarla desde que entró al restaurante.

—Disculpe, ¿quién?

Yo estaba encantada con aquella mujer y todo lo que decía, apenas había prestado atención a mí alrededor, aun así, no pude evitar girarme y ver cómo un hombre mayor que yo, y elegantemente vestido, asentía hacia mí a modo de saludo, descolocándome por completo. Yo sonreí levemente como respuesta y me concentré en mi interlocutora, intentando borrarlo de mi mente, no deseaba perderme ningún detalle de la exposición y no quería distracciones.

—El señor Henry Ford, el de los coches —explicó, como si no diera crédito a mi desconocimiento.

—No, lo siento, no tengo el gusto —repliqué, algo molesta, solo quería hablar de la exposición y de mis cuadros, todo lo demás me daba igual, me había costado mucho llegar hasta allí y no podía ver más allá, ni me interesaba.

—Al menos, sus coches sí los conocerá…

En ese momento caí en la cuenta… claro Ford, aquellos automóviles que estaban por todas partes, yo misma había conducido un Ford T. Esos coches eran lo último, modernos y asequibles para muchos bolsillos. A mí me habían llamado la atención porque tenía el volante a la izquierda, toda una novedad.

—Por supuesto, no sabía que era de Boston.

—El señor Ford es de Detroit y allí está su compañía, pero actualmente, también se dedica a la política y es frecuente verlo por aquí.

—Entiendo.

En ese momento, llegó hasta nuestra mesa el señor William Moore, que hizo que nos centráramos de nuevo en el objeto de la reunión y nos olvidásemos completamente de Henry Ford.

La exposición fue un éxito y gracias a ella vi multiplicada mi fama. La alta sociedad de Boston me abrió sus brazos y con ella amplié mi negocio de venta de antigüedades; abarcaba desde Washington hasta Boston, con centro neurálgico en Nueva York, donde estaba encantada de vivir, aquella ciudad nunca dormía, siempre había mil cosas que hacer.

Regresé a Nueva York para la Navidad y mandé a mis hijos dos baúles llenos de juguetes y ropa, estarían encantados cuando los abriesen el día de Reyes, que allí no existía. Siempre me encontraba rodeada de gente, me invitaban a fiestas constantemente, pero aun así echaba de menos a mi familia. Muchas veces estuve tentada a regresar, pero no podía renunciar a todo lo que estaba construyendo, en España no tendría las mismas oportunidades.

Había ido a América y había ayudado a Miguel en las relaciones con distintos países de Sudamérica, había cumplido mi promesa. Las noticias sobre su Gobierno no eran muy halagüeñas y es cierto que, cuando pasé a Estados Unidos y comencé a labrarme un nombre y un futuro allí, perdí el interés por él. Ahora era una pintora reputada y tenía un boyante negocio de venta de antigüedades, vivía rodeada de lujos y era capaz de mantenerme a mí misma y de mandar a España dinero suficiente para que la educación de mis hijos fuese exquisita. Era feliz. Me sentía poderosa.

Había ido a Estados Unidos a conocer a las mujeres que lo estaban revolucionando todo y lo hice. Acudía frecuentemente a charlas feministas y participé activamente en sus clubs, me impregné de su espíritu combativo por la lucha de la libertad, con ellas me sentía como pez en el agua.

Un día, concluía el almuerzo en el restaurante de mi hotel cuando el camarero se acercó a mí, tendiéndome una nota. El hombre me dijo que estaba invitada por un caballero que había tenido que marcharse apresuradamente, pero que había dejado instrucciones para que me entregaran aquel papel.

Como siempre, está usted arrebatadora,
aría un gran honor si cenara conmigo,

pero esta noche en su mesa.

Enseguida alcé mi cabeza, buscando al hombre que me había dejado la nota, pero no había rastro de él.

—Disculpe —llamé al camarero—. ¿Sabría usted decirme el nombre del caballero que le ha dejado esta nota para mí?

—Por supuesto señora, se trata de Henry Ford, es cliente habitual, suele venir a Nueva York por negocios.

—Entiendo, muy amable.

Me pesaba más la curiosidad que las ganas de compartir mesa y mantel con aquel caballero, pero era la oportunidad de conocer a uno de los hombres más importantes de la industria norteamericana, con todo lo que ello implicaba: contactos. Si hay algo que cuenta en esta vida, son las personas que conoces. Realmente, el mundo lo mueven unos pocos, cuanto más alto mires, menos son, y si tienes acceso a ellos, tienes cualquier propósito mucho más cerca del éxito.

Subí a mi suite y saqué todo el arsenal de productos que había adquirido en el salón de belleza de Elizabeth Arden, cogí de un armario varios vestidos para probarme y mis mejores joyas, tenía que dejar claro que yo no era una cualquiera. A medida que el tiempo pasaba, mi expectación crecía. Cuando consideré que mi aspecto era perfecto, bajé al comedor y el *maître* me acompañó a mi mesa vacía.

Para templar los nervios que se agolpaban en mi garganta, pedí una copa de vino de Jerez, el único alcohol que se podía servir en restaurantes que no fuesen clandestinos por la infame Ley Seca, ya que se argumentaba que su exportación era para fines medicinales y religiosos, por fortuna para mí. Más de una noche el Jerez me salvó de no morir hastiada por el aburrimiento.

Mi acompañante llegó precedido de un rumor de voces en la sala, eso era, sin lugar a dudas, síntoma de su importancia, lo que hizo que creciera en mi pecho una profunda admiración instantánea. Evidentemente, él era consciente de la expectación que creaba su presencia y no se escondía, iba a cenar con una mujer extranjera y los rumores y habladurías se extenderían como una plaga sin control, pero daba la sensación de que poco le importaban, intuí que no era la primera vez que hacía algo semejante. Había preguntado y sabía que estaba casado y tenía un hijo.

—Buenas noches, baronesa, disculpe la espera, pero me han entretenido más de la cuenta en una reunión. Henry Ford —explicó, tendiéndome la mano.

—Encantada, no se preocupe, lo entiendo. Veo que no es necesario que me presente.

—No, su fama la precede.

—No debe exagerar usted, señor Ford, tampoco soy tan famosa.

—La fama es algo sobrevalorado, pero sí lo es, sus cuadros son magníficos.

—Gracias, lo mismo diré de sus automóviles.

—Ese es mi objetivo.

—No solo ha revolucionado usted la forma de moverse, ha dado a las mujeres libertad, cada vez son más las que se atreven a conducir gracias al Ford T.

—Sí, el Ford T…—suspiró, con pesar.

—Ha conseguido usted reducir tanto los costes que cualquiera puede comprar uno.

—Esa era la idea, pero, como todo, está condenado a desaparecer para que surjan nuevos modelos, más modernos. El mundo avanza muy deprisa, querida amiga.

No comentaré que pasó entre Henry y yo. Por mucho que a muchos les cueste creerlo, soy una dama y seré leal hasta la muerte a mis amistades, pero le diré que guardo como un tesoro un collar de perlas que me regaló, tan largo que cualquier niña podría saltar con él a la comba. Una de las veces que salí en el *New York Times* lo llevaba puesto, siempre que veo el recorte del

periódico no puedo evitar sonreír. Llevaré conmigo su mirada intensa hasta que muera; esa mirada que tienen los hombres sabedores de que han conquistado el mundo. ¿Acaso la vida no se compone de esos deliciosos tesoros?

Cuando la vanidad te pica, emponzoña todos tus pensamientos haciendo que tu ansia de notoriedad se vaya multiplicando exponencialmente, incluso tiene el peligro de que te olvides de todo lo demás y quieras dedicar tu vida por entero a adorarla. Demasiado bien lo sé, me he visto a mí misma atrapada en sus redes en numerosas ocasiones. Solo ahora lo veo claro, cuando puedo repasar los sucesos pasados desde la perspectiva que da el tiempo, para comprender cómo y por qué se sucedieron los hechos y cómo actué yo en consecuencia.

Nueva York era una ciudad dinámica, activa, como ninguna otra. En 1928, la gran noticia era Wall Street, en apenas doce meses la bolsa había subido un cincuenta por ciento. Era un concepto abstracto. Hasta ese momento, para hacer fortuna tenías que producir algo y crear la necesidad para que la gente lo comprara, o invertir en propiedades inmobiliarias y esperar años a que se revalorizaran, pero con este nuevo modelo no hacía falta dedicarse a nada en concreto, cualquiera podía hacerlo y ganar una fortuna. De vez en cuando, en alguna cena, te encontrabas a algún iluminado que te explicaba el funcionamiento de los mercados. Si he de ser franca, yo nunca lo entendí.

Nueva York era una ciudad dinámica, activa, como ninguna otra. En 1928, la gran noticia era Wall Street, en apenas doce meses la bolsa había subido un cincuenta por ciento. Era un concepto abstracto. Hasta ese momento, para hacer fortuna tenías que producir algo y crear la necesidad para que la gente lo comprara, o invertir en propiedades inmobiliarias y esperar años a que se revalorizaran, pero con este nuevo modelo no hacía falta dedicarse a nada en concreto, cualquiera podía hacerlo y ganar una fortuna. De vez en cuando, en alguna cena, te encontrabas a algún iluminado que te explicaba el funcionamiento de los mercados. Si he de ser franca, yo nunca lo entendí.

La gente pedía préstamos para comprar acciones y especular, todo el mundo ganaba dinero. Todos, desde grandes empresarios hasta padres de familia, atraídos por el dinero fácil. Yo caí como todo el mundo. Ahora es fácil pensar que aquel no era un modelo sostenible, pero por aquel entonces, si no invertías tu dinero eras un lerdo, no estabas aprovechando una gran oportunidad, y nadie quería serlo.

La venta de mis cuadros había quedado relegada a segundo plano y casi todos mis ingresos procedían de la venta de antigüedades que mis conocidos me mandaban de España. Cualquier cosa encontrada en rastrillos, anticuarios o chatarreros multiplicaba su valor al cruzar el charco. Los estadunidenses estaban hambrientos de historia y compraban ávidamente todo lo que yo les ofrecía. Sí, más de una vez adornaba las ventas con historias inventadas sobre su procedencia que, evidentemente, no podía demostrar, pero así son los negocios y aquel era demasiado lucrativo para dejarlo pasar.

Nunca he tenido miedo al fracaso, esa ha sido mi gran fortaleza. Me he embarcado en todo tipo de aventuras, sin ninguna garantía de éxito, pero no me han provocador temor alguno, todo lo contrario, me ha embargado la emoción con cada nuevo reto y creo que, durante toda mi vida, he sido adicta a esa sensación, la de emprender cosas nuevas, esforzarme en llevarlas a cabo y lograr mis objetivos. Si uno persigue lo que quiere con ahínco, y no se deja arrollar por las dificultades, al final conseguirá su meta.

Estaba donde siempre había soñado, y ganaba cuantiosas sumas de dinero con cada venta, por lo que comencé a invertir en bolsa, todo el mundo lo hacía… era tan sencillo… cada semana los números bailaban en una danza maravillosa siempre al alza, multiplicando vertiginosamente mi dinero, las cifras mareaban, me cubrían de la seguridad que da el dinero. El ambiente era cálido, feliz, todo el mundo consumía, los almacenes estaban abarrotados, los restaurantes a rebosar, era difícil encontrar modistos para un imprevisto, el dinero fluía y cambiaba de manos con frenesí. El fantasma de la Gran Guerra había quedado sepultado y la necesidad de vivir intensamente y lo mejor posible, conquistaba nuestros corazones.

Todavía tengo pesadillas con aquel jueves, 24 de Octubre de 1929. Salía de mi hotel frente a Central Park, camino de Macy´s, unos grandes almacenes donde compraba frecuentemente ropa y otras cosas a mis hijos, para luego enviárselas a España, cuando un gran estruendo me paralizó. Apenas unos metros delante de mí, un hombre se había precipitado y ahora yacía inerte en la acera ante la estupefacción de los transeúntes. Su cuerpo estaba desparramado sobre los adoquines, cubierto de sangre. Por un segundo, no pude apartar la vista del dibujo que la sangre

hacía, cientos de líneas rojas salían disparadas del cadáver como fuegos artificiales. Fue terrible, no puedo quitarme de la mente la visión de sus restos mortales, he visto muchos muertos en mi vida, pero aquello fue horrendo. De repente, me encontraba indispuesta, las manos me temblaban y todo se nublaba a mí alrededor. Solo recuerdo el caos, la gente gritando por las calles, las protestas, los insultos…

Aquel jueves negro la bolsa se desplomó y mucha gente lo perdió absolutamente todo. Los días que siguieron, los recuerdo silenciosos y llenos de temor, nadie se separaba de la radio en busca de alguna noticia esperanzadora, pero el Dow Jones no paraba de caer. El presidente hizo un comunicado oficial en el que algunos vieron un poco de luz para mantener la confianza, pero a medida que los mercados evolucionaban, todo caía y caía hasta niveles nunca vistos. Todo el mundo quería vender sus acciones y estas, cada vez, valían menos.

Las empresas perdieron todo su valor, los brokers quebraban al mismo tiempo que sus clientes se arruinaban, la gente de a pie que tenía acciones había perdido su dinero y quienes habían pedido créditos para poder comprarlas, estaban endeudados hasta el fin de sus días. El temor se extendió estrangulando aún más la economía, los consumidores, que hasta ese momento compraban desaforadamente, dejaron de hacerlo, lo que propició que el paro creciese en las fábricas, la desconfianza llegó hasta Europa haciendo caer las bolsas de Berlín, Paris y Londres… Estábamos a las puertas de una crisis catastrófica.

Yo perdí todo lo que había invertido, aunque me quedaban algunos ahorros que había guardado. Mi plan era recomponerme y seguir con el negocio, pero rápidamente me di cuenta de que ya no tenía clientes a los que vender mis artículos. Las fiestas terminaron, las reuniones sociales... Cualquier atisbo de alegría estaba siendo sustituido por una capa gris de austeridad. Mucha gente se concentró en sobrevivir al día a día, ya nadie apostaba por invertir en nuevos negocios, ni en cosas que no fuesen básicas.

Me estaba replanteando regresar a España, cuando un telegrama hizo que corriera a preparar mi equipaje: mi querida abuela había muerto.

El viaje de regreso fue penoso. Estaba desolada, adoraba a mi abuela y no podía apartarla de mi mente. Me dejé arrastrar por el desánimo que cundía allá donde miraras, me despedía de una vida a la que jamás volvería. Había cumplido mis metas y mis añoranzas, mis sueños se habían hecho realidad y habían desaparecido entre una nebulosa de pesar y angustia. Entonces pensé que eran los peores días de mi vida, no sabía lo que estaba por llegar… nadie lo sabía.

Llegué a una España convulsa, Miguel se había exiliado en París y, al poco tiempo, había muerto a causa de su diabetes, era 1930. Supuse que en Valencia poco tenía que hacer, la gente seguía chismorreando a mi paso, ahora si cabe con más ahínco. Reconozco que llamaba la atención, había traído conmigo cosméticos, ropa y accesorios que me hacían parecer mucho más sofisticada que cualquiera que se cruzase conmigo. Las habladurías sobre mi estancia en América recorrían calles, cafés y cualquier establecimiento en el que hubiese más de una persona. «A saber que ha hecho esa allí», decían. Cualquiera con un poco de imaginación contaba historias que hacían que mi estancia en Marruecos, rodeada de infieles, palideciese.

Mi abuela había dejado, entre otras posesiones, un palacete en Barcelona. Vi una oportunidad única de alejarme de nuevo de las lenguas viperinas que me rodeaban y convencí a mi madre para que nos trasladásemos allí con los niños. En un principio, ella se negó en rotundo, estaba demasiado acomodada en su casa, con sus amigas y con sus obras de caridad, pero le dije que sería algo temporal y una oportunidad fantástica para retomar el contacto con nuestra familia allí.

Margot, a sus veinte años, ya era toda una mujer, era una criatura piadosa y caritativa que no opuso resistencia a nuestra marcha, lo contrario que el resto de mis hijos, que no querían abandonar sus amistades, algunas de las cuales no eran de mi agrado. Entiendo que en gran parte fuese culpa mía, yo enviaba dinero constantemente, pero no estaba con ellos para educarlos y guiarlos en la vida, lo comprendí demasiado tarde para arreglarlo… de aquellos polvos vienen estos lodos.

En Barcelona, nos instalamos en el palacete familiar pocos meses antes de que se declarase la Segunda República. Mi madre puso el grito en el cielo, lloraba por los rincones por el fin de la monarquía y clamaba a todas horas que el mundo se venía abajo. Yo vi dos sueños realizados de golpe: las mujeres podíamos votar y, después de tantos años, podía divorciarme de Ricardo, algo que me faltó tiempo para hacer.

La Ley era clara, pero había pocos abogados dispuestos a ayudar a una mujer a divorciarse. Me matriculé en Derecho y, dos años más tarde, ya tenía el título con una media de sobresaliente. Estudiar para ser abogada era solo cuestión de memorizar cientos de leyes y comprenderlas medianamente. No tenía que tener demasiado contacto con mis compañeros o mis profesores como ocurría en Medicina. Me sentaba al final de las clases, cuidándome de no llamar la atención, y nunca intervenía aunque conociera las respuestas o tuviera alguna aportación importante que realizar. Había aprendido la lección anteriormente y la discreción era la mejor estrategia para una mujer en la universidad.

Con mi licenciatura en la mano, entré a formar parte del Consejo Superior de Protección a la Infancia, viajé por Francia, Suiza y Estados Unidos investigando y reuniendo apoyos para construir hospitales, escuelas y orfanatos para niños. No voy a proclamar ahora que era todo

esfuerzo, alternaba estos viajes de trabajo con los de placer, me gustaba ir a la Costa Azul donde volví a coincidir con el matrimonio Fitzgerald, a Biarritz, Baden Baden, al Carnaval de Niza o al Grand Prix de Montecarlo, allí se reunía la flor y nata del mundo.

Busqué trabajo como abogada con mi flamante licenciatura bajo el brazo, algo que pudiera compaginar con mi trabajo en el Consejo, pero me sirvió de bien poco. Ni siquiera mis contactos fueron de ayuda, nadie quería una jurista mujer, unos por no tomarme en serio, otros por no fiarse directamente. Lo bueno fue que el título me sirvió para seguir litigando con mi hermana por el título de mi padre y por la herencia de mi abuela, que ella no quería compartir. Más adelante, comprendí que era mejor que me defendiese un hombre, al menos de cara a la galería, ya que el paternalismo y los prejuicios con los que me trataban los jueces hacían que pocos estuviesen dispuestos a fallar a mi favor.

Mi conocimiento de varios idiomas también me sirvió para dar clases en un instituto de secundaria, pero he de confesar que este trabajo me aburría mortalmente. No he nacido para realizar quehaceres rutinarios, enseguida me siento como un león enjaulado. Había pasado ya los cuarenta, pero tenía tantas ganas de aprender y de experimentar como cuando era una niña y nunca admití mi auténtica edad, siempre me quitaba años de encima. Yo no soy como esas mujeres que se abandonan al casarse o cuando tienen hijos y se olvidan de sí mismas, vestía a la moda y me esforzaba en cuidarme, aunque me quitaba siempre más de cinco años, nadie lo notaba.

Por aquel entonces, mi amigo Miguel Maura, que pertenecía al Gobierno provisional de la Segunda República se puso en contacto conmigo, para que trabajase con él en la redacción de un programa de orientación feminista. Siempre había soñado con la oportunidad de aportar mis conocimientos y trabajar para el progreso de la mujer en mi país y la Segunda República me permitió hacerlo.

Nadie como yo entendía a Miguel, él también venía de una familia conservadora, su padre, Antonio Maura, había sido, en varias ocasiones, ministro durante el reinado de Alfonso XIII y muy poca gente en su entorno entendía cómo apoyaba la recién creada República con tanta vehemencia. Al igual que yo, era un idealista y aunque le horrorizaba, como a mí, el trato del Gobierno al clero y a la Iglesia, había cosas por las que siempre habíamos luchado que comenzaban a materializarse: se empezaban a oír voces, cada vez más consistentes, que denunciaban la discriminación de las mujeres, tanto en el terreno laboral como el familiar. Ver aquellos avances me hacía sentir cierto orgullo. El camino era sinuoso, pero por lo menos lo habíamos encontrado.

Una persona no puede desprenderse del lugar donde nace como si se quitase una camisa, va a condicionar en gran medida lo que eres y lo que piensas. Siempre me he enorgullecido de pertenecer a la aristocracia y soy muy consciente de que he disfrutado de sus privilegios. He sido toda mi vida monárquica y patriota, pero eso no me ha impedido nunca sentirme atraída por mentes inteligentes, aunque no pensaran como yo, he admirado a personas contrarias a mi ideología y gracias a ellas, he crecido como persona. Cualquiera que se obceque en otra cosa, se perderá muchas cosas en la vida.

Me convertí en una feminista muy activa, publicaba artículos en diversas publicaciones constantemente sobre todo lo que había conocido en América, allí las mujeres disponían de mucha más libertad y esa era nuestra lucha. No podíamos dejar que nuestros derechos en la

sociedad se equipararan a los de un niño o a un loco, como hasta entonces. Me frustraba, sobre todo, la inacción de muchas mujeres, a las que parecía no importarles todo aquello.

—Eres una agitadora, Margarita, todo esto no te traerá más que problemas —este era el comentario más recurrente que me dedicaban.

Comprendo que los hombres estén encantados, tienen una persona que se ocupa de que todos los problemas domésticos se solucionen, como por arte de magia; tienen todo su tiempo y energía para formar parte del mundo, pero ellas… jamás entenderé cómo pueden verlo como algo natural, es intolerable. Me criticaban, me veían como una excéntrica, ellas podían acomodarse con sus vidas sin ninguna ambición y resignarse, yo no. Nunca he sabido si ha sido un don o una maldición.

Una de las alegrías más grandes de vivir en Barcelona fue reencontrarme con mi amiga Isabel Llorach, a la que había conocido en mi luna de miel en París. Isabel había multiplicado sus actividades de mecenazgo y por su palacio de la calle Muntaner pasaban artistas e intelectuales de todo tipo a los que tuve el gusto de conocer: Josephine Baker, Carlos Gardel, Nijinsky, Pablo Picasso, Albéniz, Granados…

Una tarde, mi madre se encontraba tomando café con una de sus amigas en el saloncito de nuestra casa, yo pasé por la estancia, camino de un pequeño despacho donde tenía todas mis cosas, cuando llamaron mi atención:

—¡Hija! Descansa un segundo y siéntate con nosotras un rato —me gritó, mientras le susurraba a su amiga—. Margarita no tiene remedio, siempre con prisa, va de un lado para otro sin parar, te puedo asegurar que es agotador estar al tanto de sus idas y venidas, Carmen.

—Buenas, madre. Señora Belloch, es un honor tenerla en casa. Lo siento, madre, pero no tengo demasiado tiempo, he de escribir un artículo y esperan que lo entregue esta misma tarde.

—Haz el favor de sentarte y probar estas pastas que ha traído Carmen, no seas maleducada.

—Está bien —cedí, calculé que tardaría menos tiempo si claudicaba, que si seguía llevándole a mi madre la contaría—. Unas pastas exquisitas, señora Belloch —dije, mientras me metía una en la boca con el objeto de aligerar el tiempo que iba a perder, suponía que enseguida las dos mujeres se sumergirían en los habituales chismorreos y, entonces, podría aprovechar para escapar.

—Pues como te iba diciendo Soledad, esto está pasando ya de castaño oscuro… esa mujer… los vecinos de Muntaner estamos desolados, nuestra calle parece un circo. A cualquier hora se pasean por allí personajes de lo más variopinto… y las fiestas que organiza… un escándalo sin precedentes, su torre alberga a gente de la farándula… a veces esas reuniones duran más de un día entero… ¡Imagínate!

Contra todo pronóstico, aquella conversación me estaba interesando.

—Perdone, señora Belloch, ¿de quién habla usted? —quise saber, aunque esa pregunta me granjeara una furibunda mirada de mi madre.

La mujer torció el gesto y se inclinó hacia mí para hablar un poco más bajo, lo cual era una tontería, ya que nos encontrábamos solas en el saloncito.

—Isabel Llorach, esa amiga de actores, escritores, filósofos... Ella pertenece a una de las mejores familias de Barcelona, aun así no se ha casado, ni se le conoce ningún pretendiente. A saber…

Mi corazón estalló de júbilo, Isabel, mi querida Isabel. Tan solo habíamos compartido unas horas, pero había dejado una honda huella en mi memoria. Estaba impaciente por encontrarme con ella de nuevo, por lo que al día siguiente me presenté en su casa, una torre modernista de la calle Muntaner.

—Buenos días, me gustaría hablar con la señorita Llorach —saludé a la mujer que me abrió la puerta y me miró, sin ningún recato, de arriba abajo.

—¿Quién le digo que la busca?

—Una amiga de París, la baronesa de Alcahalí.

Como solía suceder, al oír el título nobiliario, la mujer se hizo a un lado dejándome pasar.

—Si tiene usted la bondad, puede acompañarme, es por aquí.

La casa de Isabel era impresionante, repleta de obras de arte allá donde miraras, tanto clásicas como vanguardistas. Me llamaron la atención los cuadros, allí había una colección de pintura de valor incalculable.

Pasamos a la biblioteca y me invitó a sentarme en uno de los sofás de piel que se encontraban en el centro de la estancia, rodeados de cientos de libros.

—¿Le apetece algo de beber?

—Tan solo agua, gracias.

La mujer salió con paso firme y yo pude examinar más pausadamente mi alrededor. Deduje que Isabel era una gran lectora, al igual que yo, había algunos libros esparcidos sobre un escritorio de madera maciza, mezclados con catálogo de algunas exposiciones de arte. Al poco tiempo, una mujer apareció ante mí, Isabel no había cambiado nada con el paso de los años, aunque su vestuario sí lo había hecho, las dos habíamos evolucionado hacia el mismo estilo, desterrando las encorsetadas prendas de antaño y adoptando un estilo que nos permitía movernos con mucha más comodidad.

Durante unos segundos, no dijo nada, me miraba fijamente escrutando en su memoria, sin acertar a encontrarme en ella.

—He tardado muchos años en aceptar su invitación y venir a visitarla. Nos conocimos en el Lapérouse…

Con mis últimas palabras, su rostro se iluminó.

—Pues claro que sí, ya lo recuerdo, estaba con su marido de luna de miel.

—Ya no es mi marido.

—Es un alivio oírle decir eso, me alegro.

—Yo también.

No hizo falta mucho más, nos dimos un abrazo y, desde entonces, fuimos inseparables.

Isabel era mi alma gemela, mirándome a través de sus ojos me sentía en paz, no le importaba lo que las mentes obtusas dijeran de ella, era una gran mujer, respetada y querida por todo aquel que tuviese dos dedos de frente.

Era frecuente que viajásemos juntas a Francia, disfrutábamos visitando a nuestros amigos en París o en la Costa Azul, la recorríamos desde Niza hasta Marsella, siempre con cientos de invitaciones para cenas o fiestas en nuestro honor.

Fueron unos años en calma, donde parecía que había encontrado mi sitio junto a mi familia y mis amigos. Mis días estaban rebosantes de actividad: pintaba, escribía, colaboraba con algunas publicaciones feministas y con *El Día Gráfico*, con artículos de diversa índole y crónicas de viajes, me movía como pez en el agua recorriendo Europa… Sí, fueron años felices.

Entonces, cuando parecía tenerlo todo, de nuevo lo perdí.



UNA GUERRA NEFASTA

BARCELONA

No guardo buen recuerdo de Barcelona, ¿cómo tenerlo? Aunque allí encontré al amor de mi vida, jamás lo he pasado tan mal. No se puede describir el hambre, es algo físico y mental al mismo tiempo, es doloroso, atroz. El hambre te guía y te hace preso, no puedes pensar en nada más, ni hay espacio para ningún otro sentimiento, lo cubre todo y no te deja avanzar… no te deja vivir. Fueron tiempos tumultuosos en los que la prudencia y la cordura parecían haber abandonado a todos los habitantes del país.

—¡Madre, madre, despierte! —gritó Margot, desde la puerta de la calle, con el aliento teñido de angustia—. Despertad todos.

Cuando bajé, mis hijos y mi madre me miraban, asustados. Margot era la primera en levantarse los domingos, le gustaba acudir a misa a primera hora y aprovechaba la mañana para pasear. Mi corazón dio un vuelco cuando vi su cara descompuesta.

El país estaba revolucionado y los enfrentamientos se habían exacerbado desde las elecciones de febrero, que dividieron al país ente el Frente Popular y el Frente Nacional. En julio, el asesinato de José Calvo Sotelo, el líder parlamentario de los monárquicos, no hacía presagiar nada bueno. Aquella mañana del 19 de julio de 1936, comenzaría la peor época de mi vida y, sin lugar a dudas, un horrible descenso a los infiernos.

—Barcelona está en guerra —afirmó Margot, que no podía contener la desazón y comenzaba a llorar.

—¿Pero qué dices criatura? Eso no es posible —replicó mi madre, intentando consolarla.

—Tranquilos, mandaré a uno de los criados a la calle, para que traiga noticias, no adelantemos acontecimientos.

—En el paseo de Gracia y la Avenida Diagonal se está librando una batalla, la gente huye de allí, me lo ha dicho una mujer que corría en dirección contraria al centro.

—¡Jesús, María y José! —se santiguó mi madre, varias veces.

—Ya era hora de que alguien hiciese algo —intervino mi hijo Juan.

—¡Juanelo! —lo amonesté, iracunda—. Si lo que dice tu hermana es cierto, no correrán buenos tiempos para nadie y la cautela debe guiar nuestros pasos. No sabemos, todavía, qué está pasando. Nadie saldrá hoy de casa.

Nadie osó volver a hablar en mi presencia. Mi madre se llevó a Margot a la cocina, para que se tomara una tila y yo pude oír como mis tres hijos se retiraban a un rincón del salón a confabular. Eran tres jóvenes que se creían hombres y todavía desconocían los horrores de la guerra, hablaban con entusiasmo de los acontecimientos, como si aquello fuese una aventura en la que podían participar y salir indemnes.

Ellos habían estudiado en las Madres Escolapias y los Hermanos Maristas y nunca perdonaron que fueran los primeros lugares que se tomaron y se destruyeran, lo vivieron como un agravio personal. Mientras que Margot lloraba y se enfrentaba a su pena, José María, Juan y Luis acrecentaban su odio.

El centro de Barcelona se convirtió aquel día en el escenario de una masacre, después de un

enfrentamiento violento, los sublevados habían sido vencidos y la C.N.T. y la F.A.I. se hicieron con el poder. De repente, los obreros se convirtieron en los dueños de todo: tierras, industrias, comercio… Las consignas a favor del proletariado y en contra de la burguesía, la aristocracia, la Iglesia y los fascistas comenzaron a invadir cada rincón como un mantra.

No pasó mucho tiempo hasta que comprendí que debíamos escondernos, de nada servirían mis trabajos para la República, mis artículos en revistas feministas o mis contactos. En la ruleta de la fortuna en que se convirtió el país aquellos días, nos había tocado la parte Republicana y nuestro origen aristocrático no sería una ventaja por primera vez en mi vida, más bien, constituía nuestra sentencia de muerte. Si nos encontraban, no tardarían en tacharnos de fascistas.

—No llaméis la atención de ningún modo, si tenéis que salir, inevitablemente, a la calle, poneos una camisa blanca y os la remangáis. Hablad, pensad y comportaros como obreros, y, por Dios, vigilad que no os sigan hasta aquí, me temo que pronto tendremos que dejar nuestra casa.

—Pero madre…

—Nada de peros, esto no es un juego, estamos en peligro.

Reuní todas las joyas y objetos de valor y los escondí, estaba segura de que pronto los necesitaríamos. Pasaron los días y nuestra situación no mejoró. Despedí al servicio, pronto escasearían las provisiones y comenzarían a robarnos. Yo lo habría hecho.

Pedí a mis hijos que fuesen discretos, tenían que ser precavidos, había odio por todas partes, podía sentirlo, como el rencor acumulado durante años estallaba de la peor manera posible. Nuestros amigos comenzaron a huir a Francia, quien no se lo pensó dos veces, tuvo suerte y escapó, Isabel y su familia entre otros. Yo me planteé, en varias ocasiones, hacerlo, pero mi madre era mayor y su salud no aconsejaba ir arrastrándola de un lugar a otro. Supongo que tenía la infantil esperanza de que todo acabaría arreglándose. Desde luego, pagué con creces mi error.

Una noche, todos mis temores se hicieron realidad.

—Madre, es terrible —me susurró mi hijo José María, llevándome al piso de arriba para que nadie nos oyera. Lo había mandado al cine para que se enterara de las últimas novedades—. El noticiario es un panfleto sobre lo valiente que es Urruti y sus tropas, cómo han vencido en Cataluña y ahora se dirigen a Aragón, pero eso no es lo peor —suspiró—. Después han puesto fotografías de los enemigos públicos, piden colaboración para encontrarlos.

—¿Y bien?—inquirí, ansiosa. Parecía estar viviendo dentro de una pesadilla de la que no podía salir.

—Tu foto, madre, han puesto tu fotografía entre la de numerosos enemigos. Dicen que eres una espía, una mujer peligrosa.

Me tendí en el sillón más cercano, temerosa de que mis piernas no pudiesen seguir sosteniendo mi cuerpo. Algo se desquebrajó en mi interior y, por primera vez, supe lo que era el auténtico miedo, el pánico, noté cómo conquistaba mis entrañas y vaciaba todo el oxígeno que habitaba en mi cuerpo.

No podíamos regresar a Valencia, ni huir a París, era demasiado tarde, no podíamos movernos de Barcelona que, de repente, se había convertido en una ciudad hostil para nosotros.

Lo primero que hice fue cambiar en todo lo que pude mi aspecto físico. Teníamos que aparentar ser trabajadores de alguna fábrica y vivir lejos de nuestro barrio. Conseguí documentación falsa, cartillas… y alquilé una habitación en una pensión. Metí todas nuestras pertenencias más valiosas en una maleta para venderlas poco a poco, no sabía cuánto tiempo

duraría todo aquello.

Mis cuatro hijos, mi madre y yo compartíamos una habitación en una pensión de mala muerte. A duras penas, conseguíamos comida y tuvimos que fingir ser una familia que había llegado a Barcelona desde un pueblo de Valencia a buscarse la vida como honrados trabajadores. Mentí, robé y estafé, incluso hice cosas peores que mi mente ha procurado borrar, pero sobreviví.

Mi madre no pudo con todo aquello, era una mujer fuerte, pero había vivido toda su vida rodeada de lujos y atenciones. En esos momentos, no tenía un techo, ni nada que llevarse a la boca, ver a su familia escondiéndose como ratas era demasiado para ella y se hundió en la más devastadora depresión hasta morir. La desesperación me hizo buscar entre mis amigos a alguien que me ayudara a buscar un nicho para enterrarla, empresa casi imposible en aquella época, pues había que depositar tres kilos de lentejas para que te cediesen uno. Aquello fue más difícil que conseguir tres kilos de diamantes, pero nunca he dejado que nadie me derrotara y lo conseguí. Ya he dicho que no estoy orgullosa de muchas cosas que hice, pero sobrevivir en tiempos difíciles depende de la capacidad que tengas de adaptarte a las circunstancias.

Lloramos a mi madre durante semanas y nos encomendamos a su espíritu para que nos ayudara, ya que parecía ser que mi Virgen de los Desamparados no escuchaba mis ruegos.

Nos movíamos de pensión constantemente, una frase, un gesto, tan solo una mueca mal disimulada ante un elogio al Frente Popular, nos delataba y antes de levantar más sospechas, cambiábamos de ubicación. Dejé de pensar, obligaba a mi mente a alejarse de todo aquello y a concentrarse en el día en que todo acabase, aunque el hambre me golpeaba con un intenso dolor obligándome a regresar a la realidad.

Milagrosamente, encontré unos amigos que nos acogieron en una casa, en el 317 de la calle Córcega, cerca de la avenida Diagonal y La Rambla de Cataluña. Vivíamos escondidos y salíamos tan solo para conseguir comida. Una noche, uno de mis hijos no regresó, comencé a angustiarme, no podía quedarme sin hacer nada, por lo que traté de asearme lo mejor que pude, cogí un anillo de mi madre y un collar, los únicos vestigios de nuestra fortuna que aún conservábamos, y salí a buscarlo.

El miedo me paralizaba, pero aun así me esforcé por no mostrar que estaba aterrada. Fui de Checa en Checa, las cárceles que habían proliferado para interrogar, torturar y matar a cualquier disidente del Frente Popular, hasta que por fin lo encontré en una de ellas.

—Quiero hablar con la persona al mando.

—Señora, aquí no estamos para obedecerla.

Me acerqué al hombre, que apestaba a tabaco y portaba una escopeta despreocupadamente, como si se tratara de una extensión de su cuerpo. Exhibí mi mejor sonrisa y le susurré al oído:

—Llévame ante tu superior y sabré recompensarte.

El hombre me cogió del brazo bruscamente y me adentró en aquel lugar repugnante.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó, cuando estuvo seguro de que estábamos solos.

—Busco a mi hijo y he sabido que lo tienen aquí.

—Dígame su nombre

—Juan Fernández —teníamos identidades falsas.

—Señora, no se puede hacer nada, está acusado de ser militante de la falange y eso es imperdonable.

—Debe de ser un error, mi hijo es fiel a la República, y aquí estoy para demostrarlo. Traigo

esto para ayudar a la causa —respondí, sacando el anillo que guardaba—. Perteneció a una condesa a la que mi familia servía.

Pude ver en su rostro un atisbo de codicia que aproveché.

—Déjeme verlo.

—Estoy segura de que un hombre como usted sabrá utilizarlo en favor de la C.N.T. Tiene mi total discreción y nadie sabrá que se lo he dado.

—Está bien, la llevaré ante mi superior, pero no le prometo nada —accedió, guardándose el anillo en uno de sus bolsillos y sacándome a rastras del cuarto.

El hombre cumplió su promesa y en cuestión de apenas unos minutos, estaba ante la persona de la que dependía que mi hijo siguiera con vida, que resultó ser un monstruo. El hombre había diseñado, personalmente, cada una de las celdas para la continua tortura de sus ocupantes.

—Señora —me saludó, con evidente acento francés.

—Servidora —respondí, sumisa.

—Me han comunicado que quiere usted sacar a su hijo de aquí.

—Así es.

—Pero debe entender que eso no es posible….

—Puedo pagar por ello —Me adelanté, sacando el collar.

—Ya veo… es un collar muy bonito… puede que pueda hacer algo por usted, pero debe entender que necesitaré algo más, no puedo dejar que la gente piense que soy un *blando.*

—Me cambiaré por él.

—Veo que nos entendemos, aun así, no puedo dejar escapar a un fascista en toda regla así como así.

—No se preocupe por eso, yo valgo más que mi hijo, sus jefes me buscan.

A Alfonso Laurencic le brillaron los ojos, creo que hasta lo oí pensar. En esos momentos, veía una oportunidad única de hacer méritos ante sus superiores.

—Está bien, hable.

—Soy la baronesa de Alcahalí, informe de que me ha capturado y lo recompensarán. Se podrá usted atribuir todo el mérito.

Alfonso me miro con una sonrisa sardónica dibujada en sus labios, que no olvidaré nunca.

Estuve días encerrada en una de sus celdas, hechas para el martirio de cualquier ser humano, diseñadas para que no se pudiera descansar, ni tan siquiera dar unos pasos para estirar las piernas. Aquello parecía ser obra de un demente.

Alfonso Laurencic era un amante del arte. De padres austriacos, había recibido en su infancia una educación exquisita, hablaba siete idiomas y los derroteros de la vida le condujeren de ser boxeador hasta músico de jazz, hasta que, por avatares del destino, llegó a Barcelona. De cara a la galería, era un hombre culto y seductor. Diseñaba las celdas para crear el mayor desasosiego a los presos con efectos de luz y color inquietantes, inspiradas en las obras surrealistas de Kandinsky o Paul Klee…

Me interrogaron varias veces y me golpeaban cuando les desbordaba la frustración por no obtener nada de mí. Al menos, tenía el consuelo de haber salvado a mi hijo, pero esa grata sensación duró poco, me encontraba entre sádicos. Lloré, creo que esos días vertí lágrimas hasta quedar completamente seca, nunca creí que pudiera verme en una situación así y me derrumbé. Por mucho que intentaba resistir y templar mi ánimo no lo conseguía, no encontraba solución;

cuando se llega a esos extremos, la desesperación toma el control y tan solo te queda diluirte en ella.

En ese tiempo, reflexioné y llegué a la conclusión de que el mundo se había vuelto loco, ninguna ideología merecía tanta muerte y sufrimiento. Desde aquel momento, yo solo sería fiel a una persona: Margarita Ruiz de Lihory, marquesa de Villasante, desde el fallecimiento de mi madre, y baronesa de Alcahalí. Haría cualquier cosa por mantenerme a salvo. Primero mis hijos y yo, y luego ya vendría todo lo demás que, por mí, en aquellos días, podía arder en el infierno.

Al día siguiente, tomé una determinación, pedí una reunión con el señor Laurencic para presentarme como voluntaria para trabajar con él. Alfonso Laurencic trabajaba para el Servicio de Información Militar, S.I.M., una unidad de inteligencia fundada por Indalecio Prieto, mi enemigo declarado desde que coincidimos en el barco que me llevó a América y que, en esos momentos, era ministro de Defensa Nacional. La vida da muchas vueltas, sí, y en ciertos círculos es normal terminar encontrándote a la misma gente.

Después de unos días, me llevaron ante el señor Laurecic, que no podía disimular su entusiasmo.

—Por lo visto, es usted famosa, señora Ruiz.

—Marquesa, si no le importa.

—No son buenos tiempos para alardear de título.

No repliqué ante la provocación, pero lo reté con la mirada a que continuara, no podía olvidar donde me encontraba, por lo que tan solo asentí.

—En Madrid, están enormemente complacidos con su decisión de colaborar.

—Ya me imagino —me permití ironizar.

Aquel hombre, de modales refinados, parecía divertido con la situación, aunque a mí no podía ocultarme el monstruo que llevaba dentro. Con frecuencia, esas son las peores personas, las que se ocultan tras una fachada impecable de cinismo.

—Debe usted descubrir quiénes forman la red que está sacando a los enemigos de la República fuera de España.

—Créame cuando le digo que eso no será fácil, yo misma moví cielo y tierra con mis contactos para sacar a mi familia de Barcelona cuando comenzó todo.

—Ahora será diferente, tenemos sospechosos con los que la pondremos en contacto, le sorprendería saber hasta dónde llegan nuestros agentes infiltrados, usted solo tiene que averiguar con quiénes trabajan y cómo lo hacen.

—Está bien, haré lo que pueda.

—No señora, hará lo que se le mande. No olvide para quien trabaja, sabemos dónde están sus hijos, los tenemos vigilados, si hace cualquier tontería, su paso por aquí será un paseo por la verbena comparado con lo que les espera.

—Entiendo.

Mí puesta en libertad fue inmediata y se me dieron todo tipo de facilidades para que no me preocupara por mantener a mi familia y me centrara en mi misión. Rápidamente, me pusieron en contacto con un despacho de abogados que se encargaría de sacarme del país.

En esos días no tuve descanso, mi mente bullía, no era la primera vez que hacía de espía, pero en esta ocasión la vida de mis hijos estaba en peligro. Me hicieron llegar una carpeta con algunas personas que sospechaban podían pertenecer al S.I.F.N.E., Servicio de Información del Nordeste de España, en el cual yo tenía numerosos conocidos. Toda aquella gente formaba parte de la quinta columna, eran contrarios a la República y luchaban por la victoria del Frente Nacional.

Mi desánimo crecía conforme leía los nombres de aquella lista. Yo no me veía con el ánimo

de espiar a aquella gente que pertenecía al círculo en el que me había movido en tiempos más felices, pero algo se me tenía que ocurrir para mantener a salvo a mi familia. No me habían pasado desapercibidos ciertos movimientos extraños de gente que merodeaba alrededor de la casa que habitábamos, nos vigilaban muy de cerca. El miedo te hace vivir alerta, te vuelve paranoica, en un estado de desazón permanente.

Recibí instrucciones para que me reuniera con un caballero en uno de los accesos del parque Güel. El hombre ya estaba en el lugar indicado cuando yo llegué, noté que me miraba fijamente.

—Cójase de mi brazo, pareceremos un matrimonio paseando y así podremos hablar más tranquilos —fue su saludo.

Yo obedecí y escruté con disimulo mi alrededor por si alguien nos seguía.

—Tengo entendido que necesita usted salir de Barcelona.

—Sí, mis cuatro hijos y yo… a Francia, si es posible, tengo amigos en París que me ayudarán.

—Entiendo, pero en estos momentos no es fácil.

—Tiene usted que hacer lo posible, no lo soporto más.

No entiendo qué me ocurrió, estaba cansada, era vulnerable y aquel hombre me inspiraba una gran confianza. Rompí a llorar. Siempre he sabido mantener mis emociones a raya, sobre todo en los momentos más difíciles, nunca he dejado que los demás viesen mi sufrimiento, pero en aquel momento me desmoroné.

—Sentémonos.

Aquel hombre me acompañó a un banco y sacó su pañuelo para entregármelo, en ese momento vi su mirada dulce sobre mí y eso hizo que mi corazón se estremeciera todavía más. Creo que ese fue el momento en que nos enamoramos. Hay sucesos vitales, que llegan cuando menos te lo esperas, instantes que son capaces de cambiar toda tu existencia y ese fue el más importante de la mía.

—Lo siento, no sé qué me ha ocurrido —musité.

—No se preocupe, nos han tocado vivir tiempos difíciles. Señora Marquesa, tiene usted amigos que quieren ayudarla, pero debemos actuar con mucha cautela, nuestras vidas están en juego.

—Lo sé, créame que lo sé.

—No se angustie.

—Todavía no sé su nombre.

—José María Bassols, soy abogado, trabajo en la Compañía Metropolitana de Tranvías y en el despacho Bertran i Musitu.

—Encantada, Margarita Ruiz de Lihory —sonreí.

Quedamos en vernos al día siguiente, y al siguiente… para nosotros estar juntos se convirtió en una necesidad. Entre tanto caos, oscuridad y miserias se encendió en nuestros corazones una llama de esperanza.

Nuestros encuentros eran clandestinos por varios motivos: nuestros evidentes asuntos extraoficiales y nuestro incipiente amor. José María pertenecía a una ilustre familia de políticos e industriales catalanes, estaba casado y tenía cuatro hijos.

Ambos fuimos tremendamente incautos, compartimos recíprocamente información que nos podía haber costado la vida. Jamás he logrado entender qué nos pasó, éramos dos personas ya

maduras viviendo una situación límite y nos enamoramos como dos colegiales.

—Vamos a sembrar el caos en el Gobierno y lograremos derrocarlo, Margarita, tenemos lo más importante: el dinero. Te sorprendería saber la cantidad de gente influyente que ha unido sus fuerzas para acabar con la infamia, los anarquistas no pueden seguir al frente. Desde Biarritz a San Juan de Luz, hay cientos de operaciones clandestinas para atacar en la sombra —me confió José María, apenas un mes después de habernos conocido—. Te sacaré de aquí, a ti y a tus hijos, regresaréis cuando todo este infierno haya terminado y nos casaremos. Me da igual lo que diga la gente, te quiero, dejaré a mi mujer y emprenderemos una nueva vida juntos.

—Quiero ayudarte, pero antes tengo que confesarte algo. Necesito que escuches atentamente y no me interrumpas hasta que termine. Hace unos meses, detuvieron a uno de mis hijos por falangista, yo hice un trato con el Gobierno para cambiarme por él, según ellos soy una fascista peligrosa. Pretenden que les pase información de los prófugos que huyen de ellos y la gente que los ayuda. Me vigilan muy de cerca y están esperando mis informes. No tengo la menor intención de ayudarlos, he sufrido mucho por su causa, nunca les voy a perdonar los días que me tuvieron presa en la Checa y todo lo que allí me hicieron, pero algo tengo que darles o me detendrán de nuevo.

—Tranquila, Margarita —me dijo abrazándome fuerte—. No te preocupes, saldremos de esta.

Y seguimos así un buen rato, abrazados, en silencio, temerosos de que cualquier movimiento pudiese hacernos desaparecer.

—Habla con tus superiores, cuéntales que quiero colaborar. Les pasaré la información que queráis para confundirlos, haremos que reine el caos en sus filas.

Así fue como me convertí en agente doble y ayudé al Frente Nacional. José María y yo colaboramos en la contienda. Trabajé con los servicios secretos ingleses y alemanes, mis contactos en Europa se reforzaron y fueron de gran ayuda para ganar. No fue fácil, aun me cuesta hablar de ello, uno no sabe lo que es capaz de hacer hasta que su supervivencia está en juego.



UN NUEVO COMIENZO

Nuestro corazón se impuso a la razón. José María abandonó a su mujer y comenzó a vivir conmigo. Juntos construimos una nueva existencia y tuvimos que pagar un alto precio. El escándalo le costó el puesto en su trabajo y toda la sociedad se vio legitimada moralmente para juzgarnos.

José María se divorció y así pudimos casarnos. Mi segunda boda no tuvo nada que ver con la primera, tan solo acudieron algunos amigos cercanos y mis hijos, pero fue un día tremendamente feliz para ambos. Nos establecimos en el Paseo de Gracia y comenzamos nuestra vida juntos. Ya nunca nos separamos.

En 1939, Franco declaraba que la Guerra había terminado. Aquel joven que conocí en Marruecos, se hacía con el poder absoluto, provocando que el país cambiara radicalmente. Una tarde, me llamó, pletórico por la victoria, y me agradeció la ayuda prestada. Tuve varias reuniones con él y con su cuñado, Ramón Serrano Suñer, que me reclutó para que estableciera relaciones con altos cargos alemanes.

La guerra fue tan dura, tan cruel y tan devastadora que ninguno de los que la vivimos volvió a ser la misma persona. Yo siempre he tenido en alta estima los bienes materiales, no es ningún secreto, pero lo que viví me hizo no darlos por descontado y apreciarlos de verdad: Me di cuenta de lo importantes que son las personas, pero también las posesiones. Comencé a desarrollar, desde entonces, el gusto por acumular recuerdos, ya no solo fotografías, sino objetos de la vida cotidiana que me evocaran algún lugar, acontecimiento o persona. Guardaba a mis animales disecados, las tarjetas de todos los eventos, las estampas de los santos que, en ocasiones, nos daba el cura al asistir a misa, la ropa de los días importantes, incluso tengo guardado el apéndice que le extrajeron a uno de mis hijos en una operación, cualquier cosa…Yo, que normalmente hacía las maletas y no miraba atrás, que siempre miré hacia el futuro, sentí la necesidad de rodearme de recuerdos y acumularlos por los rincones de mi hogar, para sentir que no volvería a perder el control de todo como en la guerra. Era como si temiese que, de mi cabeza, se borraran partes de mi vida, y atesorar todas esas cosas me otorgaba cierta paz. Me daba pánico olvidar.

José María y yo, que nos habíamos divorciado con las leyes de la República, pasábamos a vivir en pecado, ya que ahora ningún divorcio tenía validez y nuestra boda quedaba anulada.

En Barcelona, teníamos casa, abrigo y comida. Gracias a José María, había vuelto a nacer, pero el escándalo había regresado impetuosamente a mi vida y volvía a perseguirme. La mujer de José María se encargó de que no hubiese familia, en la alta sociedad de la ciudad, que no tuviese conocimiento de que su marido la había abandonado por mi causa: desvergonzada, fresca, rompe hogares… eran los calificativos que se oían a mi paso, en cualquier reunión social. Yo estaba hastiada y, una vez más, me di cuenta de que había llegado la hora de levantar el vuelo. Cuando en un lugar te marcan, no hay vuelta atrás, lo había experimentado ya con anterioridad en mis propias carnes.

José María se encargaba de llevar los pleitos con mi hermana sobre nuestra herencia y el uso

de los títulos. Mi abuela había dejado unas fincas con ganado, cosechas de trigo y cebada en Albacete y un palacete en el centro de la ciudad, que nos permitían vivir desahogadamente, por lo que, lo más práctico era que nos trasladásemos allí. La vida continuaba, la postguerra iba a ser dura, pero había que adaptarse y proseguir. Los nuevos comienzos no me eran ajenos y debía mirar hacia delante.

A la muerte de mi madre, comencé a utilizar el título nobiliario de su familia. Desde entonces, sería Margarita Ruiz de Lihory y Resino, marquesa de Villasante y baronesa de Alcahalí.

Reuní a mis hijos y a José María y les comuniqué mi decisión. Margot acababa de cumplir 28 años, era una joven tímida y reservada, pero, para mi asombro, fue la única entusiasmada por la noticia. El resto de mis hijos me miraron estupefactos, creo que les costó hacerse a la idea, pero tampoco tenían muchas opciones, ninguno de ellos era independiente, así que tendrían que hacer lo que yo dispusiera. Me preocupaba José María, no dijo nada, pero en su mirada pude percibir una honda preocupación y enseguida imaginé el motivo: sus hijos.

—¿Estás segura, cielo? —preguntó, algo compungido cuando nos quedamos a solas.

—No nos queda otra, José María, de algo tenemos que vivir… Tus clientes te están dando la espalda, gracias a tu mujer, y son pocos los amigos que nos quedan aquí, ya casi nadie nos invita a fiestas o a actos sociales. Te lo advertí.

—Te quiero, sabes que no me importa lo que digan.

—Lo sé, pero te importe o no, es la realidad. Aquí nadie te va a perdonar que abandonaras a tu mujer y a tus hijos por mí.

—Pero yo no los he abandonado, sigo manteniéndolos.

—Eso nadie te lo tendrá en cuenta.

—Pero mis hijos…

—Tus hijos están envenenados por su madre, necesitan tiempo. Tal vez, cuando pasen unos años, puedas hablar con ellos y arreglar las cosas, pero ahora sería inútil. Tú eres el malo y ella es la víctima, es un papel que domina.

—Tal vez tengas razón… como siempre.

—Claro, cariño, en Albacete estaremos bien. Es una ciudad pequeña, pero bien comunicada con Madrid y Valencia, allí todo el mundo nos admirará. Estoy segura de que las grandes familias te querrán como abogado y puede que mis hijos encuentren algo que hacer para sacar provecho… Me preocupan, sobre todo Luis, no me gustan las compañías que frecuenta ni el estilo de vida que lleva, tal vez alejarlo de Barcelona le siente bien.

—Margot está entusiasmada.

—Sí, qué haría yo sin ella, es una bendición. La gran casa de la calle Mayor te va a encantar, nos ocuparemos de arreglarla juntos y de que las tierras den el mayor rendimiento posible, será una nueva aventura.

—Como tú digas, cielo.

Aun llevando poco tiempo juntos, José María y yo formábamos una pareja inasequible al desaliento. Era como si llevásemos toda la vida casados, teníamos una enorme complicidad, no nos cansábamos nunca de hablar, nos interesaban los mismos temas: el derecho, la política… Se parecía mucho a mi padre, era experto en temas esotéricos y, al igual que él, había dedicado gran parte de su vida a su estudio. Pobrecillo, no se merecía todo lo que le estaba pasando, su único

pecado era quererme.

Llegamos a Albacete en el verano de 1939 y nos instalamos en el Gran Hotel, frente a la plaza del Altozano, mientras rehabilitábamos la gran casona de la calle Mayor. La ciudad no era muy grande, pero estaba bien comunicada con el mediterráneo y con la capital y se encontraba en pleno crecimiento, no en vano, Azorín la definía como «El Nueva York de la Mancha», aunque tal afirmación a mí siempre me ha hecho cierta gracia.

La que se adaptó mejor que nadie a la nueva cuidad fue Margot. Enseguida comenzó a trabajar en el Instituto Nacional de Previsión y se independizó. Vivía cerca de nuestra casa, en un pequeño y coqueto apartamento con una amiga. Rondaba los treinta años por lo que yo no puse ninguna objeción. Pasaba sus días entre obras de caridad, trabajo y misas. Estaba entusiasmada con la nueva ciudad. Le encantaba ir al Teatro Circo, decía que era el lugar más bonito del mundo, acudía allí con sus amistades y disfrutaba de las obras que se representaban.

Incluso, escribió unos versos en honor a la reforma de nuestro nuevo hogar:

rtal como Cervantes

e ser la gran señora

ealizó obras de solidez y mejora.

ujer excepcional,

eclara inteligencia

leza sin igual

tó la providencia.

ctitud y nobleza

le perdurar aquí:

quesa de Villasante,

nesa de Alcahalí.

Imagínese mi orgullo cuando leí aquellos palabras, si mi corazón hubiese tenido alas, a buen seguro habría abandonado mi pecho. Ahora, todo el mundo puede conjeturar como guste, pero mi hija me amaba y me admiraba y le puedo asegurar que era totalmente recíproco. Mandé esculpir sus palabras para que todo el mundo que nos visitara pudiese leerlas.

Mis hijos mayores pasaban más tiempo en Barcelona que con nosotros y Luis… Luis invertía muchas energías en beber y alternar. Era conocido por gastar todo lo que tenía y emprender negocios fraudulentos. Terminó con sus huesos en la cárcel más de una vez y tuve que interceder por él en más de una ocasión, como abogada y como madre.

Cuando nos visitaba en Albacete, pasaba gran parte de su tiempo en El Alto de la Villa, un barrio con casas apretujadas y calles sucias. Allí proliferaban los bares de alterne y otros vicios como Los Claveles, Tropicana, Morocco, Moulin Rouge o Casablanca; a nadie engañaban aquellos exóticos nombres, es más, no creo que la mayoría de la clientela supiera ni a qué lugar debían su origen. Luis se iba de juerga y tardaba, a veces, hasta dos días en regresar, dejaba a

deber casi todo lo que consumía y luego yo debía pagar sus cuentas.

Un día, bajando a desayunar, me lo encontré recostado en una alfombra como un perro, apestando a alcohol y mi paciencia se quebró. Al verme, me pidió dinero a modo de saludo y yo me negué tajantemente.

—Madre, no exagere, tampoco es para tanto, no son más que unas pesetas.

—No se trata de eso hijo, es tu vida entera lo que me preocupa.

—No me venga con la monserga de siempre, déjeme tranquilo.

—Yo te dejaré tranquilo el día en que ya no me pidas cuartos.

—Se gasta usted una fortuna en los animales, si hasta sus perros preferidos comen mejor que yo… y es capaz de racanearle a su propio hijo.

—Cuando sea tu dinero, lo podrás gastar como gustes, pero mientras sea yo la que pague, harás lo que yo diga. No pienso entrar a ningún antro más a saldar tus deudas, tus vicios no son asunto mío.

—Ese dinero también me pertenece, pertenecía a la abuela y tengo derecho a él.

—No te equivoques, yo soy la heredera legítima, y de momento no verás ni un duro más, no pienso contribuir a que te destruyas.

—Al paso que vas, derrochando una fortuna en perros y animaluchos, no quedará nada —me recriminó, alzando la voz.

—Eso no es asunto tuyo. Luis, nunca te ha faltado de nada, has ido a los mejores colegios y he intentado proporcionarte una educación esmerada, pero para lo único que te ha servido es para elucubrar formas ignominiosas de ganarte la vida sin esfuerzo. El mundo no es así, espero que lo comprendas cuanto antes. Tienes que ganarte el respeto de la gente que te rodea, no puedes seguir así. Supongo que me odiarás por esto, pero solo intento que lo comprendas y no encuentro otra forma de hacerlo.

—¡No es justo!

—No sé si será justo o no, pero no quiero que vuelvas a poner los pies en esta casa, hasta que me demuestres que vas por el buen camino. No podría soportar verte otra vez en estado de embriaguez.

Luis apretó los puños tan fuerte que pude ver como los nudillos amenazaban con reventar. Supongo que, frustrado y con ganas de abofetearme, se levantó y dio un portazo que casi desencaja la enorme puerta del salón.

José María acudió enseguida a mi encuentro, asustado por el estruendo.

—Amor mío, ¿te encuentras bien? ¿Qué ha ocurrido?

Yo tenía ganas de llorar, pero apenas me he permitido hacerlo en contadas ocasiones y no quería que aquella fuera una de ellas. Me apoyé en una butaca y conseguí sentarme y respirar profundamente para intentar tranquilizarme.

Soy famosa por mi infinidad de pleitos, cuando sé que llevo razón, no me incomoda discutir con quien haga falta y llevar cualquier asunto hasta las últimas consecuencias, sé defender mis intereses y enfrentarme con cualquiera, pero odio discutir con mis hijos, es algo que no soporto.

—Es Luis —suspiré, abatida—. Sigue gastándose lo que no tiene y yo ya no tengo fuerza ni paciencia para encauzarlo.

—Sé que no es hijo mío y que es muy fácil hablar cuando la implicación no es directa, pero no puedes seguir financiándolo.

—Lo sé, créeme que soy consciente desde hace tiempo. Tenía la esperanza de que se diera cuenta, de que fuese un problema de madurez y cambiara, pero han ido pasando los años y cada vez va a peor. Me preocupa que no sea capaz de ganarse la vida por sí mismo con una ocupación honrada. Creía que aquí podría empezar de cero, alejarse de las malas compañías… pero las hay en todos los rincones del mundo y no ha tardado en encontrarlas, siempre ha tenido un don para rodearse de la peor calaña.

—Es un muchacho inteligente, puede que no esté todo perdido.

—¡Dios te oiga, querido! Nada me haría más feliz, pero de momento tengo que ser firme, no será bien recibido aquí hasta que encauce su vida.

Pasó un tiempo hasta que tuve noticias suyas, una nota que había entregado a mis vecinas de la casa de enfrente, aquellas cuya vida giraba en torno a espiar mis pasos. Sabía que me vigilaban detrás de sus visillos, que se movían casi imperceptiblemente cada vez que entraba o salía de mi domicilio. En la carta, Luis imploraba mi perdón y me trasmitía su hondo pesar, cosa que me rompió el corazón, pero no claudiqué. Lo único que quería era regresar a su vida de vicios y malvivir.

Gracias a los conocimientos legales de José María, gané los numerosos pleitos que tenía con mi hermana por la herencia de mis padres; logré que me pagaran las propiedades que el gobierno anterior había expropiado para construir un campo de aviación y pude poner a mi nombre las numerosas tierras que el marquesado de Villasante tenía en la zona. Ahora era dueña de fincas de las que tenía que preocuparme y hacerlas lo más rentables posibles, no me aburría. Cuando tengo algún asunto por resolver, soy implacable, algo que me ha reportado numerosas críticas, una mujer que se mete en pleitos y lucha por sus asuntos siempre es vista con recelo.

Restauré la gran casa de la calle Mayor, La Bastida, que había sido utilizada durante la guerra para dar cobijo a las Brigadas Internacionales. Fue mucho trabajo, pero la vida tranquila de la ciudad nos ayudó a reponernos de los tormentos que habíamos vivido.

Ricardo falleció en 1941, lo que me convertía en viuda. Aun así, no podía casarme legalmente con José María, ya que con la Ley en la mano seguía casado. Vivíamos como un matrimonio, aunque no lo éramos. Nunca nadie sospechó nada, aunque los chismorreos y las habladurías malintencionadas nos perseguían veladamente.

Imagínese, una mujer como yo en una capital de provincias, para la mayoría de la gente de Albacete en aquella época ir a la capital era toda una proeza, yo era una excéntrica para gran parte de la población. Había viajado por medio mundo y había vivido en lugares lejanos, entre mis objetos más preciados había chilabas bordadas en vivos colores con las que me paseaba los días de calor, vestidos estilo *flapper*, sombreros comprados en París, como los que nunca habían paseado por aquellas calles… Todo el mundo me miraba cuando salía a la calle, todo el mundo hablaba de mí, era una auténtica atracción.

En verano hacía un calor sofocante y me gustaba sentarme en el patio, bajo la higuera. Uno de esos días en los que me acompañaba un libro, tuve que dejarlo pues el rumor de una conversación que provenía de la calle me llamó la atención. Enseguida comprendí que una de la interlocutoras era una de las solteronas que vivía frente a mi casa y que pasaba su tiempo haciendo ganchillo y espiando todos mis movimientos.

—Pobre criatura, imagínese tener una madre así… con lo buena cristiana que es, no se pierde una misa. Es frecuente verla rezando en la Catedral a la Virgen de los Llanos, una muchacha

como Dios manda, piadosa y caritativa.

—Dicen que se entiende con José Panadero.

—Eso he oído, la madre no sabrá nada, con las ínfulas que se da, le parecerá demasiado poco… un dibujante, figúrese.

—Le está bien empleado a la marquesa, se cree que está por encima de todos nosotros. Yo creo que está medio loca, no hay más que ver las pintas que lleva, ¿dónde se habrá creído que está? Cuentan que tiene más de diez perros y una decena de pájaros, ¿se imagina qué locura? Por muy grande que sea su casa, es una barbaridad.

—Será una gorrinaca, yo me lo figuré desde la primera vez que me la crucé en la calle Ancha, con todos esos potingues en la cara y ese carmín tan llamativo, no sé de donde lo habrá sacado, pero ninguna mujer decente osaría llevar algo así.

—Además de eso, rara. Alguna vez he oído que se dedica a la brujería. Dicen que en el sótano tiene artilugios muy raros y brebajes.

— ¡Jesús, María y José!, ¡Qué barbaridad!

De toda la conversación de aquellas arpías, lo único que me ofendió realmente fue no saber nada de la existencia del tal José, el que se suponía que se entendía con mi hija. Margot era ya mayor y, a todas luces, había perdido la perspectiva de su posición, se pasaba el día trabajando y ayudando en numerosas obras de caridad, no buscaba marido y mucho menos uno de su posición. Yo siempre comprendí su independencia, en ese sentido nos parecíamos bastante, pero de ahí a casarse con un cualquiera había un mundo que no pensaba tolerar. Prefería mil veces que se quedara soltera.

La invité a cenar con José María y conmigo y le dije a la criada que prepara sus platos favoritos. Margot apareció a su hora, bien vestida, pero sencilla, como era ella. Era alta y desgarbada, no había heredado mi belleza, pero sí mi porte elegante y vestía con buen gusto.

—Buenas noches, hija. Parece mentira que con lo cerca que estás te veamos tan poco.

—Estoy muy ocupada.

—Lo sé, me han dicho que colaboras con la parroquia de San Juan Bautista, estoy muy orgullosa. Luisa, avisa al señor y sírvenos la cena. Ya sabes Margot cómo es José María, se encierra con sus papeles y no se da cuenta del paso del tiempo. Es muy meticuloso y organizado, no puedes hacerte una idea de lo bien que tiene ordenada toda la documentación.

Mi hija sonrió con ternura.

——Me alegro de que no se aburra —zanjó, quitándose de en medio a Zoe, mi preciosa dogo a la que le encantaba saludar con sus lametazos a todos los visitantes—. Madre, lo suyo con los perros es terrible, si existe alguna enfermedad que describa el amor desmedido por estos animales, créame que usted la padece. Veo que ha traído más canes, ¿es que no tiene ya suficientes?

—Los animales son los únicos seres totalmente leales, y la lealtad es un codiciado bien que escasea en estos tiempos.

—Madre, y Luis, ¿cómo está?

—No me hables de tu hermano, quiero tener una velada agradable, le he prohibido que vuelva a casa.

—Pero, madre… —intercedió Margot, ella siempre había tenido debilidad por su hermano pequeño.

—La última vez que estuvo aquí se gastó una fortuna en alcohol y putas.

—¡Madre! —se escandalizó.

—Sí, hija, perdona el vocabulario, pero yo ya no puedo tolerarlo más. Me he gastado mucho dinero en vuestra educación, y sin embargo a ninguno de tus hermanos parece interesarles sacarle partido, al que menos a Luis.

—Pero tenemos que ayudarlo, hay que tener paciencia.

—No se puede ayudar a alguien que no quiere ser ayudado —respondí, tajante—. Tu hermano solo persigue el dinero fácil y, cuando lo consigue con alguno de sus turbios asuntos, lo gasta a manos llenas en el Chicote y otros lugares similares. Prefiero que permanezca en Madrid y no enterarme de sus fechorías.

—Tuvo una infancia muy dura —me recriminó.

—No me vengas con esas otra vez, hija. No tuvisteis una infancia dura, teníais todo lo que necesitabais, la abuela se encargaba de eso. No puedo creer que todavía me lo sigáis echando en cara. Yo estaba ganándome la vida y no voy a disculparme por ello, es hora de que lo superéis, sois adultos.

En ese momento, llegó José María, que logró encauzar la conversación a asuntos más triviales, haciendo que la tensión desapareciera.

Tuvimos una cena tranquila, hablamos de la proximidad de la Feria de Ganado, que se celebraba en septiembre y en la que participábamos activamente. Al llegar el postre, José María se disculpó, ausentándose para dejarnos solas.

—Hija, nunca me cuentas nada. ¿Hay algo en tu vida privada que deba saber? pregunté, intentando no parecer hostil.

—No sé a qué se refiere.

—He oído que un joven te ronda.

Margot se puso pálida, mentir no era uno de sus fuertes.

—Un tal José Panadero —insistí.

—No sé dónde ha oído tal cosa, pero tan solo somos amigos.

—¿Y tiene oficio ese amigo tuyo?

—Es dibujante, se le da muy bien la pintura, como a usted.

Sin duda alguna, ese era un golpe muy astuto para ablandarme.

—Y cuéntame… ¿Se gana bien la vida?

—Como puede, madre. No todo el mundo nace rico.

Evidentemente, Margot no quería tratar el asunto.

—Entiendo, pero debes pensar en tu posición.

—No, madre, le aseguro que en mi posición es en lo último que pienso. Hace años que no le pido nada, por lo que le ruego que no se meta en mi vida.

—Como gustes —zanjé. Ya habíamos discutido suficiente por una noche.

Reuní toda la información sobre el muchacho, no encontré nada en su contra, parecía buena persona, pero pobre. No me hacía gracia que Margot mantuviese una relación con él, pero si me oponía, la alejaría de mí y eso era lo último que quería.

Una mañana de 1952, José María interrumpió mi desayuno, con el rostro lívido.

—Margarita, han telefoneado del Ministerio, debemos partir, inmediatamente.

Fueron sus escuetas palabras. Ese mismo día, cogimos el tren hacia Madrid, habíamos comprado una casa en la calle Princesa y pasábamos allí algunas temporadas, cada vez más frecuentemente. Las instrucciones eran claras, debía personarme en el cine Callao, en la sesión de matiné. No recuerdo la película que proyectaban, pero sí el olor del hombre que se sentó a mi lado y me puso al corriente de los pormenores de mi trabajo.

Es terrible hacerse mayor, cada día ves como tus huesos se entumecen y las arrugas invaden tu rostro que un día fue hermoso y del que ya no queda nada, no lo llevo bien, me frustra y me entristece, por eso acepté sin pensar mucho en las consecuencias y no puse ninguna objeción. Nada más salir de la sala, me sentía con energías renovadas, más joven, útil… tenía más de cincuenta años y una nueva misión que llevar a cabo, mi vida recuperaba un sentido que creía perdido.

Tenía una cita en el restaurante de Otto Horcher, frente al parque del Retiro, famoso por ser frecuentado por numerosos alemanes. Mi enlace era el Doctor Franz Liesau Zacharias. De origen alemán, había venido a España muy joven, como era biólogo, encontró rápidamente trabajo en la tabacalera y pasó la Guerra Civil en Sevilla. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, recibió numerosas presiones para que se alistara y luchara en Rusia por Hitler, pero él no aceptó, a cambio entró a formar parte del servicio secreto alemán. Tras la derrota de Alemania y su posterior división entre los vencedores, los Aliados habían presionado a Franco, en repetidas ocasiones, para que lo repatriara, junto a otros de sus conciudadanos sospechosos de trabajar para los nazis, para ser juzgado y condenado en su país. Petición que el Caudillo había ignorado.

—Buenos días —saludé al hombre que me esperaba en la mesa con un jerez en la mano.

—Buenos días, marquesa, para mí es un honor conocerla.

—Usted dirá, estoy intrigada.

—No puedo contarle gran cosa, lo entenderá.

—Naturalmente.

—Tiene usted que ayudarnos a esconder a dos científicos de mi país.

—¿Y a que se dedican esas personas?

El doctor Liesau me miró, con una sonrisa torcida.

—Como comprenderá, no puede transcender nada de…

—Señor Liseau —lo interrumpí—. Estoy dispuesta a colaborar con usted, pero me ofende que me trate como a una inepta. Si no contesta a mis preguntas, lo averiguaré por mi cuenta, ahórreme tiempo y esfuerzo.

—Le pido disculpas. Aunque ya no se luche abiertamente en el frente, la guerra continua —suspiró—. Esos científicos trabajan para el Servicio Secreto de mi país y están realizando experimentos muy importantes.

—¿Qué clase de experimentos?

—Principalmente con animales, créame si le digo que es mejor para usted no conocer más detalles.

—Si no le importa, eso puedo decidirlo por mí misma.

—Es una mujer muy perseverante.

—No se hace usted una idea —sonreí.

—Durante la guerra, trabajé para Hitler llevando animales de Marruecos a mi país, especialmente monos. Con ellos, se hacían experimentos de diferente índole.

—Armas biológicas —asentí, turbada.

—Correcto. Entenderá la discreción que necesita este asunto.

—Desde luego, no quiero saber nada más. Ya tendrá noticias mías.

Me levanté de la silla, intentando mostrar la tranquilidad que no sentía y salí a la calle. La primavera comenzaba y una agradable brisa recorría la acera, pero yo solo sentí un escalofrío. No podía negarme a colaborar, en los últimos años el Régimen de Franco me había hecho muchos favores y sabía que había llegado la hora de pagarlos.

Regresamos a Albacete y conforme lo hicimos, me dispuse a organizarlo todo para establecer nuestra residencia en Madrid.

—Mi vida, acabamos de llegar, ¿es preciso que volvamos a empaquetarlo todo de inmediato?

—José María, ven, siéntate a mi lado, debo explicarte algo.

—Claro.

Mi esposo tiene el don de reconfortarme, incluso en los peores momentos, notarlo a mi lado me cubre de paz. Sentir su lealtad incondicional hacia mí, es el apoyo que necesito para rehacerme. A pesar de las dificultades, no erré en formar una vida junto a él, hoy estoy segura.

—Debemos marcharnos, cuanto más lejos estemos de esta casa, mejor.

—Pero aquí hemos construido nuestro hogar, juntos. Este es nuestro sitio, estamos tranquilos y tenemos todo lo que necesitamos.

—Lo sé, y odio tener que pedírtelo, pero es por nuestro bien.

—¿Qué es lo que pasa, amor mío?

—Créeme cuando te digo que es mejor que lo ignores, no sé qué consecuencias pueda tener y cuanto menos sepamos, mejor será. Tú, mejor que nadie, sabes los favores que debemos, eres consciente de lo beneficioso que ha sido para nosotros estar al lado del gobierno, sobre todo en los últimos tiempos.

José María carraspeó, era buen abogado, de eso no cabía duda, pero sabía que en los numerosos pleitos que ganábamos había siempre una pequeña ayuda. Habíamos recuperado las tierras de mi familia, ganado propiedades y despojado a Soledad de numerosos bienes. No era ningún estúpido, sabía que, sin ciertos contactos, nuestros esfuerzos no hubiesen dado tantos frutos, pero ambos preferíamos mirar hacia otro lado y no admitirlo. De hecho, nunca habíamos abordado el tema abiertamente.

—Cielo…

—Lo sé —lo interrumpí, aquello lo estaba ofendiendo—. Simplemente ha llegado la hora de devolver esos favores, no nos queda más remedio, hay que colaborar, no sería bueno para nosotros tener a nadie en contra, sabes cómo se las gastan algunos…

—¿Qué debemos hacer?

—Marcharnos. No sé qué harán exactamente aquí, pero puedo imaginarlo y es mejor que no estemos cerca. Colaboraré, como me han pedido, pero no quiero ensuciarme las manos con este asunto. Mis hijos tienen su propia vida y no nos necesitan. Marchémonos a Madrid, estamos lo suficientemente cerca para encargarnos desde allí de las tierras y de nuestros asuntos aquí, será bueno mantenernos a cierta distancia. Descansaremos, ya no somos ningunos jovenzuelos y merecemos cierta tranquilidad, nos dedicaremos a asistir al teatro, a la ópera, a la zarzuela… Todo lo que echamos en falta aquí.

Unos días más tarde, recibimos a dos sombras negras que se instalaron en mi casa, apenas permanecimos con ellos unas horas, el tiempo suficiente como para explicarles los pormenores del funcionamiento de la casa y darles algunas indicaciones sobre los alrededores. Los dos

alemanes eran bastante discretos, iban a hacerse pasar por canadienses, por lo que les pedí que no utilizaran el alemán. La casa les pareció bien, especialmente el sótano. Les dejé las llaves de todo con la esperanza de que terminasen pronto sus asuntos.

Tengo amigos a lo largo y ancho del planeta, de diferentes credos, orientaciones sexuales e ideologías, por eso a Margot no le extrañó demasiado que invitara a unos amigos canadienses a la casa de Albacete para pasar una temporada. Mis hijos no vivían en la ciudad y ella tenía un pequeño apartamento y era independiente, por lo que la discreción estaba garantizada.

Tengo amigos a lo largo y ancho del planeta, de diferentes credos, orientaciones sexuales e ideologías, por eso a Margot no le extrañó demasiado que invitara a unos amigos canadienses a la casa de Albacete para pasar una temporada. Mis hijos no vivían en la ciudad y ella tenía un pequeño apartamento y era independiente, por lo que la discreción estaba garantizada.

José María y yo nos trasladamos a Madrid a vivir, cuanto menos supiéramos del trabajo que se iba a realizar en el sótano de La Bastida, mejor. Mis criados, Luisa y Antonio, vinieron con nosotros.

Hoy me pregunto si hubiese podido negarme o no. Después de la Guerra, me prometí a mí misma que haría lo que fuese para no volver a pasar hambre jamás, lo he cumplido con creces. He pedido innumerables favores al Gobierno de Franco y todo me ha sido concedido, he recuperado hasta la última peseta de mi herencia y he conseguido ganarle a mi hermana gran parte de nuestro patrimonio.

Soy una mujer de honor, sé cómo funciona la vida y también que nadie da nada a cambio de nada. Había llegado el momento de saldar deudas pendientes.

Subestimé el interés de mis vecinos por lo que pasaba en mi casa, máxime, cuando de ella entraban y salían dos hombres extraños, normalmente a la caída del sol. Los alemanes llamaban mucho la atención, imagínese, dos hombres altos, rubios, de ojos claros… constituían un espectáculo de lo más exótico paseando por el centro de Albacete, allí no habían visto jamás a un nórdico.

Tenía noticias de los alemanes gracias a Margot, que había trabado cierta amistad con ellos. Ella se encargaba de proporcionarles los útiles indispensables para la vida cotidiana: comida, utensilios de aseo… En sus cartas, me comentaba de pasada alguna conversación que habían tenido, pero, sinceramente, no sé hasta qué punto habían hecho amistad.

Mi hija era un ser puro y bondadoso, su naturaleza le impedía negarse a hacer algo que se le pidiese con respeto y educación… No sé si fue utilizada como conejillo de indias, si fue un accidente o simple casualidad, pero yo dejé a una mujer sana y llena de vida… y cuando la vi de nuevo, mi Margot había desaparecido, ya no era ella, la salud la había abandonado y el mal la consumía.

Tuve noticias de que Margot estaba enferma por una de sus llamadas telefónicas, en las que me contó que no se encontraba bien, sentía como las fuerzas la abandonaban. Ella no quería preocuparme, pero yo llamé inmediatamente a un médico de mi confianza para que fuese a verla. El doctor le recomendó descanso absoluto y me prometió que la vería todos los días.

Recibí una carta de Herminia, la mejor amiga de Margot, hablándome de que no mejoraba de su enfermedad. Recuerdo cómo se encogió el corazón en mi pecho, oprimiéndolo hasta casi dejarme sin respiración. La habían visto numerosos médicos, los mejores que el dinero podía pagar, sin ningún resultado, así que mandé un coche y a dos médicos a que fueran a por ella a Albacete y la trajeran a Madrid.

No sabe usted lo que fueron aquellos meses, un calvario. Me mantuve imperturbable día y noche a los pies de la cama de mi hija, viendo cómo la vida se iba apartando de ella pausadamente, pero sin remisión. No le deseo a nadie pasar por una agonía semejante. Le habían diagnosticado leucemia. Nunca he sentido tanta impotencia en mi vida. Siempre he sido una mujer que ha encarado los problemas de frente y he buscado soluciones, pero no estoy preparada para no poder hacer nada.

No tuve más remedio que concentrarme en cuidarla y así evitar volverme loca de pura frustración. Yo ayudé en la sangría que se le practicó e, incluso, guardé su sangre. No me juzgue por eso, ya le conté que después de la Guerra tengo esa necesidad, guardo todo lo que está relacionado con los días importantes y aquel día, tenía la esperanza de que Margot se curaría gracias a ese tratamiento.

Luisa y José María me insistían continuamente en que debía cuidarme, dormir y comer bien, de nada serviría si yo también caía enferma… Nunca los escuché. Me sentía culpable, esos días a los pies de su cama, repasé mi vida una y otra vez y no paré de fustigarme con mis pensamientos. Vinieron a visitarme a la vez cientos de fantasmas para atormentarme, recordándome que había sido una mala madre, por abandonar a mis hijos y dedicarme, egoístamente, a otras cosas en lugar de quedarme en casa como una buena esposa y cuidar de mi familia. Mis fantasmas me repetían una y otra vez que debía haber abandonado todas mis inquietudes, perdonado a Ricardo sus infidelidades y hacer la vista gorda como la mayoría, permanecer junto a él, toda la gente que me había reprochado mi proceder, de repente, se abalanzaba sobre mí con un único mensaje:
Dios me estaba castigando, debía pagar por mis pecados, lo tenía merecido.

La lavaba, le daba de comer como a un pajarillo, le leía sin parar para intentar alejarla de sus males. Incluso le rasuré el vello púbico porque sentía molestias… Ahora, dicen que era un ritual de magia negra, la gente cuando no sabe, inventa.

El 19 de enero, a las doce del mediodía, el cuerpo de mi adorada hija exhalaba su último aliento, un edema pulmonar acabó con ella. Todo se tiñó de negro a mi alrededor. No es natural que una madre sobreviva a un hijo, es el dolor más atroz del mundo.

Mandé llamar a un fotógrafo, necesitaba un recuerdo de mi pequeña que me acompañase hasta la muerte. Mucha gente vio en aquello una más de mis excentricidades, pero tanto más me daba, acababa de perder lo más querido para mí, era vital inmortalizar aquel momento para no perderlo nunca.

Yo misma me encargué de amortajarla y la vestí con un hábito de la Inmaculada. Entraría en el cielo pura, ella era bondad y amor, no había ni un ápice de maldad dentro de su alma.

Hice que el velatorio durara un día más. Uno de los temores más grandes de mi hija era ser enterrada viva, esa posibilidad la angustiaba y la atormentaba desde la niñez. Era algo que a veces comentaba, sobre todo cuando acudíamos a algún entierro, no le gustaba ver el momento en que el ataúd desaparece absorbido por la oscuridad, supuse que su espíritu me lo agradecería.

Organicé un entierro digno de una princesa, compré un ataúd blanco brillante, que iba en el interior de un imponente coche del mismo color y que presidía el cortejo fúnebre que llevó a mi hija al cementerio de San Isidro, donde guarda sepultura en el nicho 304.

Escuché cómo mis hijos y Luisa murmuraban, mi criada me miraba de un modo extraño, lo hacía desde que lavé el cuerpo de mi hija y me encargué personalmente de amortajarla. No sé qué se traían entre manos, pero estaba claro que tramaban algo, en cuanto me daba la vuelta comenzaban a cuchichear… solo pude discernir la palabra *barbaridad* entre sus chismorreos, me estaban volviendo loca.

La gente no callaba, lo que me molestó soberanamente, Margot merecía el respeto del silencio, que fue abruptamente roto por su novio, José Panadero, que me señaló con un dedo tembloroso y nunca podré olvidar sus palabras:

—Usted la ha matado, usted ha matado a mi Margot.

Mi consternación casi me hizo desmayar, me agarré como pude al brazo de José María, que permanecía incólume a mi lado, mientras mis hijos se llevaban a José y lo apartaban de la comitiva para evitar un escándalo aún mayor.

Y ahora… es como si una vorágine se hubiese desatado. Tuve noticias de que mi hijo Luis me había denunciado ante la policía y que los medios de comunicación le habían querido dar pábulo a sus infundios. No es ningún secreto que tiene problemas de liquidez, yo estoy cansada de ayudarlo… cría cuervos y te sacarán los ojos.

Nadie ha respetado mi duelo, han entrado en mis casas, han revuelto todo sin ningún permiso. Si esto me hubiese pasado hace unos años, habría opuesto resistencia y no les hubiese dado cuartel… pero estoy cansada, no sabe cuánto, soy mayor para todo esto.

No han encontrado ni una sola prueba de que yo mutilase el cuerpo de mi hija, pero aquí estoy, obligada a demostrar que no estoy loca. Guardo numerosos objetos, como ya he explicado, entiendo que a algunos llamen la atención, por ejemplo, el hecho de tener a mis animales predilectos disecados, pero eso no es ningún delito, mi conciencia está tranquila.

«Espero conseguir de Dios que algún día, se sepa la verdad de todo, y no por boca mía» [4].

Estos días, he tenido tiempo de reflexionar, he llegado a una conclusión sobre la importancia de la honestidad, por lo que no le quepa la menor duda de que lo he sido con usted: puedes intentar engañar a todos los que están a tu alrededor, incluso a ti mismo, pero a la larga, resultará inútil, pues no puedes engañar a la vida, ella nos lleva infinidad de años de ventaja, impartiendo su justicia y permanecerá otros tantos después, cuando ni siquiera tu recuerdo perdure.



UN TERRIBLE SUCESO

MADRID, 1954

Domingo, 31 de enero de 1954

***ABC*, EDICIÓN DE LA MAÑANA**

Capítulo de sucesos

HALLAZGO MACABRO

Anoche circuló por Madrid la noticia del hallazgo de restos humanos, pertenecientes al cadáver de una mujer, en un piso de la calle Princesa. Trasladado uno de nuestros redactores al lugar indicado del hallazgo, núm. 72 de dicha calle, algunas personas comentaban el suceso por los alrededores de la finca.

En el piso tercero derecho habita doña Margarita Ruiz de Lihory Resino, de sesenta y siete años. Parece ser que esta señora sufre frecuentes manías y trastornos, que la llevan a recoger animales domésticos, perros y gatos, y cuando mueren les practica la disección con unas pinzas, tijeras y otros instrumentos. Ha llegado a reunir, en ocasiones, hasta treinta o cuarenta animales, a los que interviene cuando mueren.

Doña Margarita habita el piso en compañía de una sirvienta, pues una hija, que no hacía mucho que se había trasladado al domicilio materno, llamada Margarita Shelly Ruiz de Lihory, de treinta y siete años, falleció el pasado día 19. Desde esa fecha, algunas personas visitantes de esa casa sospechaban que doña Margarita, dado su carácter y las manías y aberraciones que padece, pudiera haber mutilado el cadáver de su hija.

Practicado un registro por la Policía, por orden de la autoridad judicial, parece ser que han sido hallados, en un armario, los restos de una mano de mujer, pertenecientes a la difunta.

Viernes 5 de Febrero de 1954. Madrid.
***ABC.* Edición de la mañana, página 22.**
Capítulo de sucesos

EL SUCESO DE LA CALLE DE LA PRINCESA

El pasado sábado por la noche, circuló el rumor de que en una casa de la calle Princesa habían sido hallados por la policía, escondidos en un armario, algunos despojos humanos. Confirmada la noticia por un redactor de ABC, el domingo dábamos cuenta del hecho que, en síntesis, era el siguiente: Por orden del juzgado de guardia, dos inspectores de la Brigada Criminal practicaron un registro en uno de los pisos de la casa número 72 de la calle de la Princesa, del que es inquilina doña Margarita Ruiz de Liory, de sesenta y siete años de edad, y en el transcurso de la investigación fue hallada en el interior de un armario una mano de mujer. Precisamente, aquella diligencia se practicaba porque el Juzgado había recibido una denuncia en la que se insinuaba la posibilidad de que doña Margarita, a quien se atribuían ciertos trastornos mentales, hubiera realizado alguna mutilación en el cadáver de su hija, Margarita Shelly Ruiz de Lihory, de treinta y siete años, fallecida en el domicilio materno el día 19 del pasado mes de enero.

Como consecuencia de las primeras actuaciones judiciales, fueron detenidos Margarita Ruiz de Lihory, su esposo don José Bassols Iglesias, con quien contrajo segundas nupcias durante la Guerra de Liberación, y los criados Luisa Bavari y Antonio Tornero. El mismo lunes, los dos criados eran puesto en libertad, y el martes, después de prestar declaración ante la autoridad judicial, quedaron libres doña Margarita y su esposo.

Mientras se practicaban esas diligencias, cundían por la calle múltiples versiones en torno a las posibles circunstancias en que pudiera haberse realizado la mutilación del cadáver, basadas casi siempre en meras conjeturas, y se especulaba acerca de la posible participación de cuantas personas se hallaban de un modo o de otro, relacionadas con el suceso.

Entre tanto, el Juzgado enviaba a la escuela de Medicina Legal, el despojo humano hallado y algunos otros, de origen animal, que también fueron encontrados en el piso.

Ayer, a las once y media de la mañana, se verificó, por orden del Juzgado de Instrucción número 6, que lleva el sumario, la exhumación del cadáver de la señorita Margarita Shelly Ruiz de Lihory. Extraído el féretro del nicho que ocupaba, y descubiertos los restos, se comprobó que aparte de la mutilación de la mano derecha, que según comprobó el forense correspondía al miembro hallado en el piso de la calle de la Princesa, se había practicado la extirpación de ambos ojos y de la lengua.

Allí mismo, el juez ordenó la práctica de la autopsia y dispuso que la Policía realizase un nuevo registro en el domicilio de doña Margarita. Esta vez, después de una minuciosa búsqueda, los inspectores de la Brigada Criminal hallaron en el cuarto de baño un recipiente que contenía aquellos órganos.

A primera hora de la tarde, después de someter nuevamente a interrogatorio a doña Margarita

y al señor Bassols, el juez dictó auto de procesamiento y prisión contra ambos, y dispuso su ingreso en el Hospital para ser sometidos a examen y observación por el departamento de Psiquiatría. Sin embargo, los detenidos no pudieron ser admitidos en este establecimiento, y por la tarde fueron trasladados a la casa Psiquiátrica aneja a la prisión provincial, mientras uno de los hijos de doña Margarita, Luis Shelly, puesto en libertad por el juzgado que instruye este sumario, quedaba detenido a disposición del número 9, que le reclamaba por presunta estafa.

Cuando terminaron las declaraciones del Sr. Bassols y su esposa, los periodistas abordaron al juez, pero no obtuvieron de él declaración alguna. Sin embargo, las disposiciones que esta autoridad adoptó parecen indicar que el desdichado suceso ha entrado en fase de desenlace, aunque ambos detenidos insisten en negar su intervención en la profanación del cadáver cometida durante las dos noches que el cadáver de la señorita Margarita Shelly permaneció insepulto.

1954 Psiquiátrico de Carabanchel, Madrid.
Doctor Juan Ignacio Pontes, psiquiatra.

—Doña Margarita, ¿mutiló usted el cadáver de su hija Margot, cortándole la mano y sacándole los ojos?

—¿Conoce usted la importancia de las reliquias? He envejecido en todos los sentidos, pero lo que más miedo me da es perder la cordura, no en el sentido de volverme loca, a veces la locura puede resultar una liberación. Me da pánico perder mi cabeza, Dios me dotó de una gran inteligencia, mi cerebro ha trabajado siempre a pleno rendimiento, pero puedo percibir cómo, paulatinamente, se va atascando, como una máquina que va quedando obsoleta, y eso me llena de pavor. Los católicos veneran la lengua de San Antonio de Padua, el brazo de San Vicente Ferrer o el brazo incorrupto de Santa Teresa, son partes de sus cuerpos que nos recuerdan su grandeza, nos inspiran. Mi Margot era una santa, pregúntele a cualquiera.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—No voy a defenderme ante usted. Le he dado argumentos suficientes para corroborar mi cordura. Le recuerdo que me dio usted su palabra de que me amparaba su juramento hipocrático y toda nuestra conversación es confidencial. Estoy cansada. Estos días se han vertido sobre mí toda clase de injurias y no puedo defenderme, la indefensión que siento se une al dolor por la pérdida de Margot y noto cómo va socavando mi ánimo, aun así, estoy educada para no desfallecer. He de mantener la cabeza alta y seguir adelante.

Toda mi vida he tenido que lidiar con lo que la gente decía y opinaba de mí, más ahora que he perdido la belleza y la gente solo quiere ver a una vieja loca. Soy inocente, aunque mi pequeño Luis se empeñe en manifestar lo contrario. Soy consciente de que él y España entera ya han emitido un veredicto, he tenido la vida que he querido y no me arrepiento, puedo decir, con la cabeza muy alta, que he dispuesto de mis días a placer y quizás ahora lo tenga que pagar. Nunca me he sentado a ver la vida pasar y mi mayor castigo es que me obliguen a hacerlo así, sin poder defenderme, quieta.

Uno no puede elegir dónde nace, para bien o para mal, yo he forjado mis creencias y mis ideales desde la cuna y no me arrepiento, he sido fiel a mí misma por encima de todo. A veces, en la vida, hacemos cosas guiados por el corazón, dejando muy atrás nuestro raciocinio, pero si hoy mismo se acabara el mundo yo podría atestiguar, sin ninguna duda, que he vivido, con mayúsculas, y no mucha gente puede decir lo mismo.

Le he contado muchas cosas sobre mi vida, pero valgo más por lo que callo. No quiero ser esclava de mis palabras, prefiero ser dueña de mis silencios. Espero que algún día, la auténtica justicia, la de la vida, prevalezca.

La frustración te encoge el corazón y te acartona la garganta, si yo hubiese sido hombre, nada de esto se estaría juzgando, tendría el poder suficiente para ser recordada por otras cosas, esa será siempre mi lucha, lo ha sido desde siempre. Desde muy pequeña, me esforcé por ser el varón que mi padre nunca tuvo, he logrado grandes hazañas, pero siempre quedará un recóndito lugar en mi alma, donde se hallará la certeza de que no me permitieron hacer muchas más.

Han registrado mis casas en varias ocasiones. La de la calle Princesa, incluso, conmigo dentro. ¿Cree usted que si tuviese algo que temer no me hubiese deshecho de ciertos objetos con los que buscan incriminarme? Yo seré muchas cosas, pero en modo alguno estúpida, todo esto es un ardid.

Yo, que quería bañar en oro la habitación de Margot y convertirla en un mausoleo, que poseo cajas con piedras preciosas incrustadas, algunas talladas de las más nobles de las maderas y otras del más fino cristal… ¿Puede creer que metería la mano de mi hija en una vulgar lechera? Mis hijos siempre me han recriminado mi amor por los animales, pero le diré que ninguno, desde los perros hasta el más frágil pájaro, hubiese hecho algo semejante.

Sé perfectamente lo que dicen de mí, acuden a mi escarnio público como si mi vida fuera un circo, me califican de loca, sádica, perversa, bruja maléfica e, incluso, dicen que organizo orgías y que pertenezco a una secta satánica. ¿Puede creerlo? ¿Qué se supone que he de hacer yo? ¿Acaso alguien puede pensar que esas palabras no me ofenden? ¿Qué este daño sistemático a mi honor no me afecta? Naturalmente que lo hace. Sigo rota de dolor por la muerte de Margot y tengo que lidiar con toda esta basura. Gente que consideraba amiga ahora, se levanta contra mí, alentada por un minuto de gloria, o sepa Dios qué les han prometido.

Yo no soy una de esas personas buenas por naturaleza que van haciendo el bien allá por donde van, como mi Margot, pero, sinceramente, no creo que merezca algo semejante y por añadidura le diré lo mismo de mi esposo, el único mal que ha hecho ese hombre al mundo es enamorarse de una mujer como yo. José María no se merece permanecer encerrado, que se ceben conmigo si eso los hace felices, me dolerá, podré soportarlo, soy una luchadora, pero que a él lo dejen en paz.

Después de conocer mí historia, puede usted sacar sus propias conclusiones Dr. Pontes, ***yo no estoy loca, ni soy una sádica, ni mala persona***, haga usted el favor de poner eso en su informe y déjeme que hable con El Pardo para que pueda irme a mi casa.

Había pasado una semana desde su detención, lo suficiente para que Margarita perdiera parte de su imponente porte y su temple. Notaba cómo, a cada hora, la abandonaban las fuerzas, era una mujer que jamás se había rendido, pero el cansancio estaba haciendo mella en su desgastado cuerpo y no podía más, los años pesaban y ya no estaba en las mismas condiciones que antaño.

Había pasado una semana desde su detención, lo suficiente para que Margarita perdiera parte de su imponente porte y su temple. Notaba cómo, a cada hora, la abandonaban las fuerzas, era una mujer que jamás se había rendido, pero el cansancio estaba haciendo mella en su desgastado cuerpo y no podía más, los años pesaban y ya no estaba en las mismas condiciones que antaño.

La condujeron a una habitación vacía con las paredes totalmente en blanco, en el centro solo había una silla metálica en la que le pidieron que esperara, se desplomó sobre ella, acusando el hastío que la invadía. El límite de sus fuerzas la acechaba, suspiró resignada preparándose para lo peor. En su mente, entonó una plegaría pidiéndole a su Virgen de los Desamparados que aquello terminara lo antes posible… cómo fuese.

—Margarita —oyó con voz firme a sus espaldas.

El alivio que prosiguió la hizo casi elevarse del suelo, sus músculos se relajaron en una fracción de segundo y hasta la fría habitación pareció convertirse en una estancia de lo más acogedora. Ambos habían envejecido desde aquella tarde que se conocieron en casa de Mersida, aquella mujer que había influido en sus vidas mucho más de lo que a ambos les gustaría admitir.

—¡Gracias a Dios, Paco! —exclamó, levantándose y acercándose a su interlocutor, para posar sus manos temblorosas en las suyas como muestra de gratitud. De modo alguno quería enfadarlo ni que pensase que le reprochaba su conducta, pero no pudo evitar susurrar—. Has tardado demasiado.

—Lo siento —carraspeó el hombre, sin ninguna convicción—. ¿Cómo estás? ¿Te tratan bien?

—No creas, lo he pasado muy mal, pero todo eso no importa, por fin estás aquí y podré regresar a casa.

—Margarita… —musitó, incomodo—. No es tan fácil. Te prometo que te sacaré de esta, pero tienes que tener paciencia. Sabes que no podemos dar ninguna explicación… No he podido evitar que la prensa se inmiscuya y todo el país está pendiente de ti.

Un latigazo de amargura se terminó posando en su garganta, haciendo que sus siguientes palabras tuvieran un tono lastimero.

—No puedes hablar en serio. Ha muerto Margot, han sido ellos y yo ni siquiera puedo salir a llorarla en paz.

—Créeme que lo siento, fue un accidente, pero sabes lo que les debo, no podía negarme, había que hacerlo por…

—Ni se te ocurra decirlo —lo interrumpió, abruptamente—. No metas a España en esto o te juro que lo contaré todo.

—Margarita… No me obligues a decirlo, pero no estás en posición de amenazar a nadie, las cosas pueden ponerse mucho peor para ti sin mi ayuda.

Ella se irguió intentando reunir el mermado orgullo que todavía habitaba en su alma.

—A mí no me vengas con esas —estalló, casi escupiendo—. Hace mucho tiempo que me di cuenta de que la gente como tú solo utiliza las ideas para obtener poder, que es lo único que os importa, al fin y al cabo. Os da igual todo lo demás, lleváis puestos todos la misma careta. De joven, creía firmemente ciertas cosas, me educaron para ser cristiana, monárquica y defensora de

la patria, pero con el tiempo he aprendido que lo único importante es ponerse a salvo, sacando el máximo partido… y mira de lo que me ha servido, ahora mismo soy la mujer más famosa de España, todo el mundo cree que fui capaz de hacerle una atrocidad así a mi pequeña.

—Tranquila, te he dicho que lo solucionaremos, la gente olvida rápido.

—Lo sé, pero después de todo, de TODO, a mí solo me recordarán por esto.

Calle Princesa, Madrid
Un día después de su puesta en libertad.

El dolor por la muerte de Margot la consumía, en el fondo de su ser nunca lo superaría, por primera vez en su vida sus decisiones le pesaron… si no hubiese abandonado a Ricardo y se hubiera quedado con sus hijos, ella quizás seguiría viva. Pensar era insoportable y la hacía desquiciarse, encerrada en aquella habitación, su salita de estar de la calle Princesa, donde consumía las horas atormentándose con sus desvaríos.

Salir a la calle estaba totalmente descartado, estaba de luto, era antinatural que una madre sobreviviera a su hija y no encontraba fuerzas en ninguna parte, además, España la había juzgado y sentenciado, su presencia no era deseada en ninguna parte. No era la primera vez que era sometida a escarnio público, pero esta vez no podía luchar contra toda una nación, no había posibilidad de huir ni lugar donde esconderse. Sus amistades habían desaparecido, incluso la mayoría de sus familiares. La sociedad había dictado sentencia mucho antes que el juez.

—Señora —interrumpió su mayordomo Antonio, sacándola de su ensimismamiento—. Su hijo Luis está aquí.

Una terrible angustia acudió a su garganta, aun así, flexionó la cabeza en señal afirmativa para indicar que pasara. Su hijo se presentó ante ella con gesto adusto y pulcramente vestido.

—Madre.

—Hijo… no entiendo cómo tienes la desfachatez de venir a verme —susurró, sin fuerzas para una recriminación más vehemente.

—Tan solo vengo a reclamar lo que es mío por derecho.

—Te recuerdo que no he muerto y tampoco me han condenado.

—Pero está loca, igualmente.

—De ser así, nunca podrás demostrarlo, no tocarás una peseta de mi dinero, ni tú, ni ninguno de tus hermanos, ya he tomado medidas.

—¡Bruja loca! ¿Cómo se atreve?

—¿Cómo me atrevo? Sé que fuiste tú quien me denunció, que llamaste a la Policía y comenzaste esta pesadilla y también sé que eso no te ha traído más que problemas, la policía te buscaba por estafa. Además de mala persona, resulta que tampoco eres muy listo.

La cara de Luis se congestionaba a cada palabra de su madre, pareciendo incluso que llegaría el momento que iba a explotar como una olla a presión.

—¿Se atreve a hablar de moralidad, madre? ¿Mala persona?, ¿pero se ha visto? Mi vida ha sido una pesadilla por su culpa, me abandonó cuando era un bebé y siempre ha aparecido en mi vida como una tía que viene de visita, trayendo regalos, pero nunca le he importado, ni mis hermanos, ni yo…

—Te equivocas. Es cierto que nunca he sido una madre ejemplar, pero siempre he velado porque tuvieseis la mejor educación, me he gastado una fortuna en cada uno de vosotros, podrías haber aprovechado las oportunidades que te brindé mucho mejor, pero es más fácil ir de victima por la vida y dedicarse a lamerse las heridas, ¿verdad? Uno se forja su destino, Luis, no puedes

vivir echándole la culpa de tus fracasos a otras personas, cuanto antes lo asumas, será mejor para ti.

—No se atreva, no sabe lo que es vivir sin una pizca de amor.

—Eso no es cierto, la abuela y la bisabuela Micaela os cuidaron siempre y os quisieron como a hijos propios cuando erais pequeños, ¿crees que si me hubiese quedado, las cosas hubieran cambiado? Yo era profundamente infeliz y no hubiese sido una buena madre, no creas que no lo he pensado cientos de veces.

—Es un monstruo.

—No, y lo sabes. Tú conoces la verdad y aun así has decidido castigarme por puro egoísmo. Espero que te haya ayudado a sentirte mejor, pero no conseguirás ni un céntimo de todo esto, que es lo único que te mueve. Todo el mal que haces en la vida, vuelve multiplicado, si todavía no lo has aprendido, no lo olvides. Esto solo te traerá problemas. Es cierto que he cometido errores en mi vida, pero créeme si te digo que he pagado por ellos, nunca he hecho daño intencionadamente a nadie.

En ese instante, José María llegaba de la calle con el periódico de la mañana bajo el brazo.

—Qué haces tú aquí? ¿No has hecho suficiente daño ya? —inquirió, enfurecido, al ver a Luis.

—He venido a hablar con mi madre, pero veo que sois tal para cual. Las cosas no quedarán así, si no os meten en la cárcel por la abominación que habéis hecho, me encargaré de que lo hagan y reclamaré lo que es mío.

—Luis, estás cegado por la codicia, si alguien aquí termina con sus huesos en la cárcel, serás tú, la policía te investiga por ciertos negocios fraudulentos… no pinta nada bien.

—Eso no es asunto tuyo, no sabes de qué hablas, nos veremos en los tribunales.

—Recuerda que soy abogado y tu madre también, demasiado bien sé de lo que hablo, si no hubieses hecho tanto daño a tu madre, te ayudaría, pero lamento decirte que no moveré un dedo por ti, bastante hemos hecho ya. Esta vez estás solo.

—¡Nadie te ha pedido tal cosa! —gritó Luis, enfurecido.

—¡Basta ya, no lo soporto! Luis, sal de esta casa inmediatamente y no vuelvas, no eres bien recibido, puedes demandarme o hacer lo que te plazca —intervino Margarita, con la boca seca de angustia.

Luis salió dando un portazo en la puerta, envenenado de odio hacia su madre.

—No entiendo cómo hemos llegado a esto, José María —suspiró, abatida mientras se sentaba.

—Luis siempre ha sido un desagradecido, nunca le ha gustado trabajar y le gusta el dinero fácil. No te preocupes, si te demanda yo me encargaré, pero no lo tiene nada fácil, terminará en la cárcel por ciertos asuntos de los que he tenido noticia.

—Pero sigue siendo mi hijo.

—Lo sé, cielo, pero no podemos hacer nada por él, y te prevengo de que intentará hacernos el mayor daño posible. Ahora, tenemos que poner todas nuestras energías en nuestro juicio, ha sido todo un escándalo y todo el mundo está pendiente.

—Es terrible comprobar cómo pueden convertir un acto de amor en una atrocidad.

—Lo sé, mi vida, pero así es el mundo y para sobrevivir en él hay que seguir la corriente, lo sabes mejor que nadie.

—Conocer la debilidad de tu adversario te da una gran ventaja, hacerlo cuando es vulnerable, te da la victoria. Mis hijos me conocen y se han aprovechado de eso, pero yo nunca me rindo, no me derrotarán, todavía no, aún estoy viva.

EVOLUCIÓN DEL FANTASMA DE MARGARITA

1994 MADRID

Doctor Juan Ignacio Pontes, psiquiatra.

Facultad de Medicina, Universidad Complutense de Madrid

Hay mentes enfermas que son maravillosas narradoras de historias perfectamente estructuradas. A lo largo de mi dilatada carrera, he visto de todo. Me he enfrentado a casos complicados que han puesto mis capacidades al límite y me han hecho replantearme los fundamentos de la psiquiatría una y mil veces, intentando dilucidar respuestas a numeroso enigmas que nos plantea la mente humana. En ocasiones, hay una delgada línea entre lo *normal* y la patología.

Pasé buena parte del día siguiente a mi entrevista con Margarita, elaborando mi informe, consternado todavía por las palabras de mi paciente. Sí, después de tantos años como pensamiento recurrente en mi cabeza ya la tuteo. Margarita siempre acude a mi mente cuando menos la espero, supongo que buscar respuesta a los misterios sin resolver forma parte de la naturaleza humana, no lo sé, el caso es que nunca la he podido apartar de mi vida, siempre me acompaña allá donde voy y mi mente la evoca con el pretexto más vacuo.

En 1954, el caso de la mutilación del cuerpo de Margot se había convertido en el más mediático desde hacía años. Incluso, se llegó a censurar la portada del periódico de sucesos *El caso*, en el que aparecía la fotografía de una lechera con una mano de mujer en el interior, con una manicura perfecta. Los censores de la época transmitieron su disconformidad al director, Eugenio Suarez, que paró la impresión de toda la tirada al instante y apremiado por el tiempo, escribió de su puño y letra la que sería la nueva portada que esquivaría a los que examinaban su trabajo con ojo crítico, con el siguiente titular: *El misterio de la mano cortada*. El subtítulo era igualmente intrigante, *Apasionante y verídico reportaje de este suceso, en páginas interiores. Copiosa información fotográfica*, acompañado de dos fotografías, una de Margot y otra de la marquesa cuyo pie rezaba: «Doña Margarita, la madre que profanó el cadáver». La prensa ya había emitido su veredicto. Todavía no se había celebrado ningún juicio y la Policía no había hecho públicos sus hallazgos, pero el morbo envenenó a un país deseoso de escuchar la truculenta historia de aquella excéntrica mujer de mundo con posibles. Fue una tirada sin precedentes, las 300.000 copias se vendieron en cuestión de horas, incluso se agotó el papel para continuar imprimiendo ejemplares.

La gran expectación del caso originó que se diseccionara la vida de Margarita ante la opinión pública, hubo falsos testimonios, injurias y calumnias sobre su persona. Todos podían hablar sin consecuencias. Cualquiera que tuviese algún lazo, por endeble que fuese, con la vida de la marquesa y anhelara sus cinco minutos de gloria, los tuvo, daba igual si se trataba de conjeturas o especulaciones sin fundamento, había que alimentar a la población, que se regocijaba con cualquier nuevo chisme y corría de esquina en esquina y de café en café.

Todo el mundo hablaba de la marquesa, las habladurías constataban que era una experta en magia negra y en rituales esotéricos oscuros, le adjudicaban la organización de grandes orgias y

bacanales. La imaginación del pueblo se exacerbó con cada detalle que se conocía de su vida, la gente decía que lideraba una secta peligrosa y oscura a la que pertenecían miembros destacados de la sociedad, se la tildó de bruja, traficante de animales, de joyas, de drogas… no hubo tregua. Ni en diez vidas como la suya, hubiese podido realizar todas las proezas que se le adjudicaron, por aquel entonces.

Pero como suele decirse, lo mejor estaba por llegar; el suceso dio una vuelta de tuerca, digno del más delirante guion hollywoodiense: el sacerdote Enrique López Guerrero, afirmó poseer numerosas misivas del planeta UMMO. En estas, se explicaban que la casa de la Marquesa de Villasante estaba habitada por dos extraterrestres ummitas, que habían llegado a Albacete para realizar experimentos con mamíferos terrestres ayudados por esta. Una de esas pruebas habría resultado fallida, infectando a Margot y provocando su posterior muerte.

Los medios de comunicación, eufóricos con este inesperado y rocambolesco giro copernicano, enviaron a numerosos periodistas a entrevistar a todo el que tuviera algo que decir. Los habitantes de Albacete habían visto pasear por sus calles a dos hombres inusualmente altos, rubios, de tez y ojos claros, que entraban y salían a placer de la casa de la marquesa, situada en la calle Mayor, una de las más céntricas de la ciudad. Sí, muchos afirmaron que podría tratarse de dos extraterrestres, aumentando la leyenda que ya corría sobre la sofisticada y extraña dueña de la casa, dotándola de nuevos ingredientes por explotar.

El Gobierno se aprovechó del revuelo para tapar los experimentos que los alemanes realizaban en casa de la marquesa. Los Servicios Secretos emplearon el asunto para desviar la atención, eficazmente. Era mucho mejor que la gente pensara que Albacete estaba siendo invadida por extraños seres de otro planeta, a que alguien sospechara que se trataba de nazis.

Corrió el rumor de que Margot se había infectado con un virus letal, fruto de los experimentos que realizaban los extraterrestres con animales, tocando algo con la mano, que se le había amputado tras su muerte. El fallecimiento, poco después, del novio de Margot, José Panadero, no hizo más que alentar a los partidarios de esta hipótesis. Esos dos hombres, inusualmente altos y que hablaban una lengua ininteligible, se esfumaron como por arte de magia con todo el revuelo, dejando tan solo, en la casa de la marquesa, una pistola olvidada. Nadie supo nunca nada de ellos, aunque hay documentos que aseguran que los servicios secretos de varios países intentaron seguirles la pista.

Muchas personas con intereses en fenómenos paranormales, han investigado el caso, se han hecho psicofonías en las casas de Margarita, se ha tenido acceso a los cientos de folios de los servicios secretos, tanto españoles, como internacionales que existen en torno a su figura y sus conexiones, pero nunca se ha sabido con certeza qué fue lo que pasó.

Después de un tiempo, la Audiencia Provincial de Madrid dio carpetazo al asunto, declarando a doña Margarita y su esposo culpables de profanar el cadáver de Margot. Hubo conformidad entre las partes y no se celebró juicio oral, ambos quedaron libres con una mínima multa.

Quedaba probado, por tanto, que Margarita había mutilado el cadáver de su hija. Su defensa adujo que ella consideraba a Margot una santa y que quería conservar los restos como una reliquia. En numerosas iglesias de nuestro país, se guardan restos de santos. De hecho, el propio Franco atesoraba la mano incorrupta de Santa Teresa de Jesús y muchos afirmaban que le

acompañaba allá donde iba.

Ya libre, Margarita clamó a quien quisiera oírla, su inocencia, argumentando que todo se trataba de un infame montaje de sus hijos para poder heredar. Ella misma declaraba en el periódico *El caso:* «¿Cómo iba a profanar lo que más he querido en el mundo?, ¿Usted cree si le hubiera cortado la mano en plan reliquia, la habría puesto en una lechera? Tengo joyeros de plata, cajas muy valiosas... Si pretendían demostrar que estoy loca, no lo han conseguido». El periodista tomaba notas, afanosamente, mientras en la calle los niños cantaban:

En la calle de la Princesa, vive una vieja marquesa
con su hija Margot, a quien la manó cortó.
Moraleja, moraleja,
esconde la mano, que viene la vieja.

El asunto del planeta Ummo, daría todavía para muchos años. En 1965, numerosas personas afirmaban recibir llamadas de los extraterrestres ummitas y en 1966, mucha gente manifestó recibir cartas de dicho planeta. Cincuenta y cinco artículos le dedico, por entonces, la revista Diez Minutos. Un técnico en telecomunicaciones y profesor de Física, que más tarde sería uno de los fundadores de la Sociedad Española de Parapsicología, dedicó buena parte de su vida a investigar aquel fenómeno, pero esa es otra historia…

En 1968, Margarita se vio obligada a vender la mayoría de sus enseres en un rastro que organizó en su propia casa de Albacete. Sus neuronas fueron alcanzadas por el mal del olvido, contagiándose unas a otras sucesivamente hasta formar en su cerebro placas indestructibles, que sepultaron todo lo que había sido y perdiéndola en un mar de ostracismo. Poco después, murió en la más absoluta soledad y en un evidente estado de abandono en Albacete, donde fue enterrada en el cementerio municipal, en el que descansa hoy en día.

Una de las satisfacciones más grandes de mi carrera ha sido la docencia. He tenido la suerte de dar clases en esta Universidad, de la que ahora me despido, y han pasado ante mí diversas generaciones de jóvenes. He visto cómo cambiaban, cómo el mundo evolucionaba en su pensamiento y ellos con él, he conocido cómo la psiquiatría avanzaba y con ella nuevas corrientes.

Imparto clases a futuros médicos, unos elegirán dedicarse a la psiquiatría y otros escogerán otra especialidad, pero hay un ejercicio que hago todos los años con ellos. Es un caso práctico, el caso de Margarita, y conforme el tiempo avanza su diagnóstico no ha parado de evolucionar. No podemos apartarnos del mundo en que vivimos, desde el momento en el que nacemos en una sociedad, existimos pegados a ella, somos lo que creemos, lo que pensamos y lo que hemos vivido.

Margarita ha sido una histérica, una mujer con un marcado trastorno delirante de ego masculino, una megalómana, demente, monomaniaca… Todo eso se le ha diagnosticado y nunca lo he podido dar por incorrecto. Este último año, mientras la clase ponía sus notas en común una de mis alumnas tomó la palabra:

—El sujeto estaba bien, yo no encuentro patología alguna. Es una mujer que ha vivido en un determinado contexto, con una capacidad intelectual superior, inconformista y decidida… Era el mundo en el que vivía el que presentaba una enfermedad… de la que todavía no se ha curado.

FIN

Margarita veía cada amanecer como una nueva oportunidad de emprender, de reinventarse, de triunfar, de vivir con intensidad cada etapa. Nunca se conformó ni eligió el camino fácil y es de justicia que también sea recordada por ello.

Existen numerosos libros y blogs en internet que hablan de nuestra protagonista, para mí, uno de los mejor documentados es *Sangre azul, vida y delirio de Margarita Ruiz de Lihory* de mi paisano Cándido Polo, del que he obtenido una valiosa información sobre su vida. Espero tener algún día el placer de conocerlo, para agradecerle todo lo que he aprendido de una mujer tan fascinante como Margarita gracias a él.

Me llama la atención la injusticia histórica de su personaje, poco valorado y nada reconocido. Fue una mujer por encima de todo feminista, que se esforzó en abrir un duro camino hacia la igualdad, y por ello este libro quiere ser un pequeño homenaje a esa parte de ella y a las numerosas mujeres que han hecho historia, pero que nunca se les ha reconocido ningún mérito. Está enterrada en Albacete, pero pocas personas aquí saben quién fue, a algunos les suena, pero siempre si acompañas su nombre de *la marquesa de la mano cortada*.

Durante este año, en el que he realizado un ejercicio inmenso de empatía con Margarita, he intentado verla hace más de setenta años por la calles de mi ciudad. Para los habitantes de aquella época tuvo que ser impactante ver a aquella mujer por aquí, con sus joyas, sus vestidos, sus ideas... Me hubiese encantado conocerla y que leyese esta novela… conocer los secretos que se llevó a la tumba.

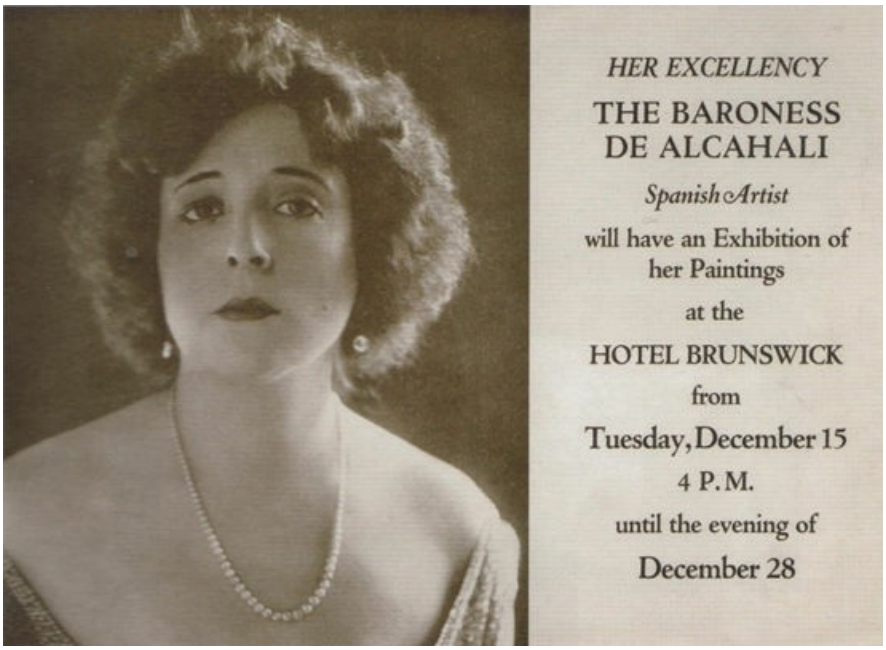
Ahora que te ha contado su historia ya puedes entrar en cualquier buscador y teclear Margarita Ruiz de Lihory, estoy segura de que encontrarás muchas sorpresas.

Gracias por haber llegado hasta aquí leyendo, si no es mucha molestia, te agradecería que dejaras tu opinión en Amazon.

Todos mis libros están disponibles en Amazon tanto en papel como en digital:

https://www.amazon.es/Elena-Fuentes-Moreno/e/B013TBYHF0/ref=sr_ntt_srch_lnk_1?qid=1542184607&sr=8-1

ANEXOS:



Exposición de pintura del hotel Brunswick en Boston
Fuente: *El Español*.

Portada del periódico* El caso *del 7 de Febrero de 1954.



rector del periódico, tuvo que cambiar en el último momento la fotografía de la portada de una ra con una mano dentro, a consecuencia de la censura de la época y la sustituyó por el titular to de su puño y letra.

Portada del ABC del 15 de Junio de 1923.


MADRID DIA 15 DE JUNIO DE 1923 NUMERO SUELTO 10 CENTS.

ABC

DIARIO ILUSTRADO. AÑO DECIMONOVENO. N.º 6.379 10 CENTS.

uevo jefe del tercio de voluntarios, teniente coronel Franco con algunos de los concurrentes al uete con que anoche fue agasajado. (foto Duque)

jarita junto a Franco, la única mujer que asistió al banquete, rodeada de periodistas, militares y cos.

Las palabras de Margarita…

«La mujer no debe ser instrumento más que de sí misma. Debe buscar su placer, y no el placer del hombre; debe buscar su realización en la vida activa y no solo en el matrimonio. Debe participar activamente en la política, en el trabajo, en la lucha».

«Yo no estaba dispuesta a servirle de coneja, a que me hiciera un niño cada año y, por añadidura me contagiara alguna enfermedad, pues era una aficionado a verse con otras mujeres».

«En aquellos tiempos, yo, sin más bagaje que mi pluma, ni más armas que el deseo de plasmar con ella el vivir de España en Marruecos —pasando por encima y rompiendo con violencia los ancestrales prejuicios de entonces, que privaban a la mujer de figurar como corresponsal de guerra—. Crucé el Estrecho con mi carné para serlo en un periódico tan españolísimo como La correspondencia de España».

«Pienso en nuestros muertos, en los varios intentos de reconquista, y sé el valor que ellos entrañan. ¿Quién dijo que los muertos no hablan? Desde aquí yo los oigo gritar. Y sé que los gritos de los muertos son los que hacen arder la sangre de los vivos».

«Gané mucho, muchísimo dinero en América, ojalá no hubiera vuelto nunca de allí».

«Yo no soy loca, ni sádica ni mala».

«Espero conseguir de Dios que algún día se sepa la verdad de todo, y no por boca mía».

«No creo que haya nada nuevo contra mí, aunque después de cuanto me ha ocurrido y de las falsas acusaciones de que se me hizo victima para crear a mi alrededor un falso y perverso clima moral, después de aquello, ya nada puede sorprenderme».

«Pero esa es la humillación máxima que Dios me enviaba a mí. Que quizá pequé siempre de ser algo engreída, pues hasta ahora mi vida me dio bastantes satisfacciones de amor propio, probablemente inmerecidas. Pero el mundo es así y lo mismo que ahora, al poner mi nombre en entredicho, todos se han cebado dejando caer sobre mí todo cuanto se les ha antojado, antes, en otras ocasiones en que por hechos bien distintos, gracias a Dios, aparecía mi nombre en los periódicos y se ponía en juego la opinión pública, todo eran agasajos y alabanzas, homenajes y pruebas de afecto y simpatía. Y entonces también se exageraba, y se decía de mí, creo yo, mucho más y mejor de lo que yo merecía»

«[…] no me es dado decir mucho, aunque bien quisiera poder desahogar mi alma y hacer llegar la verdad a cuantos me calumniaron, y quizá hasta me odiaron creyendo era yo una loca perversa, como hicieron creer, unos por unas causas otros por otras, pero todos más o menos interesados».

«…en su día se demostrará el origen, así como la realidad de los hechos y el autor o autores de los mismos»

«Dios perdone al que fue causa de todo esto».

Margarita Ruiz de Lihory y Resino 1889-1964

Sección tercera de la Audiencia Provincial de Madrid
Sentencia n-º 244, del 28 de Marzo de 1961

Como autores responsables de los delitos, uno de profanación de cadáveres y otro contra la salud pública, con la circunstancia modificativa de la responsabilidad criminal agravante de parentesco 11 del artículo 10, sólo para la primera, y por el delito de profanación de cadáveres a la pena de seis meses de arresto mayor y cinco mil pesetas de multa Margarita por este último delito, y tres meses del mismo arresto y dos mil pesetas de multa a José María por igual delito y por el de salud pública a Margarita cinco mil pesetas de multa y a José María otras cinco mil pesetas de multa con arresto sustitutorio de treinta días por cada multa.

SOBRE LA AUTORA



Elena Fuentes nació en 1978 en Albacete, donde reside en la actualidad y trabaja en un centro médico.

Desde su infancia, mostró su inclinación y habilidad para inventar y narrar historias. Apasionada de la lectura, su fascinación por personajes con personalidades fuertes como Heathcliff o Catherine Earshaw, protagonistas de *Cumbres Borrascosas*, o los que pueblan el universo literario de Patricia Highsmith, la llevó a interesarse por el estudio de la psique humana.

Licenciada en Psicología por la Universidad de Murcia en 2002, ha profundizado en el ámbito de la salud mental, realizando diferentes másteres y cursos de postgrado, y en el campo de la inteligencia emocional, siguiendo con especial atención las tesis y estudios de Daniel Goleman y Rafael Bisquerra, cuyos planteamientos se filtran en sus novelas y confieren a sus personajes una profundidad psicológica y matices en sus comportamientos que facilitan la empatía y la identificación del lector.

Libros:

Barridos por el salitre (2014)
Los círculos del alma (2015)
Las hijas de BANU. BANU I (2016)
El legado de Ava (2017), Finalista del premio literario Amazon 2017
El tiempo sin ELLA. BANU II (2018)
Anacronía de una marquesa (2019)

Disponibles en Amazon en papel y digital.

Página de autor:
https://www.amazon.es/Elena-Fuentes-Moreno/e/B013TBYHF0/ref=sr_ntt_srch_lnk_1?qid=1542184607&sr=8-1
Facebook:
https://www.facebook.com/elena.fuentesmoreno?ref=bookmarks

AGRADECIMIENTOS

Cada vez que termino un libro resulta más complicado escribir los agradecimientos, porque cada vez son más las personas que me ayudan, me apoyan y me leen y nunca podré repetirlo lo suficiente, pero muchas gracias a todos, sin vosotros mis historias no tendrían sentido.

A Marcos y Alberto, vosotros hacéis mi mejor versión, mi hogar estará allí donde estéis.

A Fran, gracias por abrazarme fuerte y sostenerme, sin ti, todo esto no sería posible.

A mi madre, que siempre le ha entusiasmado la historia de Albacete y ha insistido para que escribiese sobre la Marquesa.

A toda mi familia, mi hermana, mi padre, mis suegros, mis cuñados y cuñadas, mis sobrinos… gracias por darme tantos momentos únicos en familia y estar ahí incondicionalmente. Gracias Eli por tus lecturas, las mías y las de mis compañeros, los independientes necesitamos de lectores como tú.

A Ángel y Manu, por aquella mañana de domingo que me hizo comprender que debía escribir esta historia.

A Encarni, que siempre es la primera en leer lo que publico, gracias por tu lealtad en su más amplio significado.

A Esther, mi parcera, que permanece a mi lado compartiendo el pasar de la vida, da igual el tiempo que haga, andaremos juntas hasta el fin.

A Ruth, gracias por asesorarme y por poner en mi horizonte uno de los momentos épicos de mi vida, casi veinte años después, volveremos a respirar el mismo aire que la reina.

A Mc, que siempre está ahí.

A mis compis de trabajo, Emilio y Fran que hacen que todo sea más fácil.

A mis gorrinacas favoritas: Ainara y Gemma

A Iratxe y María Arribas, mis sinopseras del alma.

A Yoli, mi vida por un libro, que siempre está con cada nuevo lanzamiento.

A mis SOFALERAS, Belén Edreira, Sany Garcés, Ana SP, Joana, María teresa H, Cristina A, Ana Marga, Toñi García, Alicia.R, Rosa María B, Susanna, Fátima, María Amalia, Mari Mar R, Veronika, Beatriz V, Beatriz, Julia, Mayte, Julia, Lola F, Marisa, Eva M, Nina B, Silvia GL,

A María Gardey porque sus correcciones se han vuelto imprescindibles para mí.

A Mónica Gallart por plasmar con tanto tino mis deseos y brindarme la portada.

A los clubes de lectura que tanto amor me brindan, en especial los de Alborea, Bogarra y El Pedernoso donde siempre me encuentro como en casa.

A mis compañeras de vida, Paz, Nieves y María, cada año lo haremos mejor, pero este promete.

A mis vecinas, espero que este verano disfrutéis con la historia de la Marquesa y podamos comentarlo juntas, Laura, gracias por todo.

A Ana y Marisa que me leen y me ayudan desde el comienzo de todo.

A ti que me lees desde el principio o que te has enganchando con el tiempo a esa rueda maravillosa que formáis. Gracias de todo corazón por permanecer junto a mí

Notas

[←1]
Palabras textuales del Barón de Alcahalí

[←2]

Palabras textuales de Margarita Ruiz de Lihory.

[←3]

Palabras textuales de Luis Antonio de Vega

[←4]

Palabras textuales de Margarita Ruiz de Lihory.